

**PHILIP ROTH**

**Némesis**



# DADOS DE COPYRIGHT

## Sobre a obra:

A presente obra é disponibilizada pela equipe [X Livros](#) e seus diversos parceiros, com o objetivo de disponibilizar conteúdo para uso parcial em pesquisas e estudos acadêmicos, bem como o simples teste da qualidade da obra, com o fim exclusivo de compra futura.

É expressamente proibida e totalmente repudiável a venda, aluguel, ou quaisquer uso comercial do presente conteúdo

## Sobre nós:

O [X Livros](#) e seus parceiros disponibilizam conteúdo de domínio público e propriedade intelectual de forma totalmente gratuita, por acreditar que o conhecimento e a educação devem ser acessíveis e livres a toda e qualquer pessoa. Você pode encontrar mais obras em nosso site: [xlivros.com](http://xlivros.com) ou em qualquer um dos sites parceiros apresentados neste link.

***Quando o mundo estiver unido na busca do conhecimento, e não lutando por dinheiro e poder, então nossa sociedade enfim evoluirá a um novo nível.***

En el calor sofocante de la Newark ecuatorial una espantosa epidemia causa estragos y amenaza con dejar a los niños de la ciudad de Nueva Jersey mutilados, paralizados o minusválidos, e incluso con matarlos. Este es el sorprendente tema de la nueva y desgarradora obra de Roth: una epidemia de polio que tiene lugar en un tiempo de guerra, el verano de 1944, y sus efectos sobre la comunidad de Newark, regida por la cohesión y los valores de la familia, y sobre sus niños. El protagonista de *Némesis* es Bucky Cantor, un joven de veintitrés años responsable de las actividades al aire libre de los alumnos de una escuela, lanzador de jabalina y levantador de pesas, que vive volcado en sus pupilos y frustrado por no haber podido ir a la guerra con sus coetáneos a causa de un defecto de visión. Cuando la polio empieza a asolar el patio de recreo, Roth se concentra en los dilemas de Cantor y en las realidades cotidianas a las que este se enfrenta, y nos conduce a través de todas las emociones que una plaga semejante puede engendrar: el miedo, el pánico, la cólera, el desconcierto, el sufrimiento y el dolor. Alternando el escenario de las sofocantes y malolientes calles de la Newark asediada y el de Indian Hill, un immaculado campamento infantil sito en lo alto de las montañas Pocono, donde el aire estaba exento de toda polución, Roth retrata a un hombre bueno, enérgico y armado con las mejores intenciones que libra su particular guerra contra la epidemia. El autor se muestra en todo momento delicadamente preciso al abordar la transición de Cantor hacia la tragedia personal, y no menos preciso al tratar el tema de la infancia. En esta novela volvemos a encontrar el sombrío interrogante que recorre las últimas cuatro novelas de Roth, *Elegía*, *Indignación*, *La humillación* y ahora *Némesis*: ¿qué decisiones determinan fatalmente la vida? ¿Hasta qué punto somos impotentes ante las circunstancias?



Philip Roth

# Némesis

**ePub r1.1**

**karpanta** 27.08.13

Título original: *Nemesis*

Philip Roth, 2010

Traducción: Jordi Fibla Feito

Diseño de portada: Random House Mondadori, S. A.

Editor digital: karpanta

ePub base r1.0



*Para H. L.*

# 1

## UNA NEWARK ECUATORIAL

El primer caso de polio de aquel verano se produjo a comienzos de junio, poco después del Día de los Caídos, en un barrio italiano pobre que estaba en el otro extremo de la población donde nosotros vivíamos. En el ángulo sudoeste de la ciudad, en el barrio judío de Weequahic, apenas nos enteramos, como tampoco oímos hablar de la siguiente serie de casos desperdigados por casi todos los barrios de Newark excepto el nuestro. Hubo que esperar a la festividad del Cuatro de Julio, cuando ya se habían registrado cuarenta casos en la ciudad, para que en la primera plana del periódico vespertino apareciera una noticia titulada «Las autoridades sanitarias alertan a los padres sobre la polio», donde se citaba al doctor William Kittell, inspector del Consejo de Sanidad, quien había prevenido a los padres para que observaran detenidamente a sus hijos y, en caso de que un niño mostrara síntomas como dolor de cabeza, garganta irritada, náuseas, rigidez de cuello, dolor en las articulaciones o fiebre se pusieran en contacto con el médico. Aunque el doctor Kittell reconocía que cuarenta casos de polio eran más del doble de los que solían producirse al comienzo de la temporada, quería dejar claro que aquella ciudad de 429 000 habitantes en modo alguno sufría lo que podría considerarse una epidemia de poliomielitis. Aquel verano, como todos, había motivos de preocupación, y era necesario adoptar las medidas higiénicas apropiadas, pero aún no había razones para que cundiera la alarma que, veintiocho años

atrás, habían mostrado los padres durante el brote más largo de la enfermedad jamás producido: la epidemia de polio de 1916 en el nordeste de Estados Unidos, cuando se habían dado más de 27 000 casos y 6000 fallecimientos. En Newark había habido 1360 casos y 363 muertes.

Ahora bien, incluso en un año en que el número de casos era el habitual, cuando los riesgos de contraerla eran mucho menores que en 1916, la polio, una enfermedad paralizante que dejaba al niño permanentemente impedido y deforme o incapaz de respirar fuera de un recipiente metálico cilíndrico —un respirador artificial llamado «pulmón de acero»—, o que podía conducir desde la parálisis de los músculos respiratorios hasta la muerte, causaba a los padres de nuestro barrio una considerable aprensión y alteraba la tranquilidad de los niños que gozaban de vacaciones veraniegas y podían pasarse el día, hasta bien entrado el largo crepúsculo, jugando al aire libre. La preocupación por las funestas consecuencias de enfermar gravemente de polio se acrecentaba al no existir ningún medicamento que tratara la enfermedad, y ninguna vacuna que proporcionara inmunidad. La polio, o parálisis infantil —como la llamaban cuando se creía que la enfermedad infectaba sobre todo a niños de corta edad—, podía atacar a cualquiera y sin ninguna razón aparente. Aunque quienes la padecían eran generalmente niños o adolescentes hasta los dieciséis años, también los adultos podían resultar gravemente infectados, como le había ocurrido al entonces presidente de Estados Unidos.

Franklin Delano Roosevelt, la víctima más famosa de la polio, contrajo la enfermedad cuando era un vigoroso hombre de treinta y nueve años; a partir de entonces tuvieron que sostenerle para que pudiera caminar y, aun así, debía llevar unas pesadas abrazaderas de acero y cuero desde las caderas hasta los pies sin las que no hubiera podido mantenerse erguido. La institución benéfica que Roosevelt fundó cuando estaba en la Casa Blanca, la *March of Dimes*, obtenía dinero para la investigación y la ayuda económica a



las familias de los afectados, pues, aunque era posible una recuperación parcial o incluso total, con frecuencia esto solo ocurría al cabo de meses o años de costosa terapia y de rehabilitación en el hospital. Durante la recogida anual de fondos, los jóvenes norteamericanos donaban sus monedas de diez centavos a la escuela para ayudar a la lucha contra la enfermedad e introducían el dinero en las huchas que pasaban los acomodadores en los cines, y tanto en las paredes de tiendas y oficinas como en los pasillos de las escuelas del país entero aparecieron carteles con las frases «¡También tú puedes ayudar!» y «¡Ayuda a combatir la polio!» bajo imágenes de niños en silla de ruedas, una guapa chiquilla con abrazaderas en las piernas que se chupaba el pulgar o un niño acicalado con abrazaderas en las piernas, que sonreía heroicamente lleno de esperanza... Aquellos carteles hacían que la posibilidad de contraer la enfermedad les pareciera incluso más terriblemente real a unos niños por lo demás sanos.

Los veranos eran húmedos en Newark, una ciudad que se halla al nivel del mar, y como estaba parcialmente rodeada de extensas marismas —un gran foco de malaria, que en aquel entonces también era una enfermedad incontenible—, había nubes de mosquitos que era preciso liquidar con el matamoscas o con la palma de la mano cada vez que, por la noche, colocábamos sillas de playa en los callejones y en los senderos de acceso a las viviendas y nos sentábamos para ponernos a salvo del tórrido calor de nuestros pisos, donde, para mitigar aquellas infernales temperaturas, no había más medios que la ingesta de agua helada o las duchas frías. Esto sucedía antes de la aparición del aire acondicionado doméstico; entonces, cuando un pequeño ventilador eléctrico negro, puesto sobre una mesa para que produjera cierta brisa en el interior, ofrecía escaso alivio cuando la temperatura superaba los 32 grados, como sucedió repetidas veces aquel verano durante períodos de una semana o diez días. En el exterior, los vecinos encendían velas de *citronella* y rociaban el ambiente con botes de insecticida Flit para

mantener a raya a las moscas y los mosquitos, de los que se sabía que eran transmisores de la malaria, la fiebre amarilla y el tifus, y de los que muchos —empezando por Drummond, el alcalde de Newark, que lanzó la campaña «Acabemos con las moscas», extensible a todo el municipio—, creían que transmitían la polio. Cuando una mosca o un mosquito lograban penetrar a través de los mosquiteros de las puertas y ventanas o por una puerta abierta, los inquilinos perseguían tenazmente al insecto con matamoscas y Flit, temerosos de que al posarse con sus patas cargadas de gérmenes en uno de los niños dormidos le inoculara la polio. Puesto que entonces nadie conocía la fuente del contagio, era posible sospechar de casi todo, incluso de los escuálidos gatos callejeros que se acercaban a nuestros cubos de basura en el patio trasero, de los macilentos y hambrientos perros vagabundos que rodeaban a hurtadillas las casas y defecaban en la acera y en la calle, y de las palomas que zureaban en los gabletes de las casas y ensuciaban los escalones de la entrada con sus blancuzcos excrementos. En el primer mes del brote, antes de que el Consejo de Sanidad lo reconociera como una epidemia, el departamento de higiene se puso a exterminar sistemáticamente la enorme población de gatos callejeros, aunque nadie sabía si estos tenían que ver con la polio en mayor medida que los gatos domésticos.

Lo que sí sabía la gente era que se trataba de una enfermedad sumamente contagiosa y que la mera proximidad física a los ya infectados podía hacer que se transmitiese a quienes estaban sanos. Por esta razón, a medida que el número de casos aumentaba imparable en la ciudad, y con ellos el temor de la comunidad, los padres de muchos niños de nuestro barrio les prohibieron utilizar la gran piscina pública del Olympic Park, en la cercana Irvington, les prohibieron ir a los cines con aire acondicionado y tomar el autobús que iba al centro de la ciudad o viajar por el barrio de Down Neck hasta la avenida Wilson para ver a nuestro equipo de la liga menor, los Bears de Newark, que jugaban al béisbol en el estadio Ruppert.

Nos advertían de que no usáramos los lavabos públicos, ni bebiéramos de las fuentes públicas, ni tomáramos un trago de la botella de refresco de un compañero, ni nos resfriáramos, ni jugáramos con desconocidos, ni sacáramos libros en préstamo de la biblioteca pública, ni habláramos por teléfono público, ni compráramos comida en un tenderete callejero, ni comiéramos hasta habernos lavado a conciencia las manos con agua y jabón. Teníamos que lavar la fruta y la verdura antes de consumirlas, y mantenernos a distancia de cualquiera que pareciese enfermo o se quejase de alguno de los síntomas reveladores de la polio.

Se consideraba que la mejor protección de un niño contra la polio era que huyera de la tórrida ciudad y pasara el verano en un campamento en las montañas o en el campo, o bien a unos cien kilómetros de distancia, en el litoral de Jersey. La familia que podía permitírselo alquilaba un dormitorio con derecho a cocina en una pensión de Bradley Beach, un lugar formado por una playa de arena, un paseo marítimo entarimado y unos chalets alargados que ya llevaban varias décadas siendo populares entre los judíos del norte de Jersey. Allí la madre y los niños irían a la playa para respirar el fresco y tonificante aire del océano durante toda la semana, y el padre se reuniría con ellos los fines de semana y en vacaciones. Por supuesto, se sabía que tanto en los campamentos de verano como en las poblaciones costeras se daban casos de polio, pero como no eran tan numerosos ni mucho menos como los registrados en Newark, existía la creencia generalizada de que mientras que los alrededores de la ciudad, con sus sucias aceras y su insalubre atmósfera, facilitaban el contagio, instalarse en un lugar desde el que se veía u oía el mar, o en el campo o en las montañas, era la mejor garantía para eludir la enfermedad.

Así pues, los privilegiados favorecidos por la suerte desaparecían de la ciudad durante el verano, mientras que los demás nos quedábamos allí haciendo exactamente lo que no debíamos, pues se sospechaba que el «esfuerzo excesivo» era otra posible causa de la

polio: repetíamos un turno de lanzamiento de pelota tras otro y jugábamos un partido de *softball* tras otro en el ardiente asfalto del patio del colegio, nos pasábamos el día corriendo bajo el calor extremo, bebíamos con avidez el agua de las fuentes prohibidas, entre uno y otro turno de lanzamiento nos sentábamos en un banco, apretujados, aferrando en el regazo el desgastado y mugriento guante que fuera del campo usábamos para secarnos el sudor de la frente y evitar que nos llegara a los ojos, hacíamos el payaso y conversábamos con los polos empapados y las zapatillas apestosas, sin pensar que nuestra imprudencia podría condenar a cualquiera de nosotros a estar encerrados de por vida en un pulmón de acero y a que se hicieran realidad los más atroces temores físicos.

Solo una docena de niñas, más o menos, aparecían por allí, en su mayoría chiquillas de ocho o nueve años a las que normalmente se las veía saltando a la comba en un extremo del patio que daba a un callejón propiedad de la escuela y que estaba cerrado al tráfico. Cuando las chicas no saltaban a la comba, usaban la calle para jugar al tejo, a la petanca, correr las bases, o se pasaban el día entero haciendo botar alegremente una pelota de goma de color rosa. A veces, cuando las niñas saltaban a la comba doble, haciendo girar dos cuerdas en direcciones opuestas, uno de los chicos aparecía espontáneamente y, apartando a la niña que estaba a punto de saltar, brincaba y se ponía a gritar burlescamente la canción favorita de las chicas mientras saltaban, enredándose a propósito con las cuerdas que pasaban a toda velocidad por encima de su cabeza. «¡H, mi nombre es Hipopótamo...!». Las niñas le chillaban «¡Basta! ¡Basta!», y pedían ayuda al director del centro de verano, quien solo tenía que gritar desde el lugar del campo en que se encontrase al alborotador (casi siempre era el mismo chico): «¡Déjalo ya, Myron! ¡Deja en paz a las chicas o te vas a casa!». Entonces la airada protesta remitía. Pronto las cuerdas restallaban de nuevo en el aire, y una saltadora tras otra entonaba la canción:

*iA, mi nombre es Agnes  
y mi marido se llama Alphonse,  
venimos de Alabama  
y traemos albaricoques!  
iB, mi nombre es Bev  
y mi marido se llama Bill,  
venimos de las Bermudas  
y traemos berzas!  
C, mi nombre es...*

Con sus voces infantiles, las niñas que estaban en el extremo del patio improvisaban de la A a la Z y empezaban de nuevo, aliterando los nombres al final del verso, a veces de una manera absurda, en cada ocasión. Al saltar y corretear con entusiasmo —excepto cuando Myron Kopferman y otros como él se entrometían y las imitaban tontamente—, mostraban una energía asombrosa. A menos que el director del centro las llamara y les pidiese que se pusieran a la sombra de la escuela para protegerse del calor, no abandonaban aquella calle desde el viernes de junio en que finalizaba el trimestre de primavera hasta el martes posterior al Día del Trabajo en que comenzaba el trimestre de otoño y solo podían saltar a la comba después de la escuela y durante el recreo.

Aquel año, el director del centro de verano era Bucky Cantor, quien, debido a una deficiencia visual que le exigía llevar unas gafas de gruesos cristales, era uno de los pocos jóvenes que no estaba luchando en la guerra. Durante el curso anterior, el señor Cantor se había convertido en el nuevo profesor de educación física de la escuela elemental Chancellor Avenue, por lo que a muchos de los que frecuentábamos el centro de verano ya nos conocía de sus clases de gimnasia. Aquel verano tenía veintitrés años, y era graduado por South Side, la escuela de enseñanza media de Newark a la que iban alumnos de diversas razas y religiones, y licenciado por la Universidad Panzer de Educación Física e Higiene, en East Orange.

Medía aproximadamente un metro sesenta y cinco, y aunque era un excelente atleta y un temible competidor, su estatura, combinada con su vista deficiente, le había impedido formar parte de los equipos universitarios de fútbol, béisbol o baloncesto, y en las competiciones entre centros docentes había limitado su actividad deportiva a la jabalina y la halterofilia. Coronaba su cuerpo compacto una cabeza de buen tamaño, cuyos rasgos estaban formados por ángulos muy pronunciados: pómulos anchos y muy marcados, frente alta, mandíbula angulosa y una nariz larga y recta con un puente prominente que prestaba a su perfil la agudeza de una silueta grabada en una moneda. Sus labios carnosos estaban tan bien definidos como sus músculos, y tenía el cutis atezado durante todo el año. Desde la adolescencia llevaba el pelo muy corto, al estilo militar, un corte que hacía resaltar sobre todo sus orejas, no porque fuesen demasiado grandes, que no lo eran, ni tampoco porque las tuviera muy pegadas a la cabeza, sino porque, vistas de lado, su forma era muy parecida a la del as de picas de la baraja o a las alas en los pies alados de la mitología, con unos extremos superiores que no eran redondeados, como lo son en la mayor parte de las orejas, sino que casi terminaban en punta. Antes de que su abuelo le pusiera el apodo de Bucky, los amigos de la infancia con los que jugaba en la calle le llamaban As, sobrenombre inspirado no solo por su precoz excelencia deportiva sino por la insólita configuración de sus orejas.

El conjunto de los planos oblicuos de su cara hacía que los ojos de color gris humo —unos ojos alargados y estrechos como los de un oriental— parecieran profundamente encajonados, como si no estuviesen insertos en órbitas, sino en cráteres. La voz que surgía de aquel rostro delineado con tanta precisión era, inesperadamente, bastante aguda, pero no por eso el aspecto del joven resultaba menos imponente. Era un rostro de hierro forjado, resistente al desgaste, revelador de una asombrosa energía, el rostro de un joven robusto en quien podías confiar.

Una tarde de principios de julio, dos coches llenos de italianos del instituto East Side, muchachos de entre quince y dieciocho años, aparcaron en la entrada de la calle residencial que había en la parte de atrás del edificio, donde estaba situado el patio. El East Side se encontraba en el sector de Ironbound, el barrio pobre industrial donde hasta entonces habían sido más numerosos los casos de polio en la ciudad. En cuanto el señor Cantor los vio llegar, dejó caer su guante al suelo —estaba jugando como tercera base en uno de nuestros encuentros de *softball*— y corrió hacia los diez forasteros que se habían apeado de los dos coches. Su trote era atlético, con los pies torcidos hacia dentro, y los niños que jugaban en el patio ya lo imitaban, así como su resuelta manera de elevarse mientras apoyaba en el suelo la parte anterior de la planta del pie para avanzar y la ligera oscilación de sus fornidos hombros al caminar. Algunos de los chicos habían hecho suyo su porte en general, tanto dentro como fuera del terreno de juego.

—¿Qué venís a hacer aquí? —les preguntó el señor Cantor.

—Estamos propagando la polio —respondió uno de los italianos. Era uno de los primeros que había bajado del coche y dado unos pasos con aire arrogante—. ¿No es así? —añadió y, pavoneándose, se giró hacia el grupo, que le apoyaba.

En aquel momento el señor Cantor se percató de que estaban buscando pelea.

—Más bien parece que estáis propagando problemas —le dijo el señor Cantor—. ¿Por qué no os largáis de aquí?

—No, no —insistió el chico italiano—, no hasta que hayamos propagado algo de polio. Nosotros la tenemos y vosotros no, así que hemos pensado venir aquí y propagarla un poco.

Mientras hablaba, el muchacho se balanceaba sobre los talones hacia delante y hacia atrás, para mostrar lo duro que era. El descaro

con que tenía metidos los pulgares en dos presillas delanteras de sus pantalones era tan útil para expresar su desprecio como su mirada.

—Soy el director de este centro —dijo el señor Cantor, señalando por encima del hombro hacia nosotros, los niños—. Os pido que os marchéis. Aquí no tenéis nada que hacer, y os pido cortésmente que os vayáis. ¿Qué decís?

—¿Desde cuándo hay una ley contra la propagación de la polio, señor director de este centro?

—Mira, la polio no es ninguna broma. Y hay una ley contra la alteración del orden público. No quiero tener que llamar a la policía. ¿Qué os parece si os marcháis por propia iniciativa antes de que llame a los agentes para que se os lleven de aquí?

En aquel momento, el jefe de la jauría, que era por lo menos quince centímetros más alto que el señor Cantor, dio un paso adelante y escupió en el suelo. Dejó allí un viscoso gargajo, a unos pocos centímetros de las zapatillas del señor Cantor.

—¿Qué significa esto? —le preguntó el señor Cantor.

Seguía hablando con voz serena y, con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho, era la encarnación de la inflexibilidad. Ningún alborotador del Ironbound iba a ganarle la batalla ni a acercarse a sus chavales.

—Ya te he dicho lo que significa. Estamos propagando la polio. No queremos que os quedéis sin ella.

—Oye, basta ya de gansadas —dijo el señor Cantor, y dio un rápido y furioso paso adelante, situándose a pocos centímetros del rostro del italiano—. Te doy diez segundos para que des la vuelta y te largues con los demás.

El italiano sonreía. En realidad, no había dejado de sonreír desde que se había bajado del coche.

—¿Y entonces qué? —preguntó.

—Ya lo he dicho. Voy a llamar a la policía para que se os lleven de aquí.



Entonces el italiano escupió de nuevo, esta vez al lado de las zapatillas deportivas del señor Cantor, y este llamó al chico que había estado esperando para ser el siguiente en batear y que, como todos nosotros, observaba en silencio cómo el señor Cantor se enfrentaba a los diez italianos.

—Jerry —dijo el señor Cantor—, corre a mi despacho y telefona a la policía. Diles que les llamas de mi parte y que necesito que vengan.

—¿Qué van a hacer, encerrarme? —le preguntó el jefe de los italianos—. ¿Van a meterme en el talego por escupir en tu preciosa acera de Weequahic? ¿También eres el dueño de la acera, cuatro ojos?

El señor Cantor no respondió; se limitó a permanecer entre los chavales que habían estado jugando a la pelota en el terreno asfaltado a sus espaldas y la pandilla de italianos, todavía en la calle, en el borde del patio, como si cada uno de ellos estuviera a punto de tirar el cigarrillo que estaba fumando y blandir un arma de repente. Pero cuando Jerry regresó del despacho del señor Cantor en el sótano, donde había seguido las instrucciones y telefoneado a la policía, los dos coches y sus amenazadores ocupantes habían desaparecido. Unos minutos más tarde, cuando llegó el coche patrulla, el señor Cantor pudo darles los números de matrícula de ambos vehículos, que había memorizado durante el enfrentamiento. Solo después de que la policía se hubiera ido, los niños que estaban detrás de la valla empezaron a ridiculizar a los italianos.

Resultó que había esputos en toda la amplia extensión de la acera donde se habían congregado los italianos, unos dos metros cuadrados cubiertos por una sustancia húmeda, viscosa, repugnante, que ciertamente parecía el terreno de cultivo ideal de la enfermedad. El señor Cantor pidió a dos chicos que bajaran al sótano de la escuela en busca de un par de cubos, los llenaran de agua y amoníaco en la portería y echaran el agua en la acera hasta que quedara completamente limpia. Al observar a los chicos que

eliminaban los esputos el señor Cantor recordó la ocasión en que, cuando contaba diez años de edad, tuvo que limpiar el suelo tras haber matado una rata en la trastienda del colmado de su abuelo.

—No hay por qué preocuparse —les dijo el señor Cantor a los muchachos—. No volverán. La vida es así —añadió, una frase que su abuelo decía con frecuencia—. Siempre ocurre alguna cosa extraña.

Volvió al patio y se reanudó el juego. Los muchachos que observaban desde el otro lado de la valla metálica de dos pisos de altura que rodeaba el patio se habían quedado muy impresionados al ver que el señor Cantor se enfrentaba a los italianos de aquella manera. Su actitud confiada y decidida, su fuerza de levantador de pesos, el hecho de que cada día jugara a lanzar pelotas con nosotros, y que lo hiciera lleno de entusiasmo, todo ello le había convertido en el favorito de los chavales asiduos al centro de verano desde el día en que empezó a trabajar como director; pero después del incidente con los italianos se convirtió en un héroe, un hermano mayor idolatrado, protector, heroico, sobre todo para los chavales que tenían a sus propios hermanos mayores en la guerra.

Poco después, aquella misma semana, dos de los chicos que habían estado en el patio cuando llegaron los italianos no volvieron a presentarse para jugar a la pelota. La primera mañana, los dos se habían despertado con fiebre alta y el cuello rígido, y la segunda noche, cuando la debilidad de sus brazos y piernas aumentaba sin cesar y tenían dificultades respiratorias, hubo que trasladarlos al hospital en ambulancia. Uno de los muchachos, Herbie Steinmark, era un alumno de octavo llenito, afable y torpe al que, debido a su ineptitud para los deportes, se le solía asignar al exterior derecho del campo y era el último en batear; el otro, Alan Michaels, también de octavo curso, se encontraba entre los dos o tres mejores atletas del grupo, y era el muchacho que había llegado a tener una relación más estrecha con el señor Cantor. El de Herbie y el de Alan fueron los primeros casos de polio en el barrio. Al cabo de cuarenta y ocho horas había once casos más, y aunque ninguno de los niños

afectados había estado aquel día en el centro, por el barrio se extendió el rumor de que los italianos habían traído la enfermedad al sector de Weequahic. Puesto que hasta entonces su barrio era el que había registrado el mayor número de casos de polio de la ciudad y en el nuestro no se había producido ninguno, se creía que, fieles a su palabra, los italianos habían cruzado aquella tarde la ciudad de un extremo a otro para infectar intencionadamente a los judíos con la polio, y que lo habían logrado.

La madre de Bucky Cantor había muerto durante el parto, y los abuelos maternos habían criado al niño en un bloque de pisos de alquiler de la calle Barclay, frente a la parte baja de la avenida Avon, que albergaba a doce familias y se encontraba en una de las zonas más pobres de la ciudad. Su padre, del que había heredado una visión deficiente, era contable de unos grandes almacenes del centro y tenía una afición desmedida a apostar en las carreras de caballos. Poco después de la muerte de su esposa y del nacimiento de su hijo fue denunciado por robar a su patrono para cubrir sus deudas de juego, y descubrieron que se había estado llenando los bolsillos desde el mismo día en que empezó a trabajar en la empresa. Pasó dos años en la cárcel y, una vez en libertad, nunca volvió a Newark. A falta de padre, el niño, llamado Eugene, fue instruido en las cosas de la vida por su abuelo, un hombre corpulento como un oso y muy trabajador, en cuya tienda de la avenida Avon el chico trabajaba al salir de la escuela y los sábados. Tenía cinco años cuando su padre se casó por segunda vez y contrató a un abogado para lograr que el niño fuese a vivir con él y con su nueva esposa en Perth Amboy, en cuyos astilleros trabajaba. En vez de contratar a su propio abogado, el abuelo viajó en coche a Perth Amboy, donde hubo un enfrentamiento en el que, según se decía, amenazó a su ex yerno con partirle el cuello si intentaba inmiscuirse de alguna manera en la

vida de Eugene. Desde entonces, nunca más llegaron noticias del padre de Eugene.

Gracias a las cajas de verdura que movía con su abuelo en la tienda se le empezaron a desarrollar el pecho y los brazos, y gracias a que subía y bajaba corriendo innumerables veces a lo largo del día los tres tramos de escaleras hasta el piso se le empezaron a desarrollar las piernas. El arrojo de su abuelo le enseñó a enfrentarse a cualquier obstáculo, incluido el de ser hijo de un hombre al que su abuelo nunca dejó de considerar «un personaje muy turbio». De niño quería ser físicamente fuerte, como su abuelo, y no tener que llevar gafas de gruesos cristales. Pero su vista era tan mala que por la noche, cuando se las quitaba para acostarse, apenas podía distinguir las siluetas de los escasos muebles de su habitación. La primera vez que el desdichado niño se puso las gafas, a los ocho años, su abuelo, que nunca había pensado dos veces en sus propias desventajas, le dijo que ahora su vista era tan buena como la de cualquier otro. Así quedó zanjado el asunto, y desde entonces no hubo nada más que decir sobre el particular.

Su abuela era una mujercita cariñosa, de buen corazón, un firme contrapeso de su abuelo. Soportaba las penalidades con valentía, aunque rompía a llorar cada vez que se mencionaba a su hija, que había muerto de parto a los veinte años. Los clientes de la tienda le tenían mucho afecto, como se lo tenían en casa, donde sus manos nunca estaban quietas, y escuchaba algo distraídamente *La vida puede ser bella* y los demás seriales que le gustaban, en los que el radioyente siempre se estremece, siempre se pone nervioso ante la perspectiva de la inminente calamidad. Durante las pocas horas del día en las que no ayudaba en la tienda se dedicaba con entusiasmo al bienestar de Eugene: cuidó de él cuando contrajo el sarampión, las paperas y la varicela, se ocupaba de que su ropa siempre estuviera limpia y remendada, le supervisaba los deberes, firmaba los boletines de calificaciones, lo llevaba al dentista con regularidad (algo que en aquel entonces estaba al alcance de pocos niños

pobres), le preparaba comidas succulentas y abundantes y se encargaba de pagarle las cuotas de la sinagoga, donde iba después de la escuela a recibir clases de hebreo con el fin de prepararse para su *bar mitzvah*. Aparte del trío de enfermedades infecciosas corrientes en la infancia, el muchacho gozaba de una buena salud a toda prueba, tenía los dientes fuertes y parejos, una sensación general de bienestar físico que debía de estar relacionada con la manera en que ella le había criado, tratando de hacer todo lo que en aquellos tiempos se consideraba bueno para un niño en fase de crecimiento. Ella y su marido casi nunca reñían, cada uno conocía la tarea a realizar y la mejor manera de llevarla a cabo, y cada uno lo hacía con una energía que al pequeño Eugene no le pasaba desapercibida.

El abuelo se ocupó del desarrollo viril del muchacho, siempre en guardia para erradicar cualquier debilidad que pudiera haberle legado, junto con la vista deficiente, su padre natural, y para enseñarle que todo lo que un hombre se esfuerza por hacer conlleva responsabilidad. La autoridad de su abuelo no era fácil de soportar, pero cuando Eugene satisfacía sus expectativas nunca le regateaba las alabanzas. Tenía solo diez años cuando se encontró con una gran rata gris en el penumbroso almacén que había al fondo de la tienda. En el exterior ya había oscurecido cuando vio la rata que se escabullía, entraba y salía de un rintero de cajas vacías cuyo contenido el abuelo había sacado con la ayuda del nieto. Naturalmente, el muchacho sintió el impulso de echar a correr. Pero, como sabía que su abuelo estaba en la tienda con un cliente, sin hacer ruido empuñó la ahuecada y pesada pala del carbón con la que estaba aprendiendo a alimentar la caldera que calentaba la tienda.

Con el corazón en un puño, el niño avanzó de puntillas hasta que hubo acorralado a la asustada rata en un rincón. Cuando levantó la pala en el aire, la rata se irguió sobre las patas traseras e hizo rechinar sus espantosos dientes, disponiéndose a saltar. Pero antes

de que pudiera alzarse del suelo, Eugene descargó velozmente la pala, alcanzó al roedor en el cráneo y le partió la cabeza. La sangre, mezclada con fragmentos de hueso y sesos, se introdujo en las hendiduras de las tablas del suelo, mientras el niño —que no había logrado reprimir por completo el impulso de vomitar—, utilizaba la pala para recoger el animal muerto. Era pesado, más pesado de lo que hubiera imaginado, y tendido en la pala parecía más grande y largo que cuando se erguía sobre las patas traseras. Resultaba extraño que nada, ni siquiera la cola inerte y las cuatro patas inmóviles, pareciera tan muerto como los delgadísimos y ensangrentados bigotes. Cuando tenía la pala alzada por encima de la cabeza no se había fijado en los bigotes, no había reparado en nada más que en la palabra «¡Mátala!», como si el abuelo la pronunciara en su cerebro. Esperó hasta que el cliente se hubo ido con su compra y entonces, sosteniendo la pala extendida delante de él —y con cara de palo para mostrar que no se había inmutado—, cruzó la tienda con la rata muerta en la pala para que su abuelo la viera antes de salir por la puerta. En la esquina, sacudió la pala para que la rata se desprendiera, y la empujó a través de la reja bajo la que circulaba el agua del arroyo. Regresó a la tienda y, con un cepillo de fregar, jabón marrón, trapos y un cubo de agua, limpió su vómito y los restos de rata del suelo y enjuagó la pala.

Después de este triunfo, su abuelo, por las connotaciones de obstinación y agallas, ánimo y firme voluntad que tenía el sobrenombre de Bucky, empezó a llamar así al gafoso niño de diez años.

El abuelo, Sam Cantor, llegó solo a Estados Unidos en la década de 1880, un niño inmigrante que procedía de una aldea judía en la Galitzia polaca. Su carácter se había vuelto intrépido en las calles de Newark, donde más de una vez le habían roto la nariz en peleas con bandas antisemitas. La agresión violenta a los judíos, frecuente en la ciudad durante su adolescencia —que transcurrió en un barrio pobre—, contribuyó en gran medida a modelar su visión de la vida y,

posteriormente, la de su nieto. Alentaba al muchacho a que se defendiera como hombre y como judío, y a que comprendiera que sus batallas nunca terminan y que, en la implacable escaramuza que es la vida, «cuando tienes que pagar el precio, lo pagas». La nariz rota de su abuelo siempre había sido para el muchacho una prueba de que, aunque el mundo lo había intentado, no había podido aplastarlo. En julio de 1944, cuando los diez italianos llegaron al patio del colegio y el señor Cantor los rechazó sin ayuda de nadie, el anciano ya había fallecido de un ataque al corazón, pero eso no significaba que no hubiese estado allí durante el enfrentamiento.

Un chico como él, que había perdido a su madre al nacer y cuyo padre estaba en la cárcel, un chaval cuyos padres no figuraban para nada en sus recuerdos más tempranos, no podría haber sido más afortunado con los sustitutos que heredó para fortalecerle en todos los aspectos, y solo en raras ocasiones permitía que le atormentara el pensamiento de los padres desaparecidos, aun cuando su biografía hubiera estado marcada por tal ausencia.

El señor Cantor tenía veinte años y estudiaba el tercer curso de la universidad cuando el domingo 7 de diciembre de 1941 la flota norteamericana en el Pacífico fue bombardeada y casi destruida por el ataque sorpresa japonés en Pearl Harbor. Al día siguiente el joven se presentó en la oficina de reclutamiento instalada frente al Ayuntamiento. Pero debido a su problema visual nadie le aceptó, ni el ejército, ni la marina, ni la guardia costera, ni la infantería de marina. Le clasificaron como no apto para el servicio, y le enviaron de regreso a la Universidad Panzer, donde seguiría preparándose para ser profesor de educación física. Su abuelo había muerto recientemente y, por muy irracional que fuese la idea, el señor Cantor tenía la sensación de que le había defraudado, de que no había satisfecho las expectativas de su mentor, aquel hombre que jamás se desviaba de la línea trazada. ¿De qué le servían su

musculoso físico y su destreza atlética si no podía explotarlos como soldado? No había estado levantando pesos desde el comienzo de su adolescencia tan solo para lanzar la jabalina, sino que se había convertido a sí mismo en alguien lo bastante fuerte para ser infante de marina.

Después de que Estados Unidos entrara en la guerra, él seguía caminando por las calles mientras todos los demás hombres sanos de su edad estaban en centros de instrucción donde se entrenaban para luchar contra los japoneses y los alemanes, entre ellos sus dos mejores amigos de la universidad, que habían hecho cola con él ante la oficina de reclutamiento la mañana del 8 de diciembre. Su abuela, con la que seguía viviendo mientras iba diariamente a la universidad, le oyó sollozar en su dormitorio la noche en que sus amigos Dave y Jake se trasladaron a Fort Dix sin él para iniciar el entrenamiento básico, le oyó sollozar como nunca lo había hecho hasta entonces. Al joven le avergonzaba que le vieran vestido de civil, se sentía avergonzado cuando veía en el cine el noticiario sobre la guerra y cuando tomaba el autobús de regreso a Newark desde East Orange al final de la jornada escolar y se sentaba al lado de alguien que leía en el periódico vespertino la noticia más importante de la jornada: «Cae Batán», «Cae Corregidor», «Cae la isla Wake». Sentía la vergüenza de alguien cuya intervención podría cambiar el rumbo de las cosas mientras las tropas norteamericanas en el Pacífico sufrían una colosal derrota tras otra.

Debido a la guerra y al reclutamiento, los puestos de trabajo en los colegios para profesores de gimnasia eran tan numerosos que incluso antes de licenciarse por la Universidad Panzer, en junio de 1943, había conseguido empleo en la escuela elemental Chancellor Avenue, inaugurada hacía diez años, y firmado como director del centro de verano. Su objetivo era enseñar educación física y entrenar en Weequahic, el instituto de secundaria que se había establecido al lado de Chancellor. El señor Cantor se sentía atraído por ambas escuelas debido a su abrumadora mayoría de alumnos



judíos y a sus excelentes credenciales académicas. Quería enseñar a aquellos niños para que sobresalieran tanto en las actividades deportivas como en sus estudios, para que valorasen la deportividad y cuanto podía aprenderse mediante la competición. Quería enseñarles lo que su abuelo le había enseñado: resistencia y determinación, valor y buena forma física, y a no permitir jamás que los zarandearan o que les llamaran judíos enclenques y mariquitas solo porque sabían usar el cerebro.

Una noticia corrió por el patio después de que a Herbie Steinmark y a Alan Michaels los llevaran en ambulancia al pabellón de infecciosos del Hospital Beth Israel: la de que ambos estaban totalmente paralizados y, como ya no podían respirar por sí mismos, los mantenían vivos en pulmones de acero. Aunque no todo el mundo se había presentado aquella mañana en el patio, había un número de niños suficiente para organizar cuatro equipos y disputar un torneo de todos contra todos, un partido de cinco turnos de lanzamiento tras otro a lo largo de la jornada. El señor Cantor calculaba que, en conjunto, además de Herbie y Alan, faltaban quince o veinte de los aproximadamente noventa habituales del centro, y suponía que sus padres los retenían en casa por temor a la polio. A decir verdad, como conocía lo protectores que eran los padres judíos del barrio y la preocupación que sentían las vigilantes madres, le sorprendía que fueran tantos los que no se habían quedado en casa. Probablemente las palabras que les dirigió el día anterior habían surtido efecto.

—Muchachos —les había dicho, tras reunirlos en el patio antes de que se dispersaran para ir a cenar—, no quiero que empecéis a sentir pánico. La polio es una enfermedad con la que tenemos que vivir todos los veranos. Se trata de una enfermedad grave que siempre ha estado ahí. La mejor manera de enfrentarse a la amenaza de la polio es mantenerse sano y fuerte. Procurad lavaros a

fondo todos los días, comer bien, dormir ocho horas, tomar ocho vasos de agua diariamente y no ceder a las preocupaciones y los temores. Todos queremos que Herbie y Alan se repongan lo antes posible. Todos lamentamos que les haya sucedido esto. Son dos chicos estupendos, y muchos de vosotros sois buenos amigos suyos. Sin embargo, mientras ellos se recuperan en el hospital, los demás tenemos que seguir adelante con nuestra vida. Eso significa venir aquí, al centro, todos los días y participar en los deportes como siempre. Si alguno se encuentra mal, por supuesto debe decírselo a sus padres, quedarse en casa y cuidarse hasta que el médico le haya examinado y tratado, y se haya restablecido. Pero si os encontráis bien, no hay ninguna razón para que no estéis tan activos como queráis durante todo el verano.

Aquella noche, desde el teléfono de la cocina, intentó varias veces ponerse en contacto con las familias Steinmark y Michaels para expresarles su preocupación y la de los chicos del centro y para recabar más información sobre el estado de los dos enfermos. Pero no obtuvo respuesta en ninguna de las dos casas. Eso no era una buena señal. Los familiares debían de seguir en el hospital a las nueve y cuarto de la noche.

Entonces sonó el teléfono. Era Marcia, y le llamaba desde las montañas Pocono. Se había enterado de lo sucedido a los dos niños.

—He hablado con mis padres y me lo han dicho. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien —respondió él, y extendió el cordón del teléfono para situarse en un lugar donde el calor no fuera tan fuerte, más cerca del mosquitero de la ventana abierta—. Todos los demás chicos están bien. He intentado ponerme en contacto con las familias de los niños hospitalizados para saber cómo siguen.

—Te echo de menos —le dijo Marcia—, y estoy preocupada por ti.

—También yo te echo de menos, pero no tienes por qué preocuparte.

—Ahora lamento haber venido aquí. —Por segundo año consecutivo, aquel verano Marcia trabajaba como monitora jefe en

Indian Hill, un campamento para chicos y chicas judíos en las montañas Poconos de Pensilvania, a poco más de cien kilómetros de la ciudad. El resto del año era maestra de primaria en Chancellor, y los dos se habían conocido como nuevos miembros del profesorado el otoño anterior—. Parece terrible —le dijo.

—Es terrible para los dos muchachos y sus familias —replicó él—. Pero la situación no está fuera de control, ni mucho menos. No deberías pensar que lo está.

—Mi madre me ha hablado de los italianos que fueron al centro para propagarla.

—Los italianos no han propagado nada. Estuve allí, y sé lo que ocurrió. Solo eran un puñado de gamberros. Llenaron la calle de escupitajos, y luego los limpiamos. La polio es la polio..., nadie sabe cómo se propaga. Llega el verano y ahí está, y no podemos hacer gran cosa por evitarla.

—Te quiero, Bucky. No dejes de pensar en ti.

Discretamente, para que ninguno de los vecinos pudiera oírle a través de la ventana abierta, él bajó la voz.

—Yo también te quiero —replicó.

Le resultaba difícil decírselo, porque se había disciplinado (juiciosamente, a su modo de ver) para no suspirar en exceso por ella mientras estaba ausente. También le resultaba difícil porque nunca se había declarado con tanta franqueza a otra chica, y seguía avergonzándole decir esas cosas.

—Voy a tener que colgar —le dijo Marcia—. Hay una persona esperando detrás de mí. Cuídate, por favor.

—Lo hago y lo haré, pero no te preocupes. No estés asustada. No hay ningún motivo para estarlo.

Al día siguiente corrió por la comunidad la noticia de que en el distrito escolar de Weequahic había once nuevos casos de polio, tantos como los que se habían registrado allí en los tres años anteriores juntos, y solo estábamos en julio y aún faltaban dos largos meses para que finalizara la temporada de la polio. Once

nuevos casos, y durante la noche Alan Michaels, el favorito del señor Cantor, había muerto. La enfermedad había acabado con él en setenta y dos horas.

El día siguiente era sábado, y el centro estaba abierto a las actividades organizadas solo hasta mediodía, cuando el oscilante ulular de las sirenas que alertaban de los ataques aéreos sonaba en toda la ciudad desde los postes del tendido eléctrico, durante el ejercicio de prueba semanal. En vez de regresar a la calle Barclay después de cerrar, para ayudar a su abuela a hacer las compras sabatinas —tras la muerte del abuelo, habían vendido por una miseria las existencias de su tienda—, se duchó en el vestuario de los chicos, se puso una camisa y unos pantalones limpios y se calzó unos zapatos lustrados que había traído consigo en una bolsa de papel. Entonces recorrió la avenida Chancellor cuesta abajo hasta Fabyan Place, donde vivía la familia de Alan Michaels. A pesar de que la polio afectaba al barrio, la calle principal, donde se sucedían las tiendas, estaba llena de gente que hacía las compras del sábado, recogía las prendas en la tintorería, los medicamentos que les habían recetado en la farmacia y lo que necesitaran de la tienda de aparatos eléctricos, la de ropa de señora, la óptica y la ferretería. En la barbería de Frenchy todos los sillones estaban ocupados por hombres del barrio que esperaban a que les cortaran el pelo o los afeitasen; en el contiguo taller de reparación de calzado, el propietario italiano —el único tendero no judío de la calle, aparte de Frenchy—, estaba atareado buscando los zapatos terminados entre un montón de ellos sobre el atestado mostrador, mientras a través de la puerta abierta se oía una emisora italiana a todo volumen. Las tiendas tenían ya los toldos bajados para evitar que el ardiente sol penetrara a través de las lunas de los escaparates.

Era un día brillante, sin nubes, y la temperatura aumentaba a cada hora. Los chicos de sus clases de gimnasia y del centro se alborotaron al verle en la avenida Chancellor, puesto que él no vivía en el barrio sino en el distrito escolar de South Side, y estaban

acostumbrados a verle solo en calidad de profesor de educación física y director del centro. Les saludó agitando la mano cuando le llamaron «¡Señor Cantor!», sonrió e hizo una inclinación de cabeza a sus padres, a algunos de los cuales reconoció por las reuniones de la Asociación de Padres y Alumnos. Uno de los padres se detuvo a hablar con él.

—Quiero estrecharle la mano, joven —le dijo al señor Cantor—. Dejó claro a esos italianos adónde debían irse. Esos perros asquerosos. Uno contra diez. Es usted un joven valiente.

—Gracias, señor.

—Soy Murray Rosenfield, el padre de Joey.

—Gracias, señor Rosenfield.

Entonces una mujer que había salido de compras se detuvo para hablarle. Le sonrió cortésmente y le dijo:

—Soy la señora Lewy, la madre de Bernie. Mi hijo le adora, señor Cantor. Pero tengo que preguntarle una cosa. En vista de lo que está pasando en la ciudad, ¿cree usted que los niños deberían correr así con este calor? Bernie vuelve a casa empapado. ¿Es esa una buena idea? Mire lo que le ha ocurrido a Alan. ¿Cómo puede recobrase una familia de semejante golpe? Sus dos hermanos en la guerra, y ahora esto.

—No permito que los chicos hagan esfuerzos excesivos, señora Lewy. Los vigilo.

—Bernie no sabe cuándo parar —siguió diciendo ella—. Puede correr todo el día y toda la noche si alguien no se lo impide.

—Puede estar segura de que le obligaré a parar si se acalora demasiado. Lo vigilaré.

—Gracias, muchas gracias. Todo el mundo está muy contento de que sea usted quien cuida de los niños.

—Confío en ser de ayuda —replicó el señor Cantor.

Mientras él hablaba con la madre de Bernie se había formado un grupo, y ahora una segunda mujer se le acercó y le tocó la manga para atraer su atención.

—¿Y qué está haciendo el Consejo de Sanidad con todo esto?

—¿Me lo pregunta a mí? —respondió el señor Cantor.

—Sí, a usted. ¡Once casos en el sector de Weequahic de la noche a la mañana! ¡Un niño muerto! Quiero saber qué está haciendo el Consejo de Sanidad para proteger a nuestros hijos.

—No trabajo para el Consejo de Sanidad, soy el director del centro de verano de Chancellor.

—Alguien ha dicho que estaba usted en el Consejo —insistió la mujer.

—Pues no es así, señora. Ojalá pudiera ayudarla, pero pertenezco a las escuelas.

—Llamas por teléfono al Consejo de Sanidad y comunican —dijo ella—. Creo que dejan el aparato descolgado a propósito.

—Los del Consejo de Sanidad estuvieron aquí —terció otra mujer—. Los he visto. Pusieron un cartel de cuarentena en una casa de mi calle. —En un tono angustiado, añadió—: ¡Hay un caso de polio en mi calle!

—¡Y el Consejo de Sanidad no hace nada! —exclamó enfurecido alguien más—. ¿Qué está haciendo el Ayuntamiento para poner fin a esto? ¡Nada!

—Tiene que haber alguna medida..., ¡pero ellos no la toman!

—Deberían inspeccionar la leche que beben los niños, la polio viene de las vacas sucias y su leche infectada.

—No, no son las vacas —dijo otra mujer—, son las botellas. No esterilizan como es debido esas botellas de leche.

—¿Por qué no fumigan? —planteó otra voz—. ¿Por qué no usan desinfectante? Que lo desinfecten todo.

—¿Por qué no hacen lo que se hacía en mi infancia? Nos ataban bolas de alcanfor alrededor del cuello. Había una cosa que olía mal llamada asafétida. A lo mejor eso sería útil ahora.

—¿Por qué no extienden alguna sustancia química por las calles y matan al germen de esa manera?

—Olvídense de las sustancias químicas —dijo otra vecina—. Lo más importante es que los niños se laven las manos, que se las laven continuamente. ¡Limpieza! ¡La limpieza es la única cura!

—Y otra cosa importante —intervino el señor Cantor—, es que todos ustedes se tranquilicen, no pierdan los nervios y no cedan al pánico. Y no contagien el pánico a los niños. Lo importante es que sus vidas sigan siendo lo más normales posible y que ustedes, al hablarles, procuren ser razonables y mantenerse tranquilos.

—¿No sería mejor que se quedaran en casa hasta que esto haya pasado? —le preguntó otra mujer—. ¿No es el hogar el sitio más seguro en una crisis como esta? Soy la madre de Richie Tulin. Richie está entusiasmado con usted, señor Cantor. Todos los chicos lo están. Pero ¿no estaría Richie mejor?, ¿no lo estarían todos los chicos, si cerrara usted el centro y se quedaran en casa?

—Cerrar el centro no depende de mí, señora Tulin. Eso es cosa del inspector escolar.

—No piense que le culpo de lo que está sucediendo —dijo ella.

—No, no, sé que no lo hace. Usted es madre, está preocupada. Comprendo la preocupación de todo el mundo.

—Nuestros niños judíos son nuestra riqueza —dijo alguien—. ¿Por qué ataca eso a nuestros hermosos niños judíos?

—No soy médico, no soy científico. No sé por qué esa enfermedad ataca a quien ataca, ni creo que nadie lo sepa. Por eso todo el mundo trata de descubrir quién o qué es el culpable. Tratar de averiguar cuál es la causa para poder eliminarla.

—Pero ¿qué me dice de los italianos? ¡Tienen que haber sido los italianos!

—No, no, no creo tal cosa. Yo estaba allí cuando llegaron los italianos. No tuvieron ningún contacto con los niños. No fueron los italianos. Escuchen, no deben dejarse consumir por la preocupación ni por el temor. Lo importante es no infectar a los niños con el germen del temor. Vamos a superar esto, créanme. Todos aportaremos nuestro granito de arena, mantendremos la calma y

haremos todo lo que podamos por proteger a los niños, y saldremos de esto juntos.

—Oh, gracias, joven. Es usted un joven espléndido.

—He de irme, discúlpeme —les dijo, mirando por última vez los ojos inquietos de aquella gente, que le imploraba como si él fuese algo mucho más poderoso que un joven de veintitrés años, director de un centro de verano.

Fabyan Place era la última calle de Newark antes de las vías del ferrocarril, los almacenes de madera y el límite con Irvington. Como las demás calles residenciales que salían de Chancellor, estaba formada por casas de madera de dos pisos y desván, con escalinatas de ladrillo rojo en la entrada y minúsculos jardines cercados con setos, separadas unas de otras por estrechos senderos de cemento y pequeños garajes. En el bordillo, delante de cada casa, había un joven árbol de sombra plantado en la última década por los servicios municipales que ahora, tras varias semanas de temperaturas tórridas y ni una gota de lluvia, parecía agostado. Nada en la limpia y tranquila calle evidenciaba insalubridad o infección. En todos los pisos de todas las casas, o bien las persianas estaban bajadas, o bien las cortinas corridas para mantener a raya el atroz calor. No se veía a nadie en ninguna parte, y el señor Cantor se preguntó si se debería al calor o a que los vecinos mantenían a sus hijos dentro de casa por respeto a la familia Michaels..., o tal vez por el terror que les inspiraba la familia Michaels.

Entonces alguien dobló la esquina de la avenida Lyons y prosiguió su solitario camino bajo la brillante luz del sol que inundaba Fabyan Place y que ya estaba ablandando el asfalto de la calzada. El señor Cantor lo reconoció, incluso desde lejos, por su peculiar manera de andar. Era Horace. Todo hombre, mujer y niño del sector de Weequahic reconocía a Horace, sobre todo porque siempre resultaba muy inquietante encontrártelo de frente. Cuando



los niños más pequeños le veían acercarse, corrían al otro lado de la calle; cuando le veían los adultos, bajaban la mirada. Horace era el «retrasado» del barrio, un hombre delgado, que tanto podría ser treintañero como cuarentón —nadie sabía su edad con exactitud—, cuyo desarrollo mental se había interrumpido alrededor de los seis años, y al que un psicólogo hubiera clasificado como un imbécil, o incluso un idiota, en vez de «retrasado», como años atrás le habían empezado a llamar, sin ningún rigor clínico, los jóvenes del barrio. Caminaba arrastrando los pies, y la cabeza, que sobresalía del cuello como la de una tortuga, se bamboleaba a cada paso, de modo que en conjunto daba la impresión de que, más que andar, avanzaba tambaleándose. En las raras ocasiones en que hablaba, se le acumulaba saliva en las comisuras de los labios, y a veces, cuando permanecía silencioso, babeaba. Tenía un rostro delgado, triangular, que parecía como si hubiera sido aplastado y torcido en el torno del canal del parto, con excepción de la nariz, que era grande, y, dada la estrechez de su cara, extraña y grotescamente bulbosa, y que llevaba a algunos niños a burlarse de él gritándole «¡Eh, nariz de corneta!» cuando pasaba arrastrando los pies ante la escalinata de entrada o el sendero donde estaban reunidos. Su ropa emitía un olor acre en cualquier estación del año, y tenía la cara salpicada de sangre, pequeños rasguños en la piel que evidenciaban que, si bien Horace podía tener la mentalidad de una criatura, también tenía la barba de un hombre y, por arriesgado que fuera, él mismo se afeitaba a diario, o lo hacía por él su madre o su padre, antes de que saliera de casa. Unos minutos antes debía de haber abandonado el pisito de detrás de la sastrería a la vuelta de la esquina donde vivía con sus padres, una pareja entrada en años que hablaban *yiddish* entre ellos y un inglés con fuerte acento con los clientes de la tienda, y se decía que tenían otros hijos normales que vivían fuera de casa (resultaba sorprendente, pero según decían uno de los hermanos de Horace era médico, mientras que el otro había tenido éxito en los negocios). Horace era el menor, y todos los días del año

recorría las calles del barrio, tanto en plena canícula como en lo más crudo del invierno, cuando vestía un chaquetón demasiado grande con la capucha sobre unas orejeras, calzaba chanclos negros con las muletillas desabrochadas, y llevaba unos guantes fijados con imperdibles a los puños de la camisa de donde pendían sin que los utilizara, al margen de la temperatura que hiciese. Era una indumentaria con la que, mientras caminaba con dificultad, parecía incluso más estafalario que de ordinario cuando deambulaba solo por el barrio.

El señor Cantor encontró la casa de los Michaels en el extremo de la calle, subió los escalones de la entrada y, en el pequeño vestíbulo donde estaban los buzones, pulsó el timbre del primer piso y lo oyó sonar arriba. Alguien bajó lentamente por la escalera interior y abrió la puerta de vidrio esmerilado al pie de la escalera. El hombre que apareció en el umbral era alto y corpulento, y la tela de la camisa de manga corta abrochada se tensaba en el abdomen. Tenía ojeras con la piel granulosa, y cuando vio al señor Cantor permaneció en silencio, como si el dolor le hubiera dejado demasiado anonadado para hablar.

—Soy Bucky Cantor, director del centro de verano de Chancellor y profesor de educación física. Alan era uno de mis alumnos, y jugaba al *softball* allí. Me he enterado de lo ocurrido y vengo a darles el pésame.

El hombre tardó largo rato en responder.

—Alan hablaba de usted —dijo finalmente.

—Alan era un atleta por naturaleza, y un chico muy atento. Esta noticia es terrible, espantosa. Es incomprensible. He venido a decirles cuánto lo siento por ustedes.

En el vestíbulo hacía mucho calor, y los dos hombres sudaban copiosamente.

—Venga arriba —le dijo el señor Michaels—. Le daremos algo frío para beber.

—No quiero molestarles —replicó el señor Cantor—. Quería darles el pésame y decirles qué gran muchacho tuvieron por hijo. Era un adulto en todos los sentidos.

—Hay té helado. Lo ha hecho mi cuñada. Hemos tenido que llamar al médico para que atienda a mi esposa. Está en cama desde que ocurrió. Ha habido que administrarle fenobarbital. Venga y tomará un vaso de té helado.

—No deseo molestar.

—Venga. Alan nos lo contó todo del señor Cantor y sus músculos. Le gustaban las actividades en el centro. —Entonces, con la voz quebrada, añadió—: Le gustaba la vida.

El señor Cantor siguió al hombre corpulento y consternado escaleras arriba, y entraron en el piso. Todas las persianas estaban bajadas, y no había ninguna luz encendida. Al lado del sofá había un aparato de radio, y delante dos grandes sillones. El señor Cantor se sentó en el sofá mientras el señor Michaels iba a la cocina y regresaba con un vaso de té helado para el invitado. Hizo una seña al señor Cantor para que se sentara más cerca de él en uno de los sillones, y entonces, con un suspiro audible, dolorido, se sentó en el otro sillón, que tenía una otomana a los pies. Una vez tendido sobre el sillón y la otomana, parecía como si también él, igual que su esposa, estuviera acostado, drogado e incapaz de moverse. La conmoción le había dejado el semblante inexpresivo. En la penumbra, la piel oscura debajo de los ojos parecía negra, como si le hubieran grabado con tinta unos símbolos gemelos de duelo. El antiguo ritual fúnebre judío exige que uno se rasgue las vestiduras al enterarse de la muerte de un ser querido; en vez de hacer eso, el señor Michaels se había fijado dos parches oscuros en la piel incolora.

—Tenemos hijos en el ejército —dijo, hablando en voz baja para que no pudiera oírle nadie desde otra habitación, y lentamente, como si lo abrumara una gran fatiga—. Desde que están en el extranjero, no ha pasado un solo día sin que haya esperado recibir la

peor noticia. Hasta ahora han sobrevivido a los combates más encarnizados, y sin embargo su hermano menor se despierta hace unas pocas mañanas con el cuello rígido y fiebre alta, y al cabo de tres días ha muerto. ¿Cómo vamos a decírselo a sus hermanos? ¿Cómo vamos a comunicárselo por carta cuando están combatiendo? Un niño de doce años, el mejor muchacho que podías desear, y ha desaparecido. La primera noche se encontró tan mal que por la mañana pensé que quizá lo peor estaba superado y que la crisis había quedado atrás. Pero lo peor no había hecho más que empezar. ¡Qué día pasó el chico! Ardía. Mirabas el termómetro y no podías creerlo: ¡una temperatura de cuarenta y un grados! En cuanto vino el médico llamó de inmediato a la ambulancia, en el hospital se lo llevaron de nuestro lado... y eso fue todo. No volvimos a ver vivo a nuestro hijo. Murió solo. No tuvimos ocasión de despedirnos. Todo lo que nos queda de él son su ropa, sus libros de texto, su material deportivo y, ahí, al fondo, sus peces.

Por primera vez el señor Cantor reparó en la gran pecera de vidrio contra la pared, donde no solo las persianas estaban bajadas, sino que había colgaduras negras sobre una ventana que debía de dar al sendero de acceso y a la casa vecina. Una luz de neón brillaba sobre la pecera, en cuyo interior vio una población de minúsculos peces multicolores, más de una docena, que o bien desaparecían dentro de una gruta en miniatura con diminutos arbustos verdes, o bien barrían el fondo arenoso en busca de alimento, o viraban hacia arriba para succionar en la superficie, o permanecían inmóviles cerca del cilindro plateado que despedía burbujas de aire en un rincón de la pecera. *Obra manual de Alan*, pensó el señor Cantor: un hábitat pulcramente equipado, controlado y atendido con esmero.

—Esta mañana —dijo el señor Michaels, e hizo un gesto por encima del hombro para señalar la pecera—, me acordé de que debía alimentarlos. Me levanté bruscamente de la cama y lo recordé.

—Era el mejor chico —replicó el señor Cantor, inclinándose adelante para que su interlocutor le oyera sin necesidad de levantar

la voz.

—Siempre hacía sus deberes —siguió diciendo el señor Michaels—. Siempre ayudaba a su madre. No tenía ni pizca de egoísmo. En septiembre iba a empezar los preparativos para su *bar mitzvah*. Cortés. Pulcro. Todas las semanas enviaba a sus hermanos cartas a través del «correo de la victoria»<sup>[1]</sup>, unas cartas llenas de noticias que nos leía a la hora de comer. Siempre animaba a su madre cuando estaba deprimida por la ausencia de los dos chicos mayores. Siempre la hacía reír. Incluso cuando era muy pequeño podías pasártelo bien riendo con Alan. Todos sus amigos venían a casa para pasarlo bien. El piso siempre estaba lleno de chicos. ¿Por qué pilló Alan la polio? ¿Por qué ha tenido que enfermar y morir?

El señor Cantor aferraba el vaso de té helado sin llevárselo a la boca, sin darse cuenta siquiera de que lo sujetaba.

—Todos sus amigos están aterrados —prosiguió el señor Michaels—. Les aterra que él los haya contagiado y ahora también vayan a contraer la polio. Sus padres están histéricos. Nadie sabe qué hacer. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué deberíamos haber hecho? Me devano los sesos. ¿Puede haber una vivienda más limpia que esta? ¿Puede haber una mujer que mantenga la casa más impecable que mi esposa? ¿Podría haber una madre más atenta al bienestar de sus hijos? ¿Podría haber un chico que cuidara de su habitación, de su ropa y de sí mismo mejor que Alan? Todo lo que hacía, lo hacía bien a la primera. Y siempre contento. Siempre con una broma a punto. ¿Por qué ha muerto entonces? ¿Dónde está la justicia de una cosa así?

—No la hay en absoluto —respondió el señor Cantor.

—Haces lo correcto, una vez y otra y otra, haces lo que es debido sin cesar. Tratas de ser una persona considerada, una persona razonable, una persona complaciente, y ocurre esto. ¿Dónde está el sentido de la vida?

—No parece tener ninguno —dijo el señor Cantor.

—¿Dónde está la balanza de la justicia? —preguntó el pobre hombre.

—No lo sé, señor Michaels.

—¿Por qué la tragedia siempre golpea a quienes menos lo merecen?

—No conozco la respuesta —replicó el señor Cantor.

—¿Por qué no yo en lugar de él? —El señor Cantor no tenía ninguna respuesta a semejante pregunta. No pudo hacer más que encogerse de hombros—. Un niño..., la tragedia golpea *a un niño*. ¡Qué crueldad! —exclamó el señor Michaels, aporreando con la palma el brazo de su sillón—. ¡Qué falta de sentido! Una terrible enfermedad cae del cielo y alguien muere de la noche a la mañana. ¡Un niño, nada menos!

El señor Cantor se dijo que ojalá conociera una sola palabra capaz de aliviar, aunque fuese por un instante, el angustiado sufrimiento del padre. Pero no podía hacer más que mover afirmativamente la cabeza.

—La otra noche estábamos sentados en el exterior —dijo el señor Michaels—. Alan nos acompañaba. Había vuelto de trabajar en su parcela del huerto de la victoria. Hacía eso religiosamente. El año pasado comimos las verduras que Alan había cultivado durante todo el verano. Se levantó una cierta brisa. De repente se puso a soplar la brisa. ¿Lo recuerda, la otra noche? ¿Alrededor de las ocho, lo mucho que pareció refrescar?

—Sí —dijo el señor Cantor, pero no le había escuchado.

Había estado mirando los peces tropicales en la pecera al otro lado de la sala y pensando que, sin Alan para cuidarlos, se morirían de hambre o los regalarían a alguien o, al cabo de cierto tiempo, uno de los padres, con los ojos arrasados en lágrimas, los echaría a la taza del inodoro y tiraría de la cadena.

—Parecía una bendición después del día sofocante que habíamos tenido. Estás deseando que sople la brisa. Piensas que la brisa aliviará un poco. Pero ¿sabe lo que creo que hizo? Creo que esa

brisa trajo volando los gérmenes de la polio, los arremolinó con el aire una y otra vez, como hacen las ráfagas de viento con las hojas. Creo que Alan estaba ahí sentado y aspiró los gérmenes traídos por la brisa...

No pudo seguir; había empezado a llorar, de una manera torpe, inexperta, como lloran los hombres a los que de ordinario les gusta considerarse a la altura de cualquier situación.

Entonces una mujer salió de un dormitorio en el fondo del piso. Era la cuñada que estaba cuidando de la señora Michaels. Se movía procurando no hacer ruido con los zapatos, como si en la habitación un niño inquieto se hubiera quedado dormido por fin.

—Quiere saber con quién estás hablando —dijo la mujer en voz baja.

—Es el señor Cantor —replicó el señor Michaels, enjugándose los ojos—. Un profesor de la escuela de Alan. ¿Cómo está?

—No está bien —respondió la cuñada en el mismo tono bajo—. No deja de repetir «Mi niño no, mi niño no».

—Enseguida estaré con ella —dijo él.

—Debo irme —dijo el señor Cantor. Se levantó del sillón y dejó el vaso de té helado sin tocar en una mesita—. Solo he venido a darles el pésame. ¿Puedo preguntarle cuándo es el funeral?

—Mañana a las diez, en la sinagoga de la calle Schley. Alan era el favorito del rabino en la escuela de hebreo. Era el favorito *de todo el mundo*. El mismo rabino Slavin ha venido a ofrecer la *shul* nada más enterarse de lo ocurrido. Un honor especial para Alan. Todo el mundo quería al muchacho. Era único entre un millón.

—¿Qué le enseñaba usted? —preguntó la cuñada al señor Cantor.

—Gimnasia.

—A Alan le encantaban todos los deportes —comentó ella—. Y qué buen alumno era. La niña de los ojos de todo el mundo.

—Lo sé —dijo el señor Cantor—. Ciertamente era así. No podría expresarles cuánto lo siento.

En el vestíbulo, cuando se disponía a bajar los escalones de la entrada, una mujer salió apresuradamente del piso de la planta baja y, tomándole del brazo, agitada, le preguntó:

—¿Dónde está el letrero de la cuarentena? La gente sube y baja, entra y sale, ¿y por qué no hay ahí un letrero indicando la cuarentena? Tengo hijos pequeños. ¿Por qué no hay un letrero de cuarentena que proteja a mis hijos? ¿Es usted un agente de la brigada sanitaria?

—No sé nada de la brigada sanitaria. Soy del centro de verano. Enseño en la escuela.

—Entonces, ¿quién es el responsable?

Era una mujer menuda y morena, llena de temor, con el semblante crispado por la emoción, y parecía que, más que el hecho de que sus hijos tuvieran que vivir precariamente al alcance de la polio, esta hubiera destrozado ya su vida. Parecía tan angustiada como el señor Michaels.

—Supongo que es responsabilidad del Consejo Sanitario —respondió el señor Cantor.

—¿Dónde están? —inquirió la mujer en tono suplicante—. ¿Dónde hay un responsable? La gente de la calle ni siquiera pasa por delante de nuestro edificio, prefieren cambiar de acera. El niño ya está muerto —añadió, ahora de modo incoherente a causa de su desesperación—, ¡y todavía estoy esperando que pongan un letrero de cuarentena!

Y entonces lanzó un chillido, como el señor Cantor no había oído jamás, salvo en las películas de terror. Era diferente de un grito. Podría haberlo generado una corriente eléctrica: un sonido agudo y prolongado, distinto de cualquier sonido humano que él conociera, y sus sobrecogedoras reverberaciones le pusieron la piel de gallina.

No había comido, y se dirigió al local de Syd para tomar un perrito caliente. Caminaba por el lado en sombra de la calle, apartado del



lugar donde el sol era implacable y donde creía ver las olas de calor trémulas por encima de la acera. La mayoría de los compradores habían desaparecido. Era uno de esos agobiantes días de verano en que el termómetro marcaba la asombrosa temperatura de treinta y ocho grados y en que, si las instalaciones del centro estuvieran abiertas, él hubiera acortado los juegos de *softball* y animado a los chicos para que jugaran a ajedrez, damas y pimpón en las mesas colocadas en la zona en sombra de la escuela. Muchos niños tomaban tabletas de sal que sus madres les habían dado contra el calor, y querían seguir jugando sin que les importara lo elevada que fuese la temperatura, incluso cuando la superficie de asfalto del campo empezaba a volverse esponjosa y a irradiar calor bajo las suelas de las zapatillas y el sol era tan fuerte que te hacía imaginar que, más que tostarte la piel desnuda, te dejaría por completo sin color antes de incinerarte. Todavía muy recientes los lamentos del padre de Alan, el señor Cantor se preguntaba si no debería suspender todos los deportes cuando la temperatura alcanzaba los treinta y dos grados. De ese modo, por lo menos podría hacer algo, aunque no tenía idea de si con eso impediría la propagación de la polio.

El local de Syd estaba casi desierto. Alguien maldecía a la máquina del millón en la penumbra del fondo, y dos alumnos de enseñanza media a los que él no conocía estaban haciendo el ganso junto al tocadiscos automático, que emitía «Te veré», una de las canciones favoritas del verano. Era una canción que a Marcia le gustaba escuchar por la radio, y que tenía tanta popularidad gracias a las esposas y novias que se habían quedado en casa cuando sus maridos y novios fueron a la guerra. Ahora recordó que él y Marcia bailaron al son de esa melodía en el porche trasero de la casa de la muchacha, durante la semana anterior a la partida de esta hacia Indian Hill. Bailar lentamente, abrazados y arrastrando los pies mientras escuchaban «Te veré», les había hecho añorarse mutuamente incluso antes de que Marcia se marchara.

Todas las mesas estaban vacías, y no había nadie en los taburetes del mostrador cuando Bucky se sentó al lado de la ventana alargada para servir y la puerta de tela metálica que daban a la avenida Chancellor, en un lugar donde recibiría cualquier soplo de aire que llegara desde la calle. En cada extremo de la barra había un gran ventilador, pero no parecían ser muy eficaces. Dentro del restaurante hacía calor, y en la atmósfera flotaba un olor penetrante a patatas fritas en grasa.

Pidió un perrito caliente y una zarzaparrilla helada, y se puso a comer a solas en el mostrador. Por la ventana vio que, al otro lado de la calle, avanzando lentamente cuesta arriba bajo el tremendo calor de aquella Newark ecuatorial, pasaba Horace de nuevo, sin duda en dirección al centro, sin comprender que era sábado y que, en verano, las instalaciones cerraban el sábado a mediodía. (No estaba claro que comprendiera también lo que significaban «verano», «centro», «cerrado» o «mediodía», de la misma manera que el hecho de que no caminara por el lado en sombra de la calle probablemente significaba que era incapaz de elaborar un pensamiento rudimentario para conceptualizar «sombra» o siquiera buscarla por instinto, como haría un perro en semejante día). ¿Qué haría Horace cuando no encontrara a ninguno de los niños detrás de la escuela? ¿Se pasaría horas sentado en las gradas, esperando que aparecieran, o reanudaría sus idas y venidas por el barrio que le hacían parecer un sonámbulo en pleno día? Sí, Alan había muerto y la polio amenazaba las vidas de todos los niños de la ciudad, y sin embargo al señor Cantor le resultaba descorazonador ver a Horace recorriendo solo las calles bajo aquel sol feroz, aislado y sin cerebro en un mundo ardiente.

Cuando los muchachos jugaban al *softball*, el callado Horace o bien se acomodaba en el extremo del banco donde estaba sentado el equipo que bateaba, o bien deambulaba alrededor del campo y permanecía allí sin moverse. Esto sucedía siempre, y todo el mundo sabía que la única manera en que un jugador podía librarse de

Horace y concentrarse de nuevo en el juego era estrechar la exánime mano del retrasado y decirle: «¿Cómo te va, Horace?». Entonces Horace parecía darse por satisfecho, e iba a colocarse junto a otro de los jugadores. Todo lo que le pedía a la vida era eso, que le estrecharan la mano. Ninguno de los chicos del centro se reía jamás de él ni le tomaba el pelo —por lo menos no lo hacían cuando el señor Cantor estaba presente—, excepto los hermanos Kopferman, Myron y Danny, ambos dotados de una energía incontrolable. Eran unos muchachos fornidos, buenos deportistas, Myron más excitable de lo conveniente, beligerante, y Danny travieso y hermético. Sobre todo Myron, el mayor, de once años, tenía madera de matón, y era preciso contenerlo cuando se entablaba una riña entre los chicos en el patio o cuando se metía con las chicas que saltaban a la comba. El señor Cantor invertía buena parte de su tiempo tratando de inculcar al indómito Myron el espíritu del juego limpio y previniéndole de que se abstuviera de molestar a Horace.

—Mira —le decía Myron—, mira, Horace. Mira lo que estoy haciendo.

Cuando Horace veía que Myron golpeaba rítmicamente arriba y abajo el escalón del graderío con la puntera de su zapatilla deportiva, sus dedos empezaban a crispase espasmódicamente, la cara se le ponía roja como un tomate y pronto agitaba los brazos en el aire como si estuviera rechazando a un enjambre de abejas. Más de una vez aquel verano el señor Cantor había tenido que decirle a Myron que parase y no volviera a hacerlo. «¿Hacer qué? ¿Hacer qué?», le preguntaba Myron, cuya ancha sonrisa no lograba enmascarar en absoluto su insolencia. «Estoy dando golpecitos con el pie, señor Cantor..., ¿no tengo derecho a dar golpecitos con el pie?». «Deja eso, Myron», replicaba el señor Cantor. El otro Kopferman, Danny, de diez años, tenía un revólver metálico de fulminantes que parecía un arma de verdad y que llevaba en el bolsillo incluso cuando estaba en el campo jugando como segunda

base. Al apretar el gatillo, el revólver producía un pequeño sonido explosivo y humo. A Danny le gustaba acercarse a sus compañeros por detrás y tratar de asustarlos con él. El señor Cantor toleraba esas diabluras solo porque los demás chicos nunca se asustaban. Pero un día Danny sacó el arma de juguete, la agitó ante Horace y le dijo que pusiera las manos en alto, cosa que Horace no hizo, por lo que Danny disparó alegremente cinco fulminantes. El ruido y el humo hicieron aullar a Horace y, corriendo a su manera torpe, pues tenía los pies planos, huyó de su torturador en la zona de recreo. El señor Cantor confiscó el arma y la guardó en un cajón de su mesa de despacho, junto con las esposas «de sheriff» que Danny había utilizado a comienzos del verano para asustar a los niños más pequeños. No era la primera vez que enviaba a Danny a su casa con una nota en la que le contaba a la señora Kopferman lo que había hecho su hijo menor. Dudaba de que la mujer la hubiera visto siquiera.

Yushy, el hombre con un delantal manchado de mostaza que llevaba años trabajando tras el mostrador del local de Syd, le dijo al señor Cantor:

—El barrio está muerto.

—Hace calor —respondió el señor Cantor—. Estamos en verano, es un fin de semana, todo el mundo ha ido a la playa o se ha quedado en casa.

—No, no viene nadie debido a ese chico.

—Alan Michaels.

—Sí —dijo Yushy—. Se comió aquí un perrito caliente, y entonces fue a casa, cogió la polio y murió, y ahora todo el mundo teme entrar en el local. Es una tontería. No coges la polio por comer un perrito caliente. Los vendemos a miles, y nadie pilla la polio. Entonces un chico la coge y todo el mundo dice: «¡Son los perritos calientes del local de Syd!». Un perrito caliente hervido. ¿Cómo va a transmitirme la polio un perrito caliente hervido?

—La gente está asustada —dijo el señor Cantor—. Están muertos de miedo, y todo les preocupa.

—Quienes lo han traído son esos cabrones italianos —dijo Yushy.

—Eso no es probable —replicó el señor Cantor.

—Han sido ellos. Escupieron en todas partes.

—Yo estuve allí. Limpiamos los escupitajos y echamos amoníaco.

—Eliminasteis los escupitajos, pero no la polio. No podéis eliminarla. Es invisible. Está en el aire, abres la boca, la aspiras y poco después has pillado la enfermedad. No tiene nada que ver con los perritos calientes.

El señor Cantor no le respondió y, mientras escuchaba el final de la familiar canción que surgía del tocadiscos automático —y, de improviso, añoraba a Marcia—, terminó de comer.

*Te veré*

*en cada hermoso día de verano,*

*en todo cuanto es ligero y alegre,*

*siempre pensaré en ti de esa manera...*

—Suponte que el chico hubiera tomado un helado de crema en la heladería de Halem —dijo Yushy—. ¿Acaso nadie tomaría helados de crema en la heladería de Halem? Suponte que hubiera comido un *chow mein* en el chino..., ¿nadie iría al chino a comer *chow mein*?

—Probablemente —respondió el señor Cantor.

—¿Y qué me dices del otro chico que ha muerto? —le preguntó Yushy.

—¿Qué otro chico?

—El que ha muerto esta mañana.

—¿Qué chico ha muerto? ¿Herbie Steinmark?

—Sí, y no venía aquí a comer perritos calientes.

—¿Estás seguro de que ha muerto? ¿Quién te ha dicho que Herbie Steinmark ha muerto?

—Alguien. Alguien ha venido hace un rato y me lo ha dicho. Un par de personas me lo han dicho.

El señor Cantor pagó a Yushy su consumición y, a pesar del tremendo calor —al que no tenía ningún miedo—, salió del local de Syd, cruzó corriendo Chancellor y regresó al centro, donde bajó a toda prisa la escalera que conducía al sótano, abrió la puerta y se dirigió a su despacho. Allí descolgó el teléfono y marcó el número del hospital Beth Israel, uno más entre una lista de números de emergencia clavado con una chincheta en el tablero que pendía por encima del teléfono. Encima había otra tarjeta con una cita escrita a pluma de Joseph Lee, el padre del sistema de centros de verano, sobre el que había leído en la universidad; estaba allí fijada desde el día en que inició su trabajo. «Para el adulto el juego es recreo, la renovación de la vida; para el niño es desarrollo, la adquisición de la vida». Al lado había un aviso, llegado por correo el día anterior, del jefe del departamento de actividades de ocio a todos los directores de centros:

Ante el peligro que representa para los niños de Newark el actual brote de polio, le rogamos la estricta observancia de las siguientes normas. Si no dispone de suficientes suministros para la higiene personal, solicítelos de inmediato. Limpie a diario con desinfectante las tazas de los inodoros, los suelos y las paredes, y compruebe que todo esté limpio como una patena. Los lavabos de todas las dependencias bajo su supervisión deben restregarse a fondo. Preste, a lo que se acaba de exponer, una atención personal e infatigable mientras el brote actual amenace a la comunidad.

Cuando consiguió llegar al hospital, pidió hablar con la persona que se ocupaba de dar información sobre los pacientes, y después

preguntó por el estado de Herbert Steinmark. Le dijeron que el paciente ya no se encontraba en el hospital.

—Pero está en un pulmón de acero —protestó el señor Cantor.

—El paciente ha fallecido —dijo su interlocutor.

¿Fallecido? ¿Cómo podía relacionarse esa palabra con el rollizo, orondo y sonriente Herbie? Era el que peor coordinaba de todos los chicos que se reunían en el centro, y el más obsequioso. Siempre estaba entre los muchachos que, a primera hora de la mañana, le ayudaban a sacar el equipo. En la clase de gimnasia de Chancellor era una nulidad con el potro, las barras paralelas, las anillas y la cuerda de trepar, pero como ponía todo su empeño y siempre se mostraba afable, el señor Cantor nunca le había puesto una nota inferior a notable. Alan el atleta natural y Herbie el atleta desastroso, carente por completo de agilidad física: ambos habían estado jugando en el campo el día que los italianos trataron de invadir el patio, y ambos estaban muertos, víctimas de la polio a los doce años de edad.

El señor Cantor corrió por el pasillo del sótano hasta el lavabo utilizado por los chicos del centro y, a merced de su aflicción, sin saber cómo reaccionar a su sufrimiento, tomó la fregona del portero, un cubo de agua y una lata de tres litros de desinfectante y restregó todo el suelo de baldosas, sudando a mares mientras trabajaba. A continuación fue al lavabo de las chicas y limpió el suelo vigorosamente, con furioso frenesí. Entonces, con la ropa y las manos hediendo a desinfectante, tomó el autobús y regresó a su casa.

A la mañana siguiente, después de afeitarse, ducharse y desayunar, se lustró de nuevo los zapatos buenos, se puso el traje, una camisa blanca y la más oscura de sus dos corbatas, y se dirigió en autobús a la calle Schley. La sinagoga era un edificio en forma de caja, de ladrillo amarillo, lúgubre, frente a un solar abandonado que habían

convertido en el huerto de la victoria del barrio, probablemente el mismo en el que Alan había cuidado con diligencia de su parcela de verduras. El señor Cantor vio a algunas mujeres que llevaban pamelas para protegerse del sol matinal, agachadas y desherbando pequeños cuadros de tierra adyacentes a una valla publicitaria. Delante de la sinagoga había una hilera de coches aparcados, entre ellos un coche fúnebre negro, cuyo conductor estaba en el bordillo pasando un paño por el guardabarros delantero. El señor Cantor vio el ataúd dentro del vehículo. Era imposible creer que Alan yaciera dentro de aquella caja de pino sencilla y de color claro por el mero hecho de haber contraído una enfermedad de verano. La caja de la que no puedes escapar. La caja en la que un niño de doce años tenía doce años para siempre. Los demás vivimos y envejecemos cada día, pero él sigue teniendo doce años. Transcurren millones de años, y él sigue teniendo doce.

El señor Cantor se sacó el *yarmulke* doblado del bolsillo de los pantalones, se lo puso en la cabeza y entró en la sinagoga. Encontró un asiento libre hacia el fondo. Siguió las plegarias en el libro de oraciones y se unió a las voces de la congregación. A mitad de la ceremonia se oyó un grito de mujer: «¡Se ha desmayado! ¡Ayuda!».

El rabino Slavin interrumpió brevemente el servicio mientras alguien, con toda probabilidad un médico, avanzaba a toda prisa por el pasillo y la escalera hasta la galería, para atender a quien se hubiera desvanecido en la sección de mujeres. Por entonces la temperatura en la sinagoga debía de ser al menos de treinta y dos grados, y seguramente más elevada en la galería. No era de extrañar que alguien se hubiera desmayado. Si el servicio no finalizaba pronto, los asistentes empezarían a perder el conocimiento por todas partes. Incluso el señor Cantor se sentía un poco atontado por el calor que le daba su único traje, que era de lana y estaba hecho para el invierno.

Nadie ocupaba el asiento contiguo, y él deseaba que Alan entrara y se sentase. Quería que Alan entrara con su guante de béisbol, que



se sentase a su lado y, como hacía con regularidad a mediodía en las gradas del centro, sacara el bocadillo de su bolsa y se lo comiera al lado del señor Cantor.

El panegírico corrió a cargo del tío de Alan, Isadore Michaels, cuya farmacia llevaba años en la esquina de las calles Wainwright y Chancellor y a quien los clientes llamaban Doc. Era un hombre de aspecto jovial, robusto y moreno como el padre de Alan, con aquellas mismas manchas granuladas bajo los ojos. Nadie más hablaría, pues ningún otro miembro de la familia se sentía capaz de dominar sus emociones en grado suficiente para poder hacerlo. Mucha gente sollozaba, y no solo en la sección de mujeres.

—Dios nos bendijo con Alan Avram Michaels durante doce años —dijo su tío Isadore, sonriendo esforzadamente—, y me bendijo con un sobrino al que quise como si fuese mi propio hijo desde el día que nació. Todos los días, al volver de la escuela, Alan siempre pasaba por la tienda, se sentaba en el mostrador y pedía un chocolate malteado. Cuando empezó a ir a la escuela era el chico más delgado del mundo, y queríamos que engordara. Si estaba libre, yo mismo le preparaba el malteado con ración extra de malta para hacerle ganar peso. Una vez iniciado ese ritual, continuó año tras año. ¡Cuánto me gustaban aquellas visitas de mi extraordinario sobrino cuando volvía de la escuela!

En este punto, el hombre tuvo que interrumpirse un instante para serenarse.

—Alan era una autoridad en peces tropicales —siguió diciendo—. Podía hablar como un experto sobre todo lo que comporta cuidar de las diferentes clases de peces tropicales. No había nada más emocionante que visitar su casa y sentarte con Alan al lado de su pecera para que te lo explicara todo sobre cada uno de los peces y cómo tenían las crías y esas cosas. Podías estar sentado allí con él durante una hora, y él no había acabado de contarte todo lo que sabía. Después de haber pasado un rato con Alan, sonreías y te sentías animado y, además, habías aprendido algo. ¿Cómo lo hacía?

¿Cómo hacía aquel niño todo lo que hacía por nosotros los adultos? ¿Cuál era el secreto especial de Alan? Pues era el de vivir cada día a fondo, viendo la maravilla de todas las cosas y gozando de todo, tanto si era un malteado después de la escuela como sus peces tropicales o los deportes en los que sobresalía o la contribución al esfuerzo de guerra en el huerto de la victoria o lo que había estudiado ese día en la escuela. Alan tuvo más diversión sana en sus doce años que la mayoría de la gente en toda una vida. Y Alan dio más felicidad al prójimo que la mayoría de la gente en toda una vida. La existencia de Alan ha terminado...

Se interrumpió de nuevo, y al continuar lo hizo con voz quebrada y al borde de las lágrimas.

—La existencia de Alan ha terminado —repitió— y, sin embargo, debemos recordar que, mientras la vivió, fue una vida interminable. Cada día era interminable para Alan gracias a su curiosidad. Cada día era interminable gracias a su simpatía. Fue un chico feliz durante toda su vida, y siempre se entregaba por completo a aquello que hacía. Hay destinos mucho peores que ese en este mundo.

Luego el señor Cantor se detuvo en los escalones de la sinagoga para presentar sus respetos a la familia de Alan y agradecer al tío sus palabras. ¿Quién habría imaginado, al verle con su bata blanca tras el mostrador de la farmacia, contando tabletas para preparar la receta de algún cliente, que Doc Michaels podía llegar a ser un orador tan elocuente, sobre todo mientras sus palabras arrancaban lamentos dispersos entre los asistentes en toda la sinagoga? El señor Cantor vio a cuatro muchachos del centro que salían juntos del funeral: Spector, Sobelsohn, Taback y Finkelstein. Todos ellos vestían trajes que les sentaban mal, con camisa blanca y corbata, calzaban zapatos recios y el sudor les corría por la cara. No era imposible que aquel día su mayor desgracia fuese la de estar estrangulados bajo aquel calor por un cuello almidonado y una corbata y no la de tener su primer encuentro con la muerte. De todos modos, se habían vestido con sus mejores galas y habían

acudido a la sinagoga a pesar del calor, y el señor Cantor se les acercó, tomó a cada uno por el hombro y les dio una palmadita tranquilizadora en la espalda.

—Alan se alegraría de que estuvierais aquí —les dijo con sosiego—. Habéis sido muy considerados al venir.

Entonces alguien le tocó en la espalda.

—¿Con quién va usted?

—¿Cómo?

—Allí... —La persona indicó un vehículo a cierta distancia del coche fúnebre—. Vaya con los Beckerman —y le empujó hacia un sedán Plymouth aparcado junto a la acera.

Bucky no había tenido intención de ir al cementerio. Después del servicio en la sinagoga, se proponía regresar a casa y ayudar a su abuela a terminar las tareas del fin de semana. Pero subió al coche cuya portezuela le abrían, y se acomodó en el asiento trasero al lado de una mujer con sombrero y velo negros que se abanicaba agitando un pañuelo ante la cara empolvada y con vetas de sudor. Iba sentado al volante un hombrecillo rollizo con traje oscuro que tenía la nariz rota como la de su abuelo, y tal vez por la misma razón: los antisemitas. A su otro lado se sentaba una muchacha feúcha y morena, de quince o dieciséis años, a quien le presentaron como Meryl, la prima de Alan. Los Beckerman mayores eran los tíos de Alan por el lado materno. El señor Cantor se presentó como uno de los profesores de Alan.

Tuvieron que permanecer sentados en el caluroso vehículo durante unos diez minutos, esperando a que se formara el cortejo detrás del coche fúnebre. El señor Cantor trataba de recordar qué había dicho Isadore Michaels en su panegírico acerca de que la vida de Alan, mientras la vivió, le había parecido al chico interminable, pero siempre acababa imaginando a Alan asándose como un pedazo de carne en su caja.

Avanzaron por la calle Schley hasta la avenida Chancellor, donde giraron a la izquierda y emprendieron la lenta ascensión por la

avenida, pasaron ante la farmacia del tío de Alan y se dirigieron hacia las escuelas primaria y secundaria en lo alto de la cuesta. Apenas había tráfico, y la mayor parte de las tiendas estaban cerradas, excepto la de Tabatchnick, que vendía pescado ahumado la mañana del domingo, las tiendas de golosinas que también vendían la prensa dominical y la panadería, donde podías comprar tarta de café y roscas para el desayuno del domingo. En sus doce años, Alan habría pasado mil veces por aquella calle, en sus idas y venidas a la escuela y el centro, cuando iba a comprar algo para su madre, o se reunía con sus amigos en el local de Halem, o los días que iba al parque de Weequahic para pescar, patinar sobre el hielo y remar en el lago y subía y bajaba la colina. Ahora recorría la avenida Chancellor por última vez, a la cabeza de un cortejo fúnebre y dentro de aquella caja. Si este coche es un horno, se dijo el señor Cantor, imagínate el interior de esa caja.

Todos los ocupantes del automóvil habían permanecido en silencio hasta que se acercaron a lo alto de la cuesta y pasaron por delante del local de Syd.

—¿Por qué tuvo que comer en ese bar de mala muerte? —preguntó la señora Beckerman—. ¿Por qué no pudo esperar hasta que estuviera en casa para comer algo de la nevera? ¿Por qué permiten que un sitio semejante siga abierto delante de una escuela? Y nada menos que en verano.

—Cálmate, Edith —le dijo el señor Beckerman.

—Todos los chicos comen ahí, mamá —terció Meryl, la prima de Alan—. Es un lugar de reunión.

—Es una cloaca —dijo la señora Beckerman—. En la temporada de la polio, que un chico con la inteligencia de Alan entre en un sitio así, con este calor...

—Basta, Edith. Hace calor. Todos sabemos que hace calor.

—Ahí está su escuela —dijo la señora Beckerman cuando llegaron a lo alto de la cuesta y pasaron ante la fachada de piedra clara de la escuela primaria donde trabajaba el señor Cantor—. ¿A cuántos

niños les gusta la escuela como le gustaba a Alan? Le gustó desde el primer día.

Tal vez la observación iba dirigida a él, como representante de la escuela.

—Era un alumno sobresaliente —dijo el señor Cantor.

—Y ahí está Weequahic. En esa escuela hubiera sido un alumno excepcional. Ya tenía intención de estudiar latín. ¡Latín! Encontré un apodo para él. Le llamaba Brillante.

—Lo era, desde luego —dijo el señor Cantor, pensando en el padre de Alan al que visitó en su casa, en su tío en la sinagoga y ahora en su tía en el coche, todos ellos deshaciéndose en elogios por la misma buena razón: porque Alan no se merecía menos. Hasta el día de su muerte lamentarían la pérdida de aquel maravilloso muchacho.

—Quería estudiar ciencias en la universidad —siguió diciendo la señora Beckerman—. Quería ser científico y curar enfermedades. Había leído un libro sobre Louis Pasteur, y se sabía al dedillo cómo Louis Pasteur descubrió que los gérmenes son invisibles. Quería ser otro Louis Pasteur —explicó, planificando la totalidad de un futuro que jamás se realizaría—. Pero tuvo que ir a comer a un sitio plagado de gérmenes —concluyó.

—Ya es suficiente, Edith —dijo el señor Beckerman—. No sabemos ni cómo ni dónde enfermamos. La polio se ha extendido por toda la ciudad. Hay una epidemia. La enfermedad se manifiesta dondequiera que vivas. Él la contrajo muy fuerte, y murió. Eso es lo único que sabemos. Todo lo demás es cháchara que no nos lleva a ninguna parte. No sabemos cómo hubiera sido su futuro.

—¡Lo sabemos! —replicó ella, enojada—. ¡Ese chico podría haber sido lo que hubiera querido!

—De acuerdo, tienes razón. No te lo discuto. Vayamos al cementerio y enterrémoslo como es debido. Eso es todo lo que podemos hacer ahora por él.

—Y los otros dos muchachos —dijo la señora Beckerman—. No quiera Dios que les ocurra nada.

—Han llegado hasta aquí —dijo el señor Beckerman—, y recorrerán el resto del camino. La guerra terminará pronto, y Larry y Lenny regresarán a casa sanos y salvos.

—Y nunca volverán a ver a su hermano pequeño. Alan seguirá ausente. No hay manera de hacerle volver.

—Eso *ya lo sabemos*, Edith. Hablas y hablas, y no dices nada que todo el mundo no sepa.

—Déjala hablar, papá —dijo Meryl.

—Pero ¿de qué sirve darle vueltas y más vueltas? —preguntó el señor Beckerman.

—Sí que sirve —respondió la muchacha—. A ella le hace bien.

—Gracias, cariño —dijo la señora Beckerman.

Todas las ventanillas estaban bajadas, pero el señor Cantor se sentía como si, en vez de vestir un traje, estuviera envuelto en una manta. El cortejo había llegado al parque, y giró a la derecha por la avenida Elizabeth, pasó por Hillside y cruzó el paso elevado del ferrocarril para entrar en Elizabeth. El señor Cantor confió en que faltara poco para llegar al cementerio. Imaginaba que si Alan yacía asándose dentro de aquella caja durante mucho más tiempo, de alguna manera el ataúd prendería y estallaría, y, como si hubiera explotado una granada de mano en el interior, los restos del muchacho saldrían disparados y se esparcirían por el coche fúnebre y por la calle.

¿Por qué la polio solo ataca en verano? En el cementerio, con la cabeza descubierta a excepción del *yarmulke*, no pudo por menos que preguntarse si el mismo sol veraniego no sería el causante de la polio. A mediodía, cuando caía a plomo, el sol parecía tener fuerza suficiente para paralizar y matar, y se decía que era más probable

que lo hiciera él en vez de un germen microscópico en un perrito caliente.

Habían cavado una tumba para el ataúd de Alan. Era la segunda tumba abierta que el señor Cantor veía. La primera había sido la de su abuelo, tres años atrás, poco antes de que estallara la guerra. En aquella ocasión estuvo abrumado por la necesidad de atender a su abuela y de sostenerla durante la ceremonia en el cementerio para que no le flaquearan las piernas. Luego estuvo tan ocupado cuidando de ella, quedándose todas las noches a su lado y finalmente llevándola una vez por semana a ver una película y a tomar un helado, que transcurrió algún tiempo antes de que pudiera reflexionar sobre su propia pérdida. Pero mientras bajaban a la fosa el ataúd de Alan, mientras la señora Michaels se abalanzaba hacia la tumba gritando «¡No! ¡Mi pequeño no!», la muerte se le reveló con no menos intensidad que el incesante azote del sol en su cabeza cubierta por el *yarmulke*.

Todos los presentes secundaron al rabino recitando la plegaria de duelo, alabando a Dios todopoderoso, alabándole de una manera extravagante y demasiado generosa, el mismo Dios que permitía que la muerte lo destruyera todo, incluidos los niños. Entre la muerte de Alan Michaels y el recitado conjunto del Kadish que glorificaba a Dios, la familia de Alan había tenido un intervalo de unas veinticuatro horas para odiar y aborrecer a Dios por lo que les había infligido (aunque, por supuesto, no se les habría ocurrido nunca reaccionar así ante el fallecimiento de Alan, sin duda porque temían demasiado provocar la ira de Dios e incitarle a que a continuación les arrebatara a Larry y Lenny Michaels).

Pero lo que no se le podría haber ocurrido a la familia Michaels no le había pasado desapercibido al señor Cantor. Sin duda, tampoco él se hubiera atrevido a volverse contra Dios por arrebatarse a su abuelo cuando el anciano alcanzó una edad adecuada para morir. Pero ¿y por matar a Alan con la polio a los doce años? ¿Por la misma existencia de la polio? ¿Cómo podía haber perdón —y no digamos

aleluyas— ante una crueldad tan demencial? Al señor Cantor le hubiera parecido una afrenta mucho menor que el grupo de deudos se declarasen oficiantes de la majestad solar, hijos de una deidad solar inmutable, y, a la manera ferviente de las antiguas civilizaciones paganas de nuestro hemisferio, se entregaran a una danza solar ritual alrededor de la tumba del muchacho muerto..., mejor eso, mejor santificar y aplacar los rayos no refractados del Gran Padre Sol que someterse a un ser supremo por cualquier crimen atroz que le plazca perpetrar. Sí, mucho mejor alabar al insustituible generador de vida que ha mantenido nuestra existencia desde sus orígenes, mucho mejor honrar con la oración tu encuentro cotidiano con ese ojo dorado y ubicuo aislado en la inmensidad azul del cielo y su poder inmanente de incinerar la tierra que engullir la mentira oficial de que Dios es bueno y doblar la cerviz ante un asesino de niños a sangre fría. Mejor para tu dignidad, para tu humanidad, para tu valía en general, y por supuesto para tu idea cotidiana sobre qué demonios está ocurriendo aquí, sea lo que fuere.

*...Y'hei sh'mei raboh m'vorakh l'olam ul'olmei ol'mayoh.*

Que Su Gran Nombre sea alabado por los siglos de los siglos.

*Yis'borakh v'yish'tabach v'yis'po'ar v'yis'romam v'yis'nasei*

Bendito, alabado, glorificado, exaltado, ensalzado,

*v'yis' hadar v'yis'aleh v'yis'halal sh'mei d'kud'shoh*

poderoso, elevado y loado sea el Nombre del Sagrado.

*B'rikh hu...*

Bendito sea Él.

Cuatro veces durante la oración, junto a la tumba de aquel niño, los deudos repitieron: «Omein».

Solo cuando el cortejo fúnebre hubo dejado atrás la extensión de lápidas y cruzaba las puertas que daban a la calle McClellan, Bucky



recordó de repente las visitas que en su adolescencia hacía al cementerio judío de la calle Grove, donde su madre, y ahora su abuelo, estaban enterrados y donde algún día los enterrarían a su abuela y a él. De niño sus abuelos le llevaban a visitar la tumba de su madre todos los años, en mayo, para conmemorar su cumpleaños, aunque desde su primera infancia en adelante el niño no pudo creer que su madre estuviera enterrada allí. De pie entre sus llorosos abuelos, siempre tenía la sensación de que estaba siguiendo un juego al fingir que ella se encontraba allí (en ningún otro lugar como en el cementerio le parecía tan evidente que el hecho de haber tenido madre era, para empezar, una historia inventada). Y sin embargo, aunque sabía que su visita anual era lo más extraño que le pedían que hiciera, jamás se negaba a ir. Si esto era parte de ser un buen hijo de una mujer que no había dejado el menor rastro en su recuerdo, lo haría, aunque le pareciera una acción superficial.

Cada vez que, ante la tumba, trataba de evocar un pensamiento apropiado para la ocasión, recordaba la anécdota que le había contado su abuela acerca de su madre y los peces. De todas sus anécdotas —las típicas anécdotas inspiradoras sobre lo lista que Doris había sido en la escuela, lo mucho que le había ayudado en casa y cómo le gustaba de niña sentarse ante la caja de la tienda y registrar las ventas, tal como hacía él de pequeño—, aquella era la única que se le había grabado en la mente. El acontecimiento no olvidado sucedió una tarde de primavera mucho antes de su muerte y el nacimiento de Bucky, cuando, para preparar la Pascua, su abuela caminaba por la avenida Avon hasta la pescadería a fin de elegir dos carpas vivas de la pecera, llevarlas a casa en un cubo y mantenerlas vivas en la tina de hojalata en que se bañaba la familia. Llenaba la tina de agua y dejaba allí los peces hasta que llegaba el momento de cortarles la cabeza y la cola, descamarlos y cocinarlos para hacer pescado *gefilte*. Un día, cuando la madre del señor Cantor tenía cinco años, regresó del jardín de infancia, subió la

escalera dando brincos, descubrió los peces nadando en la bañera de hojalata y, tras desnudarse rápidamente, se metió en el agua para jugar con ellos. Su abuela la encontró allí al volver de la tienda para hacerle la merienda. Nunca le contaron al abuelo lo que la niña había hecho por temor a que la castigara. Incluso cuando la abuela le habló al niño de los peces —entonces era él quien iba al jardín de infancia—, le pidió que guardara el secreto para no irritar al abuelo, quien, en los primeros años tras la muerte de su querida hija, solo podía mantener a raya la angustia de haberla perdido por el procedimiento de no hablar jamás de ella.

Puede que al señor Cantor le pareciera extraño pensar en esa anécdota junto a la tumba de su madre, pero ¿había alguna otra cosa memorable en la que pensar?

A fines de la semana siguiente, en Weequahic se había registrado el mayor número de casos de polio de aquel verano entre todos los distritos escolares de la ciudad. El mismo centro estaba geográficamente rodeado por varios casos nuevos. Enfrente, al otro lado de la calle Hobson, una niña de diez años, Lillian Sussman, había contraído la enfermedad; delante de la escuela, en la avenida Bayview, había enfermado Barbara Friedman, de seis años, y ninguna de las dos pertenecía al grupo de niñas que saltaban con regularidad a la comba junto al patio, aunque desde que comenzara el temor a la polio su número se había reducido a menos de la mitad. Y cerca de allí, en la avenida Vassar, los dos hermanos Kopferman, Danny y Myron, también habían enfermado. La tarde del día en que Bucky recibió la noticia sobre los Kopferman, telefoneó a su casa. La señora Kopferman se puso al aparato, y él le dijo quién era y por qué llamaba.

—¡Usted! —le gritó la mujer—. ¿Tiene la desfachatez de llamar?

—Perdone —replicó el señor Cantor—. No comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende? ¿No comprende que en verano hay que tener precaución y no dejar que los niños corran con este calor? ¿Que no se les deja beber de la fuente pública? ¿Que uno observa cuándo están empapados en sudor? ¿Que uno sabe usar los ojos que Dios le ha dado y vigila a los niños durante la temporada de la polio? ¡No! ¡Ni hablar!

—Le aseguro, señora Kopferman, que tengo cuidado con todos los chicos.

—¿Por qué entonces mis hijos están paralizados? ¡Mis dos hijos! ¡Todo lo que tengo! ¡Explíquemelo! Los deja correr como animales por ese patio... ¡y se extraña de que cojan la polio! ¡Por su culpa! ¡Debido a un idiota imprudente e irresponsable como usted! —Y la mujer colgó sin decir nada más.

Había llamado a los Kopferman desde la cocina, tras haber enviado a su abuela a sentarse en la calle con los vecinos, y después de que hubiera terminado de fregar los platos después de la cena. El calor del día no había cesado, y dentro de la casa era sofocante. Cuando, finalizada la llamada, colgó el aparato, sudaba a mares a pesar de que antes de la cena se había duchado y puesto ropa limpia. ¡Cómo deseaba que su abuelo estuviera presente para hablar con él! Sabía que la señora Kopferman estaba histérica; sabía que estaba abrumada de dolor y que arremetía contra él como una loca, pero le hubiera gustado que su abuelo estuviera allí para asegurarle que él no era culpable de nada de lo que había dicho aquella mujer. Era la primera vez que se enfrentaba a una vil acusación y a un odio desafortado, y le había trastornado mucho más que cuando se encaró a los diez italianos amenazadores en el patio del colegio.

Eran las siete de la tarde y aún había luz en la calle cuando bajó tres tramos de desgastados escalones de madera para visitar un momento a los vecinos antes de salir a dar un paseo. Su abuela estaba sentada con ellos delante del edificio, y una vela de *citronella* mantenía alejados a los mosquitos. Se sentaban en sillas playeras plegables, y hablaban de la polio. Los más ancianos, como su

abuela, habían vivido la epidemia que asoló la ciudad en 1916, y lamentaban que en los años transcurridos desde entonces la ciencia no hubiera sido capaz de encontrar un remedio para la enfermedad ni descubrir la manera de prevenirla. Mirad Weequahic, decían, un barrio tan limpio e higiénico como cualquier otro de la ciudad, y es el más afectado. Alguien informó de que pensaban impedir que las asistentas de color acudieran al barrio, por temor a que trajeran los gérmenes de la polio desde los barrios bajos. Otro afirmó que, a su modo de ver, lo que propagaba la enfermedad era el dinero, el papel moneda que pasaba de mano en mano, y añadió que era importante lavarse siempre las manos tras haber tocado billetes o monedas. ¿Y qué me dices del correo, preguntó alguien, no crees que podría propagarla el correo? ¿Qué vais a hacer, replicó otro, suspender la entrega del correo? La ciudad entera se paralizaría.

Seis o siete semanas antes hubieran hablado de las noticias de la guerra.

Bucky oyó el timbre de un teléfono, reparó en que era el de su piso y pensó que debía de ser Marcia, que le llamaba desde el campamento. A lo largo del último año, se habían visto todos los días que había clase al menos una o dos veces en los pasillos del colegio y luego habían pasado juntos los fines de semana, y aquel era el primer período largo en que estaban separados desde que se conocieron. Él la echaba de menos, como también a la familia Steinberg, que había sido amable con él y le había acogido desde el comienzo. El padre de Marcia era médico, y la madre había sido profesora de inglés en una escuela de enseñanza media, y vivían — con las dos hermanas menores de Marcia, unas gemelas que estaban en sexto curso en la escuela Maple Avenue— en una casa grande y cómoda de la avenida Goldsmith, a una manzana del consultorio del doctor Steinberg en la avenida Elizabeth. Después de que la señora Kopferman hubiera acusado al señor Cantor de negligencia criminal, él había pensado en ir a ver al doctor Steinberg para hablar de la epidemia y averiguar más cosas de la enfermedad.

El doctor Steinberg era un hombre culto —a diferencia del abuelo, que jamás había leído un libro—, y el señor Cantor siempre estaba seguro de que cuando el médico hablaba sabía lo que se decía. No era un sustituto de su abuelo y, ciertamente, no podía serlo de su padre, pero ahora era el hombre al que más admiraba y en el que tenía mayor confianza. En su primera cita con Marcia, cuando él le preguntó por su familia, ella le dijo que su padre no solo era una maravilla con los pacientes, sino que tenía el don de satisfacer a todos los miembros de la familia y de resolver de una manera justa las disputas de sus hermanas menores. Era el mejor psicólogo que había conocido jamás. «Mi madre —afirmó— le llama “el impecable termómetro de la temperatura emocional de la familia”. No conozco ningún médico que sea más humano que papá».

—¡Eres tú! —exclamó el señor Cantor tras haber subido corriendo la escalera para responder al teléfono—. Hace un calor espantoso. Pasan de las siete, y la temperatura es la misma que a mediodía. El termómetro parece haberse atascado. ¿Cómo estás?

—Tengo algo que decirte —le dijo Marcia—. Una noticia espectacular. A Irv Schlanger le han llamado a filas y se va del campamento. Necesitan un sustituto. Necesitan con urgencia un director de deportes acuáticos para el resto de la temporada. Le he hablado de ti al señor Blomback, le he dado tus referencias y quiere contratarte sin necesidad de verte antes.

El señor Blomback era el propietario y director de Indian Hill, y viejo amigo de los Steinberg. Antes de dedicarse a llevar el campamento, había sido un joven subdirector de escuela de enseñanza media en Newark y el jefe de la señora Steinberg en sus inicios como profesora.

—Ya tengo empleo, Marcia —le dijo el señor Cantor.

—Pero podrías alejarte de la epidemia. Estoy muy preocupada por ti, Bucky. En la ciudad tórrida con todos esos niños, en un contacto tan directo con todos esos niños... y justo en el foco de la epidemia. Y ese calor, ese calor un día tras otro.

—Tengo unos noventa chicos en el centro, y hasta ahora solo ha habido cuatro casos de polio.

—Sí, y dos *muertes*.

—Aun así, no puede hablarse de epidemia en el centro, Marcia.

—Me refiero al conjunto de Weequahic. Es la zona más afectada de la ciudad. Y ni siquiera estamos en agosto, el peor mes de todos. Por entonces el número de casos en Weequahic podría haberse multiplicado por diez. Bucky, por favor, abandona tu trabajo. Podrías ser el director de deportes acuáticos de los chicos en Indian Hill. Los chicos son estupendos, el personal es magnífico, lo mismo que el señor Blomback. Esto te encantaría. Podrías ser director de deportes acuáticos durante años y años. Podríamos trabajar aquí en verano. Podríamos estar juntos como pareja, y estarías a salvo.

—Aquí estoy a salvo, Marcia.

—No lo estás.

—No puedo dejar mi trabajo. Este es mi primer año. ¿Cómo voy a abandonar a todos esos chicos? No puedo hacerlo. Me necesitan más que nunca. Es mi deber.

—Cariño, eres un buen profesor y te entregas a tu trabajo, pero eso no significa que seas indispensable para el programa de un centro de verano. Te necesito más que nunca. Te quiero muchísimo. No puedes imaginarte cómo te añoro. Me aterra la idea de que te ocurra algo. ¿En qué puedes beneficiar a nuestro futuro si te pones al alcance del peligro?

—Tu padre trata con enfermos continuamente. Siempre está bordeando el peligro. ¿Te preocupas tanto por él?

—¿Este verano? Sí. Gracias a Dios, mis hermanas están aquí. En el campamento. Sí, estoy preocupada por mi padre y por mi madre y por todas las personas a las que quiero.

—¿Y esperarías que tu padre abandonara a sus pacientes a causa de la polio?

—Mi padre es médico. Eso es lo que decidió ser. Tratar con enfermos es su trabajo. No es el tuyo. Tu trabajo consiste en tratar

con personas *sanas*, con niños saludables que pueden correr, jugar y divertirse. Serías un sensacional director de deportes acuáticos. Aquí todo el mundo te querría. Eres un nadador y un saltador excelente, eres un profesor excelente. Oh, Bucky, se trata de una oportunidad única en la vida. Y aquí estaríamos solos —añadió, bajando la voz—. En el lago hay una isla. Podríamos ir allí en canoa de noche, una vez apagadas las luces. No tendríamos que preocuparnos por tu abuela ni por mis padres, ni temer a las fisgonas de mis hermanas. Por fin, por fin podríamos estar solos.

Bucky pensó que podría quitarle toda la ropa y verla completamente desnuda. Podrían estar solos y desnudos en una isla a oscuras. Y sin preocuparse de que hubiera alguien cerca, podría acariciarla tan despacio y con tanta avidez como quisiera. Y podía librarse de la familia Kopferman. No habría más señoras Kopferman acusándole históricamente de haber causado la polio de sus hijos. Y podría dejar de odiar a Dios, porque eso confundía sus emociones y le hacía sentirse muy raro. En su isla podría estar lejos de todo aquello que le resultaba cada vez más difícil de soportar.

—No puedo abandonar a mi abuela —dijo el señor Cantor—. ¿Cómo va a subir la compra por los tres tramos de escalera? Cuando hace eso le duele el pecho. He de estar aquí. Tengo que lavar la ropa. He de hacer la compra. He de cuidar de ella.

—Los Einneman se ocuparían de ella durante el resto del verano. Le harían la compra. Lavarían su escasa ropa. Estarían más que dispuestos a ayudarla. Si hasta les cuida el niño. La adoran.

—Los Einneman son muy buenos vecinos, pero esa no es tarea suya, sino mía. No puedo irme de Newark.

—¿Y qué le digo al señor Blomback?

—Dile que gracias, pero que no puedo abandonar Newark, y menos en un momento como este.

—No le diré nada —replicó Marcia—. Voy a esperar. Te daré un día para que lo pienses. Volveré a llamarte mañana por la noche. Mira, Bucky, no es cierto que eludirías tu deber. No es ninguna

cobardía abandonar Newark en un momento como este. Te conozco. Sé lo que estás pensando. Pero ya eres muy valiente tal como están las cosas, cariño. Me tiemblan las rodillas al pensar en lo valiente que eres. Si vinieras a Indian Hill, también harías tu nuevo trabajo a conciencia, y cumplirías con otro deber que tienes hacia ti mismo, el de ser feliz. Bucky, esto no es más que prudencia ante el peligro... ¡es de sentido común!

—No voy a cambiar de idea. Quiero estar contigo, te echo de menos todos los días, pero ahora no puedo irme de aquí.

—Pero debes pensar también en tu bienestar. Consúltalo con la almohada, cariño, por favor, te lo ruego.

Su abuela estaba sentada a la puerta de la casa con los Einneman y los Fisher. Estos últimos, un electricista y su esposa que rondaban la cincuentena, tenían un hijo de dieciocho años, infante de marina, que esperaba para embarcarse en California rumbo a la guerra del Pacífico, y una hija que era dependienta de los grandes almacenes en el centro de la ciudad, donde el padre del señor Cantor había cometido el desfalco, un hecho ineludible que pasaba por su mente cada vez que se encontraban por la mañana al salir en dirección a sus respectivos trabajos. Los Einneman eran una joven pareja con un hijo pequeño que vivían justo debajo de los Cantor. Ahora el bebé estaba fuera con ellos, durmiendo en su cochecito. Desde su nacimiento, la abuela del señor Cantor había ayudado a cuidarlo.

Aún estaban hablando de la epidemia, ahora evocando a sus atroces precursoras. La abuela también recordaba que a los pacientes de tos ferina se les exigía que se pusieran brazaletes y que, antes de que se encontrara una vacuna, la enfermedad más temida en la ciudad era la difteria. Recordaba haber recibido una de las primeras vacunas antivariólicas. El lugar de la inyección se le infectó seriamente, y como resultado tenía una gran cicatriz circular en la parte superior del brazo derecho. Se subió la media manga del



vestido de estar por casa y extendió el brazo para mostrarla a los demás.

Al cabo de un rato, el señor Cantor les dijo que iba a dar un paseo, y fue primero al *drugstore* de la avenida Avon, donde compró un helado de cucurucho. Se sentó en un taburete debajo de uno de los ventiladores del techo y reflexionó mientras tomaba el helado. Cuando le pedían algo, fuera lo que fuese, tenía que cumplir, y lo que le pedían ahora era que cuidara de sus chicos del centro que estaban en peligro. Y debía hacerlo no solo por los chicos, sino por respeto a la memoria del tenaz tendero que, con su áspera vehemencia y pese a sus limitaciones, había cumplido con todas las exigencias con que se encontró. Marcia se equivocaba de medio a medio: no habría manera más execrable de rehuir las responsabilidades de su tarea que esfumarse para ir a reunirse con ella en las montañas Poconos.

Oyó el sonido de una sirena a lo lejos. Ahora oía las sirenas de vez en cuando, tanto de día como de noche. No eran las sirenas antiaéreas, que solo sonaban una vez por semana, el sábado a mediodía, y no causaban temor sino que daban consuelo al proclamar que la ciudad estaba preparada para cualquier contingencia. Aquellas eran sirenas de ambulancias que iban en busca de víctimas de la polio para llevarlas al hospital, unas sirenas que gritaban con estridencia: «¡Apartaos, hay una vida en juego!». Desde hacía algún tiempo, varios hospitales de la ciudad no podían dar abasto con los pocos pulmones de acero de que disponían, y a los pacientes que tenían necesidad de ellos los trasladaban a Belleville, Kearny y Elizabeth hasta que llegara a Newark una nueva remesa de respiradores. El señor Cantor solo podía confiar en que la ambulancia no se dirigiera a Weequahic para recoger a otro de sus chicos.

Había empezado a oír rumores de que, si la epidemia empeoraba, habría que cerrar todos los centros de verano de la ciudad para evitar el contacto continuado entre los niños.

Normalmente, semejante decisión correría a cargo del Consejo Sanitario, pero el alcalde se oponía a todo trastorno innecesario en las actividades veraniegas de los niños de Newark, y él mismo tomaría la decisión definitiva. Estaba haciendo todo lo posible por serenar a los padres y, según el periódico, se había personado en cada uno de los distritos para informar a los preocupados ciudadanos sobre las medidas que había tomado el Ayuntamiento para que las basuras y todo rastro de suciedad se eliminaran regularmente de las propiedades públicas y privadas. Les recordó que debían tener bien tapados los cubos de basura y participar en la campaña «Acabemos con las moscas», manteniendo en buen estado sus puertas mosquiteras y eliminando a las moscas portadoras de enfermedades que crían en la suciedad y se introducen en las casas por las puertas abiertas y las ventanas sin mosquitero. Iba a aumentarse la frecuencia de la recogida de basura, que tendría lugar cada dos días, y, a fin de ayudar a la campaña contra las moscas, unos «inspectores sanitarios» visitarían los barrios residenciales para asegurarse de que todas las calles estaban libres de desechos y distribuirían matamoscas gratuitamente. En su intento por asegurar a los padres que todo estaba bajo control y que el nivel general de seguridad era elevado, el alcalde les dijo expresamente: «Los centros de verano permanecerán abiertos. Los niños de nuestra ciudad los necesitan en vacaciones. Tanto la compañía de seguros *Prudential Life* de Newark como la *Metropolitan Life* de Nueva York nos dicen que el aire fresco y el sol son las principales armas para eliminar la enfermedad. Proporcionemos a los niños abundante sol y aire fresco en los centros, y ningún germen podrá resistir el impacto de ambos elementos. Por encima de todo, mantengan limpios los patios y los sótanos, no pierdan la cabeza y pronto veremos que la propagación de este azote va menguando. Y maten las moscas sin piedad. Nunca hay que subestimar el daño que hacen las moscas».

El señor Cantor caminó desde Avon a Belmont envuelto en un calor y un olor asfixiantes. En los días en que el viento procedía del

sur, desde las refinerías Rahway y Linden, se notaba un acre olor a quemado en el aire, pero aquella noche las corrientes eran del norte, e impregnaba la atmósfera el inequívoco hedor que emitían las granjas porcinas de Seacaucus, a pocos kilómetros río Hackensack arriba. El señor Cantor no conocía ningún olor callejero más espantoso. Durante una ola de calor, cuando Newark parecía haber perdido hasta el último soplo de aire puro, a veces el olor podía ser tan repugnantemente fecal que una fuerte vaharada te producía arcadas y tenías que correr a refugiarte bajo techo. La gente ya estaba culpando de la erupción de casos de polio a la proximidad de Seacaucus, conocida despectivamente como «la capital porcina del condado de Hudson», y a las propiedades infecciosas de aquel miasma que lo cubría todo y que, para quienes vivían en la dirección del viento que soplaba desde allí, era un compuesto tóxico de solo Dios sabía qué abominables, pestilentes y pútridos ingredientes. Si estaban en lo cierto, respirar el hálito de vida era una actividad peligrosa en Newark: aspira hondo y morirás.

Sin embargo, pese a todos los aspectos desagradables de la noche, había unos muchachos montados en viejas y ruidosas bicicletas que avanzaban en fila a toda velocidad por los desiguales adoquines entre las vías del tranvía de la avenida Avon gritando «¡Gerónimo!» a voz en cuello. Había chicos que armaban bulla y trataban de agarrarse unos a otros delante de las confiterías. Había chicos que hablaban entre ellos y fumaban, sentados en los escalones de entrada de los bloques de pisos. Había chicos en medio de la calle, bateando pelotas con desgana bajo las farolas. En un solar vacío que hacía esquina habían fijado una anilla en la pared lateral de un edificio abandonado y, a la luz de la licorería en el otro lado de la calle, de la que entraban y salían indigentes, unos pocos muchachos ensayaban voleas sin levantar las manos. Bucky pasó junto a otra esquina donde unos muchachos se habían reunido alrededor de un buzón sobre el que estaba encaramado uno de sus compinches que, para divertirles, cantaba al estilo tirolés. Había

familias instaladas en las escaleras de incendios, con aparatos de radio provistos de extensiones enchufadas a una toma del interior de la casa, y más familias reunidas en los penumbrosos callejones entre edificios. Al pasar por el lado de los inquilinos, vio mujeres que se abanicaban con abanicos de papel que un tintorero del barrio regalaba a sus clientes, y vio obreros que habían vuelto a casa desde la fábrica, en camiseta, sentados y charlando, y la palabra que oía una y otra vez en los retazos de conversación era, por supuesto, «polio». Solo los niños parecían capaces de pensar en otra cosa. Solo los niños (¡los niños!) actuaban como si, por lo menos fuera del barrio de Weequeahic, el verano siguiera siendo una aventura libre de preocupaciones.

Ni en las calles del barrio ni antes, en el mostrador de la heladería del *drugstore*, había encontrado a ninguno de los chicos con los que había crecido, con los que había jugado a béisbol e ido a la escuela. Por entonces, salvo a unos pocos exentos del servicio como él —jóvenes con soplos cardíacos, pies planos o una vista tan deficiente como la suya que trabajaban en fábricas de suministros bélicos—, a todos los habían reclutado.

En Belmont, el señor Cantor avanzó entre el tráfico de la avenida Hawthorne, donde un par de confiterías aún tenían las luces encendidas y donde le llegaban las voces de los chicos que pasaban el rato en la calle y se llamaban unos a otros. Desde allí se encaminó a la calle Bergen, y entró en las calles residenciales del extremo más rico del barrio de Weequahic, en el lado de la colina que desciende hasta el parque Weequahic. Finalmente llegó a la avenida Goldsmith. Solo cuando ya estaba prácticamente allí se dio cuenta de que no paseaba al azar a través de media ciudad en una calurosa noche de verano, sino que con toda claridad se dirigía al domicilio de Marcia. Tal vez no tuviera otra intención que limitarse a mirar la gran casa de ladrillo que se alzaba entre otras grandes casas de ladrillo que la flanqueaban, pensar en Marcia y a continuación dar media vuelta y desandar sus pasos. Pero después de dar la vuelta a la manzana se

encontró muy cerca de la puerta de los Steinberg, y se encaminó con decisión por el sendero de losas para tocar el timbre. El porche, protegido por tela metálica, con la mecedora que miraba al césped, era donde Marcia y él se sentaban y se besuqueaban cuando volvían del cine, hasta que la madre de la joven la llamaba desde el piso de arriba para preguntar amablemente si no era hora de que Bucky regresara a su casa.

El doctor Steinberg en persona abrió la puerta. Ahora el señor Cantor sabía por qué había estado vagando, alejándose de los bloques de pisos de la calle Barclay y respirando aquel aire hediondo.

—Bucky, muchacho —le dijo el doctor Steinberg, abriendo los brazos, sonriente—. Qué agradable sorpresa. Anda, pasa.

—He ido a tomar un helado y luego he dado un paseo hasta aquí —le explicó el señor Cantor.

—Echas de menos a tu chica —comentó el doctor Steinberg, riendo—. Yo también. Echo de menos a mis tres chicas.

Cruzaron la casa hasta el porche rodeado de tela metálica en la parte trasera, que daba al jardín de la señora Steinberg. El doctor le dijo que su mujer se encontraba en su casa de veraneo en la costa, y que se reuniría con ella los fines de semana. Le preguntó si le apetecía una bebida fría. Había limonada fresca en la nevera. Le traería un vaso.

Para el señor Cantor, una casa como la de los Steinberg había sido un sueño en su infancia, cuando vivía en el piso de tres habitaciones de sus abuelos en una segunda planta: una gran casa unifamiliar, con pasillos espaciosos, una escalera central, numerosos dormitorios, más de un baño, dos porches protegidos por mosquiteras, mullidas alfombras que iban de una pared a otra en todas las habitaciones, y persianas de lamas de madera en las ventanas en vez de las típicas cortinas opacas de los almacenes Woolworth. Y, en la parte trasera de la casa, un jardín de flores. Hasta entonces él nunca había visto un jardín de flores en plena

floración, salvo la afamada rosaleta del parque de Weequahic, a la que le había llevado su abuela de niño. Era un jardín público mantenido por el departamento de parques; que él supiera por entonces, *todos* los jardines eran públicos. Un jardín de flores particular en el patio trasero de una casa de Newark le asombraba. Su propio patio trasero, con suelo de cemento, estaba lleno de grietas, y en diversos lugares faltaban trozos que, a lo largo de décadas, los niños del barrio habían arrancado para utilizarlos como proyectiles que lanzaban con criminal impulso a los gatos callejeros, o con ganas de broma a los coches que pasaban, o con rabia unos a otros. Las niñas del edificio jugaban al tejo hasta que los chicos las expulsaban para jugar a los cuatro ases. Había un revoltijo de deteriorados cubos de basura del edificio y, por encima de la cabeza, las cuerdas entrecruzadas del tendedero que formaban una red combada, tendidas mediante poleas desde una ventana trasera de cada piso hasta un poste telefónico desgastado por la intemperie en el extremo del ruinoso patio. Cuando era muy pequeño, cada vez que su abuela se asomaba a la ventana para tender la colada de la semana, él permanecía a su lado y le iba dando las pinzas. A veces soñaba que la mujer se inclinaba tanto sobre el alféizar para tender una sábana que se caía desde la ventana del tercer piso, y él se despertaba gritando. Antes de que sus abuelos decidieran cómo y cuándo le explicarían de una manera inteligible que su madre había muerto de parto, el pequeño había llegado a imaginar que había fallecido a causa de una caída como la de sus pesadillas. Eso era lo que había significado para él tener un patio trasero, hasta que fue lo bastante mayor para comprender la verdad y enfrentarse a ella: un lugar de muerte, un pequeño cementerio rectangular para las mujeres que le querían.

Pero ahora, el simple hecho de pensar en el jardín de la señora Steinberg le hacía feliz y le recordaba todo lo que más valoraba de los Steinberg, de su manera de vivir y de cuanto sus amables abuelos no podían ofrecerle y él siempre había ansiado en secreto.

Tan desacostumbrado estaba a la extravagancia, que consideraba la existencia de más de un baño en una casa como el no va más de la vida lujosa. Siempre había dado una gran importancia a la familia, pese a que había carecido de una familia tradicional, por lo que a veces, cuando Marcia y él se hallaban a solas en la casa —lo cual era infrecuente debido a la animada presencia de las hermanas menores—, imaginaba que estaban casados y que la casa, el jardín, el orden doméstico y el exceso de baños les pertenecía. Qué a gusto se sentía en aquella casa; y, sin embargo, le parecía un milagro que hubiera podido llegar hasta allí.

El doctor Steinberg salió al porche con la limonada. El porche estaba a oscuras salvo por una lámpara encendida al lado de la silla donde el doctor Steinberg había estado leyendo el periódico vespertino y fumando su pipa. Tomó la pipa, encendió una cerilla y se puso a aspirar y a dar caladas una y otra vez hasta que prendió de nuevo. El aroma intenso y dulce del tabaco mejoró un poco el hedor de las granjas de Seacaucus que se extendía por la ciudad.

El doctor Steinberg era esbelto, ágil, de estatura más bien baja. Lucía un poblado bigote y usaba unas gafas de gruesos cristales, aunque no tanto como los del señor Cantor. Su rasgo más distintivo era la nariz, curvada como una cimitarra en la parte superior pero de punta plana y con el hueso del puente de forma romboidal; en una palabra, una nariz salida de un cuento popular, la clase de nariz voluminosa, tortuosa, intrincada que durante muchos siglos, pese a haber tenido que enfrentarse a todas las penalidades imaginables, los judíos nunca han dejado de lucir. La irregularidad de la nariz era más evidente cuando el doctor se reía, cosa que hacía con frecuencia. Era indefectiblemente amistoso, uno de esos encantadores médicos de cabecera que, cuando aparecen en la sala de espera con el historial médico de alguien en la mano, hacen que se iluminen las caras de los pacientes. Cada vez que los examinaba con el estetoscopio se sentían profundamente felices de estar bajo sus cuidados. A Marcia le gustaba que su padre, hombre de

autoridad natural y sin adornos, se refiriese en broma pero verazmente a sus pacientes como sus «patronos».

—Marcia me ha dicho que has perdido a algunos de tus chicos. Lo siento mucho, Bucky. Los casos fatales no son muy frecuentes entre los que contraen la polio.

—Hasta ahora cuatro de ellos la han cogido, y dos han muerto. Dos muchachos. Alumnos de primaria. Ambos de doce años.

—Es una gran responsabilidad para ti —dijo el señor Steinberg— cuidar de todos esos chicos, sobre todo en los tiempos que corren. Llevo veinticinco años practicando la medicina, y cuando pierdo un paciente, aunque haya muerto de viejo, sigo sintiéndome abatido. Esta epidemia debe de ser una gran carga sobre tus hombros.

—El problema es que no sé si hago bien o no dejándoles jugar a *softball*.

—¿Te ha dicho alguien que eso es un error?

—Sí, la madre de dos de los chicos, hermanos, que han pillado la polio. Sé que estaba histérica. Sé que su frustración la impulsaba a arremeter contra mí, pero saberlo no sirve de ayuda.

—Eso es algo con lo que también tropieza el médico. Tienes razón, las personas que sufren un gran dolor se vuelven histéricas y, enfrentadas a la injusticia de la enfermedad, reaccionan atacando. Pero que los chicos jueguen a *softball* no les causa la polio. El causante es un virus. Puede que no sepamos gran cosa de la polio, pero eso lo sabemos con certeza. En todas partes los niños juegan al *softball* durante el verano, e incluso en una epidemia solo un porcentaje muy pequeño de niños se infecta con la enfermedad. Y un porcentaje muy pequeño de estos enferma de gravedad. Y un porcentaje muy pequeño muere... (la muerte se debe a parálisis respiratoria, que es relativamente infrecuente). No todo chico al que le duele la cabeza enferma de polio paralizante. Por eso es importante no exagerar el peligro y comportarse con normalidad. No tienes ningún motivo para sentirte culpable. En ocasiones, esa es una reacción natural, pero en tu caso no está justificada. —Le señaló



de una manera significativa con la boquilla de la pipa mientras le advertía—: Podemos ser jueces severos de nosotros mismos cuando no está justificado en modo alguno. Un sentido de la responsabilidad equivocado puede ser debilitante.

—¿Cree usted que la situación va a empeorar, doctor Steinberg?

—Las epidemias pierden virulencia de una manera espontánea. En estos momentos arrecia, y tenemos que ocuparnos de lo que está sucediendo mientras esperamos a ver si se trata de un brote pasajero o no. Normalmente el mayor número de casos se da entre niños menores de cinco años. Así ocurrió en 1916. La pauta que vemos en este brote, por lo menos aquí en Newark, es algo diferente. Pero eso no debe llevarnos a pensar que la enfermedad va a actuar de manera desenfrenada en la ciudad eternamente. A mi modo de ver, todavía no hay ninguna causa de alarma.

El señor Cantor no se había sentido tan aliviado durante varias semanas como le ocurría ahora al escuchar los consejos del doctor Steinberg. No había ningún lugar en todo Newark —incluido el piso de su familia y hasta el gimnasio de la escuela Chancellor Avenue, en el que daba sus clases de educación física—, donde se sintiera más satisfecho que el porche protegido por tela metálica en la parte trasera del hogar de los Steinberg, junto al doctor sentado en un sillón de mimbre con un cojín y fumando su vieja pipa.

—¿Por qué la epidemia es más fuerte en el barrio de Weequahic?  
—le preguntó el señor Cantor—. ¿A qué se deberá eso?

—No lo sé —respondió el doctor Steinberg—. Nadie lo sabe. La polio sigue siendo una enfermedad misteriosa. Esta vez ha llegado lentamente. Primero afectó sobre todo al Ironbound, luego saltó alrededor de la ciudad, y de repente se ha instalado en Weequahic y ha tomado vuelo.

El señor Cantor le habló al doctor Steinberg del incidente con los italianos de la escuela de enseñanza media East Side, que llegaron desde el Ironbound y cubrieron de escupitajos la entrada del centro.

—Hiciste lo correcto —le dijo el doctor Steinberg—. Lo limpiaste con agua y amoníaco. Es lo mejor que podías hacer.

—Pero ¿mató eso los gérmenes de la polio, si los había?

—Nadie sabe qué es lo que mata los gérmenes de la polio —respondió el doctor Steinberg—. No sabemos qué es lo que transmite la polio, y todavía existe cierto debate sobre la vía de penetración en el organismo. Pero lo importante es que limpiaste una asquerosidad antihigiénica y, gracias a la decisión con que actuaste, los niños se quedaron tranquilos. Demostraste tu competencia, demostraste tu serenidad..., eso es lo que tienen que ver los niños. Mira, Bucky, veo que tiembles por lo que está ocurriendo, pero los hombres fuertes también tiemblan. Debes comprender que no pocos de nosotros, que somos mucho mayores y tenemos más experiencia de las enfermedades que tú, también temblamos ante esta situación. Ser médico e incapaz de detener la propagación de esta terrible enfermedad es doloroso para todos nosotros. Una enfermedad paralizante que ataca sobre todo a los niños y mata a algunos..., eso le resulta difícil de aceptar a cualquier adulto. Tienes conciencia, y es un valioso atributo, pero no lo es si te lleva a creer que eres culpable de lo que está muy lejos del alcance de tu responsabilidad.

Él pensó en preguntarle: ¿No tiene Dios conciencia? ¿Dónde está Su responsabilidad? ¿O es que no conoce límites? Pero, en vez de plantearle esos interrogantes, le preguntó:

—¿Habría que cerrar el centro?

—Tú eres el responsable —replicó el doctor Steinberg—. ¿Habría que cerrarlo?

—No sé qué pensar.

—¿Qué harían los niños si no pudieran ir al centro? ¿Quedarse en casa? No, jugarían a *softball* en algún otro lugar..., en las calles, en los solares vacíos, irían al parque para jugar a *softball*. No puedes evitar que se reúnan tan solo expulsándolos del centro. No se quedarán en casa: se reunirán en la confitería de la esquina, jugarán

con las máquinas del millón, se zarandearán y darán empujones para divertirse. Beberán de las botellas de refrescos de sus compañeros, por mucho que les digas que no lo hagan. Algunos estarán tan inquietos y aburridos que irán demasiado lejos y se meterán en líos. No son ángeles..., son muchachos. No estás haciendo nada que empeore las cosas, Bucky. Por el contrario, lo que haces las mejora. Estás haciendo algo útil. Contribuyes al bienestar de la comunidad. Es importante que la vida del barrio prosiga como de costumbre pues, de lo contrario, las víctimas no solo serán los afectados y sus familias, sino que todo Weequahic se convertirá en víctima. En el centro ayudas a evitar el pánico controlando a los chicos mientras ellos juegan a sus deportes favoritos. La alternativa no es enviarlos a otro lugar donde escapen a tu control. La alternativa no es encerrarlos en sus casas y llenarlos de temor. Estoy en contra de que se asuste a los niños judíos. Estoy en contra de que se asuste a los judíos, y punto. Eso fue en Europa, por eso los judíos huyeron. Esto es Estados Unidos. Cuanto menos miedo, mejor. El miedo nos castra. El miedo nos degrada. Contribuir a reducir el miedo: esa es tu tarea y la mía.

Se oía el ulular de sirenas a lo lejos, hacia el oeste, donde estaba el hospital. En el jardín solo había ruidosos grillos, luciérnagas pulsátiles y las numerosas variedades de flores fragantes —cuyos pétalos se amontonaban al otro lado de los mosquiteros del porche—, que, mientras la señora Steinberg estaba en la costa, muy probablemente regaba el doctor después de la cena. Sobre la superficie de vidrio de la mesita de mimbre había un cuenco de fruta, frente al sofá de mimbre en el que estaba sentado el señor Cantor. El doctor Steinberg tomó una pieza de fruta y le dijo al señor Cantor que cogiera otra.

Hincó el diente a un melocotón delicioso, un fruto grande y hermoso como el que el doctor Steinberg había tomado del cuenco, y en compañía de aquel hombre absolutamente razonable y de la relajante sensación de seguridad que transmitía, se lo comió

despacio, saboreando cada dulce bocado hasta llegar al hueso. Entonces, sin estar en absoluto preparado para ese momento, pero incapaz de contenerse, dejó el hueso en un cenicero, se inclinó adelante y, apretándose con fuerza las pegajosas manos entre las rodillas, dijo:

—Quisiera su permiso, señor, para pedirle a Marcia que sea mi prometida.

El doctor Steinberg se echó a reír y, alzando la pipa en el aire como si fuese un trofeo, se puso en pie y dio un pequeño brinco.

—¡Lo tienes! —replicó—. No podría estar más encantado. Y mi mujer estará tan encantada como yo. Voy a llamarla ahora mismo, y serás tú quien le dé la noticia. ¡Ah, Bucky, esto es fantástico! Pues claro que tienes nuestro permiso. Marcia no podría haber pescado un novio mejor que tú. ¡Qué familia tan afortunada somos!

Sorprendido al oír que el doctor Steinberg decía que su familia era la afortunada, el señor Cantor se sintió emocionado y, poniéndose también en pie, estrechó efusivamente la mano del doctor. Se había propuesto no mencionar a nadie el compromiso hasta el año nuevo, cuando tendría mayor seguridad económica. Aún estaba ahorrando para comprarle a su abuela una cocina de gas que sustituyera a la de carbón que utilizaba, y había supuesto que en diciembre tendría suficiente dinero si antes no tenía que comprar un anillo de compromiso. Pero el consuelo que había obtenido del amable padre, coronado por el disfrute en su compañía de aquellos melocotones perfectos en el porche trasero, era lo que le había impulsado a pedirle permiso sin más dilación. Lo que le había impulsado era saber que el doctor Steinberg, tan solo con su presencia, parecía capaz de responder como ningún otro a las preguntas: ¿qué diablos está pasando y cómo vamos a salir de esto? Y también le había inducido a actuar así otra cosa, el ulular de las sirenas de las ambulancias entrecruzándose en Newark por la noche.

La mañana siguiente fue la peor de todas. Otros tres chicos enfermaron de polio: Leo Feinswog, Paul Lippman y yo, Arnie Mesnikoff. El centro había pasado de cuatro a siete casos de la noche a la mañana. Las sirenas que él y el doctor Steinberg habían oído la noche anterior bien podrían haber sido las de las ambulancias que los llevaban velozmente al hospital. A Bucky le informaron de los nuevos casos los chicos que se presentaron aquella mañana con sus guantes de béisbol dispuestos a pasarse el día jugando. En un día laborable normal él hubiera organizado dos partidos, uno en cada cuadro, a uno y otro extremo del patio, pero aquella mañana el número de muchachos era muy inferior al necesario para formar cuatro equipos. Al parecer, aparte de los que habían enfermado, a otros sesenta sus aprensivos padres les habían impedido asistir. Los restantes se habían reunido para hablar en la sección de gradas de madera junto a la pared trasera de la escuela.

—Me alegro de veros aquí, muchachos. Hoy va a hacer otro día abrasador; a estas horas ya se nota. Pero eso no significa que no vayamos a jugar. Significa que vamos a tomar algunas precauciones para que no hagáis un esfuerzo excesivo. Cada dos turnos y medio de lanzamientos nos tomaremos un descanso de quince minutos a la sombra, aquí en las gradas. Nada de correr por el campo durante ese intervalo, y me refiero a todos y cada uno de vosotros. Entre mediodía y las dos, cuando el calor aprieta más, no habrá *softball* en absoluto. Los terrenos de juego estarán desiertos. Podéis jugar a damas, ajedrez, pimpón, podéis sentaros a hablar en las gradas, traeros un libro o una revista y leer durante el descanso..., todo eso está bien. Ese es nuestro nuevo programa diario. Vamos a pasar un verano tan bueno como podamos, pero en días como hoy la actividad será moderada. No quiero que sufráis una insolación con este calor espantoso. —Añadió «insolación» en el último instante, en vez de decir «polio».

Nadie se quejó. No hubo ningún comentario. Escucharon con el semblante serio, y asintieron en silencio. Era la primera vez, desde el comienzo de la epidemia, que el señor Cantor percibía su temor. Cualquiera de ellos conocía relativamente bien a uno u otro de los que habían enfermado la víspera, y si hasta entonces no habían entendido la naturaleza de la amenaza, por fin eran conscientes de que ellos mismos corrían el peligro de contraer la polio.

El señor Cantor formó dos equipos de diez para iniciar el primer partido. Quedaban diez niños fuera, y les dijo que sustituirían a los otros, cinco a cada lado, después de la primera pausa de quince minutos. Eso era lo que harían a lo largo de la jornada.

—¿De acuerdo? —dijo el señor Cantor, y dio una palmada con entusiasmo—. Es un día de verano como cualquier otro, y quiero que juguéis a *softball*.

Por su parte, en vez de jugar también, decidió iniciar la mañana sentándose con los diez chicos que aguardaban su turno para participar en el juego y que parecían apagados de una manera poco natural en ellos. Al fondo del patio, donde las chicas solían jugar en la calle de la escuela, el señor Cantor observó que de la docena que había comenzado a reunirse allí a principios del verano todas las mañanas, solo tres estaban presentes; solo tres cuyos padres, al parecer, les permitían abandonar la proximidad de sus hogares sin temor a que establecieran contacto con los demás niños del centro. Las chicas que faltaban debían de hallarse entre los niños del barrio a los que, según había oído decir, habían enviado a refugiarse en casa de sus parientes a una distancia segura de la ciudad, y algunas de ellas estarían entre los apartados de la amenaza para sumergirlos en el aire oceánico, higiénico e inmunizador del litoral de Jersey.

Ahora dos de las niñas daban vueltas a la cuerda mientras una saltaba, sin que ya ninguna chiquilla de piernas delgadas aguardara trepidante para saltar después de ella. Aquella mañana la voz aguda y gorjeante de la saltadora llegaba hasta las gradas, donde los chicos, que normalmente no paraban de contar chistes y hacer

bromas, y que no tenían ninguna dificultad en pasarse el día entero cotorreando, ahora no tenían nada que decirse.

*K, mi nombre es Kay  
y mi marido se llama Karl,  
venimos de Kansas  
iy traemos koalas!*

Por fin el señor Cantor rompió el largo silencio.

—¿Alguno de vosotros tiene amigos que han enfermado? —les preguntó.

Unos hicieron gestos de asentimiento y otros dijeron que sí en voz baja.

—Sé que es duro para vosotros, muy duro. Debemos confiar en que mejorarán y en que pronto estarán de nuevo en el centro.

—Puedes acabar metido en un pulmón de acero para siempre —dijo Bobby Finkelstein, un chico tímido que era de los más silenciosos, uno de los tres niños que él había visto trajeado en los escalones de la sinagoga tras el funeral de Alan Michaels.

—Es cierto —replicó el señor Cantor—. Pero esos casos son de parálisis respiratoria, que es muy infrecuente. Es mucho más probable que te recuperes. Es una enfermedad grave, puede hacer mucho daño, pero también hay quien se recupera. A veces de forma parcial, pero en muchas ocasiones completamente. La mayoría de los casos son relativamente leves. —Hablaba con autoridad, y la fuente de su conocimiento era el doctor Steinberg.

—Puedes morir —dijo Bobby, con una insistencia que casi nunca había mostrado anteriormente en otros asuntos. En general, parecía preferir que hablaran los extravertidos, pero con respecto a lo sucedido a sus amigos no podía dejar de intervenir—. Alan y Herbie han muerto.

—Sí, puedes morir —concedió el señor Cantor—, pero las probabilidades de que eso ocurra son escasas.

—Sin embargo, no fueron escasas para Alan y Herbie —replicó Bobby.

—Quiero decir que las probabilidades son escasas en el conjunto de la comunidad, en la ciudad.

—Eso no ayuda a Alan y Herbie —insistió Bobby, con la voz temblorosa.

—Tienes razón, Bobby. Tienes razón. No les ayuda. Lo que les ha sucedido es terrible. Lo que les ha sucedido a todos los chicos es terrible.

Entonces habló otro de los muchachos sentados en las gradas, Kenny Blumenfeld, aunque lo que decía era ininteligible debido al estado en que se encontraba. Era un chico alto, fuerte, inteligente, expresivo, que a los catorce años ya estudiaba segundo curso de la escuela de enseñanza media Weequahic y, al contrario que los demás, era maduro y capacitado para dejar de lado las emociones cuando se trataba de ganar o perder. Junto con Alan, había sido un líder en el campo de juego, el muchacho al que siempre elegían capitán de un equipo, el muchacho que tenía los brazos y las piernas más largos y que lanzaba las pelotas más lejos... y, sin embargo, ahora era él, Kenny, el más corpulento y adulto de todos ellos, tan robusto emocional como físicamente, quien se golpeaba los muslos con los puños cerrados mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

El señor Cantor se le acercó y tomó asiento a su lado.

A pesar de las lágrimas, hablando con voz ronca, Kenny dijo:

—¡Todos mis amigos están cogiendo la polio! ¡Todos mis amigos van a ser paralíticos o van a morir!

El señor Cantor reaccionó poniéndole la mano en el hombro, pero no dijo nada. Miró el campo donde los dos equipos estaban absortos en el juego, ajenos a lo que sucedía en los laterales. Recordó que el doctor Steinberg le había prevenido de que no exagerase el peligro, y sin embargo pensaba: «Kenny tiene razón. Como todos los demás.



Los que están en el campo y los de las gradas. Las chicas que saltan a la comba. Todos son niños, y la polio acecha a los niños, y se extenderá por este lugar y los destruirá a todos. Cada mañana, cuando llegue aquí, faltarán algunos más. No hay nada que lo pare, excepto cerrar el centro. Y ni siquiera cerrarlo servirá de ayuda, porque al final atacará a todos los niños. El barrio está condenado. Ninguno de los niños sobrevivirá intacto, si es que sobrevive».

Y entonces, de improviso, pensó en aquel melocotón que había comido en el porche trasero de los Steinberg la noche anterior. Casi notaba el jugo que goteaba en su mano, y por primera vez temió por sí mismo. Lo sorprendente era que hubiese refrenado el miedo durante tanto tiempo.

Contemplaba a Kenny Blumenfeld que lloraba por sus amigos enfermos de polio, y de repente experimentó el deseo de huir, de no seguir trabajando entre aquellos chicos, de huir de la incesante conciencia del peligro que subsistía. Huir, como Marcia quería que hiciera.

Pero permaneció sentado en silencio al lado de Kenny hasta que este dejó de llorar. Y entonces le dijo:

—No tardaré. Voy a jugar un poco. —Bajó de las gradas y fue al campo, donde le dijo a Barry Mittelman, el tercera base—: Sal del sol, ponte a la sombra y bebe agua —y, tomando el guante de Barry, se instaló en la tercera base y restregó vigorosamente el bolsillo con los nudillos.

Al final del día, el señor Cantor había jugado en todas las posiciones del cuadro, dando a los chicos de cada lado la oportunidad de permanecer sentados a la sombra durante un turno de lanzamiento para que no se acaloraran demasiado. No sabía qué más hacer para evitar que la polio se extendiera. Cuando jugaba en la parte exterior del cuadro, tenía que llevarse el guante a la visera de la gorra de béisbol para que el sol no le cegara, un sol de las cuatro de la tarde tan agobiante como el que caía a mediodía con la brutalidad de un mazazo. Le sorprendió oír al otro lado del patio, en

la calle de la escuela, a las tres niñas horneadas por el sol, todavía entregadas a una actividad febril, todavía gozando del juego cadenciosamente, al ritmo de sus corazones que latían con fuerza.

*S, mi nombre es Sally  
y mi marido se llama Sam...*

Hacia las cinco, cuando los chicos estaban en el último turno de lanzamiento del postrer partido del día —los jugadores habían dejado sus polos empapados cerca de donde estaban, en el asfalto, y los muchachos en la zona de bateo también iban descamisados—, el señor Cantor oyó gritos procedentes del centro del campo. Era Kenny Blumenfeld, enfurecido nada menos que con Horace. El señor Cantor había visto a este último a primera hora de la tarde, en el extremo del banco, pero pronto le perdió la pista y no recordaba haberlo visto de nuevo. Probablemente se había ido a vagar por el barrio y acababa de regresar al centro, y, como se proponía entrar en él y permanecer silencioso e inmóvil al lado de uno de los jugadores, había decidido acercarse a Kenny y estar junto al muchacho más corpulento de ambos equipos. Antes había sido Kenny quien, cosa insólita en él, se había echado a llorar por los estragos que la enfermedad causaba entre sus amigos, y ahora, algo no menos insólito, era Kenny quien gritaba a Horace y sacudía el guante de béisbol ante él en actitud amenazadora. Kenny no solo era el chico más robusto, sino que desnudo de cintura para arriba también parecía ser el más fuerte. En cambio, a Horace —que vestía su habitual indumentaria de verano: una camisa de media manga que le iba demasiado grande y holgados pantalones de algodón sujetos por un cinturón elástico, y calzaba zapatos perforados marrón y blanco, pasados de moda mucho tiempo atrás—, se le veía desnutrido y demacrado. Tenía el pecho hundido, las piernas larguiruchas, y parecía como si pudieras partir en dos sus delgados

brazos de marioneta, que le colgaban débilmente a los lados, con tanta facilidad como partes un palo sobre la rodilla. Daba la impresión de que un buen susto podría matarle, y no digamos un golpe propinado por un muchacho como Kenny.

Al instante el señor Cantor se levantó del banco en que estaba sentado y corrió hacia el perímetro del campo, mientras todos los chicos que participaban en el juego y los que estaban en las gradas corrieron con él, y las tres niñas que saltaban a la comba se detuvieron, al parecer por primera vez en todo el verano.

—¡Quitádmelo de encima! —Kenny, el muchacho que era un modelo de madurez para los demás, a quien el señor Cantor nunca había tenido motivos para amonestarle por no saber controlarse, aquel mismo Kenny gritaba ahora—: ¡Quitádmelo de encima o lo mato!

—¿Qué hacéis? ¿Qué está pasando aquí? —preguntó el señor Cantor.

Horace tenía la cabeza gacha, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y se lamentaba, emitiendo una especie de señal de radio desde el fondo de la garganta, un sonido de aflicción suave, oscilante.

—¡Oledle! —gritó Kenny—. ¡Está lleno de mierda! ¡Apartadlo de mí! ¡Es él! ¡Él es quien trasmite la polio!

—Cálmate, Ken —le dijo el señor Cantor, tratando de sujetar al muchacho, que consiguió zafarse con frenéticos movimientos.

Ahora les rodeaban los jugadores de ambos equipos, y cuando varios de los chicos corrieron para asir a Kenny de los brazos y apartarlo del lugar donde estaba vilipendiando a Horace, él se volvió para golpearlos con los puños, y todos retrocedieron.

—¡No voy a calmarme! —gritó Kenny—. ¡Tiene la ropa interior llena de mierda! ¡Tiene las manos llenas de mierda! ¡No se lava, no está limpio, y luego quiere que le demos la mano, y así es como está propagando la polio! ¡Es él quien paraliza a la gente! ¡Es él quien está matando a la gente! ¡Lárgate de aquí! ¡Vamos, fuera! —Y de

nuevo agitó con violencia su guante en el aire como para protegerse del ataque de un perro rabioso.

Entretanto, ingeniándose las para esquivar los brazos de Kenny que eran como aspas de molino, el señor Cantor pudo interponerse entre el histérico muchacho y la aterrada criatura sobre la que estaba volcando su furor.

—Tienes que irte a casa, Horace —le dijo el señor Cantor en tono sosegado—. Vuelve a casa con tus padres. Es la hora de la cena. Anda, vete a cenar.

Horace olía, en efecto; olía horriblemente. Y aunque el señor Cantor repitió sus palabras por segunda vez, Horace siguió llorando y lamentándose sin decir nada.

—Chócala, Horace —susurró el señor Cantor, y le tendió la mano. Sin alzar la vista, Horace tomó con languidez la mano tendida y el señor Cantor se la estrechó tan calurosamente como la víspera había estrechado la del doctor Steinberg después de que este le diera permiso para comprometerse con Marcia.

—¿Cómo te va, Horace? —le susurró, mientras le estrechaba la mano y la movía arriba y abajo—. ¿Cómo te va, muchacho?

Tardó un poco más de lo habitual, pero entonces, como siempre había sucedido en el pasado, cuando Horace se acercaba lentamente a un jugador en el campo para quedarse a su lado, el apretón de manos ritual surtió efecto, y Horace, calmado, se volvió hacia la salida del patio para marcharse, ya fuese a su casa o a otro lugar que nadie, probablemente ni el mismo Horace, conocía. Todos los chicos que habían oído los gritos de Kenny permanecían bastante apartados de Horace mientras le veían penetrar tambaleándose en el muro de calor, y las niñas chillaban: «¡Viene a por nosotras! ¡El retrasado nos persigue!», y corrían con sus cuerdas de saltar hacia el tráfico que al atardecer pasaba por la avenida Chancellor, alejándose tan rápidamente como podían de la visión de lo muy bajo que podía caer el ser humano.

Para tranquilizar a Kenny, el señor Cantor le pidió que se quedara sentado cuando los demás chicos salieron y le echaron una mano dejando el equipo deportivo en el almacén del sótano. Entonces, hablando serenamente con él mientras caminaban, el señor Cantor acompañó a Kenny hacia su casa, cuesta abajo por la avenida Hansbury.

—Está afectando a todo el mundo, Ken —le dijo—. No eres el único en el barrio que soporta la carga de la polio. Entre la enfermedad y el calor, no hay nadie que no tenga los nervios a flor de piel.

—Pero él la está extendiendo, señor Cantor. Estoy seguro. No debería haber perdido los estribos, sé que ese hombre es un retrasado, pero no está limpio y propaga la enfermedad. Va de un lado a otro, la baba le cae aquí y allá, estrecha la mano de todo el mundo, y así es como dispersa los gérmenes por todas partes.

—En primer lugar, Ken, no sabemos qué es lo que la propaga.

—Claro que lo sabemos. La suciedad, la mugre y la mierda —replicó Kenny, y su indignación afloró de nuevo—. Y él está sucio, mugriento y lleno de mierda, y está propagando la enfermedad. Lo sé.

En la acera, ante la casa de Kenny, el señor Cantor le tomó con firmeza de los hombros, y Kenny, estremeciéndose de repulsión, se liberó al instante de sus manos y gritó:

—¡No me toque! ¡Acaba de tocarle!

—Entra en casa —le dijo el señor Cantor, todavía sereno, pero retrocediendo un paso—. Date una ducha fría. Sosiégate, Ken, y nos veremos mañana en el centro.

—¡Usted no ve quién está propagando la enfermedad porque es un ser muy indefenso! Pero no solo es indefenso..., ¡es peligroso! ¿Es que no lo comprende, señor Cantor? ¡No sabe limpiarse el culo, así que contagia a todo el mundo!

Aquella noche, mientras miraba a su abuela que le servía la cena, se preguntó si aquel habría sido el aspecto de su madre si hubiera tenido la suerte de vivir cincuenta años más: frágil, encorvada, de huesos quebradizos, la negrura del cabello perdida décadas atrás, las hebras adelgazadas hasta reducirse a una pelusa blanca, con la piel fibrosa en la cara interior de los codos, una papada colgándole de la barbilla, articulaciones que le dolían por la mañana y tobillos que se le hinchaban y latían por la noche, la piel como papel translúcido en las manos con manchas marrones y cataratas que le habían velado y descolorido los ojos. En cuanto a la cara por encima de la ruina de su cuello, era ahora una apretada trama de finas arrugas, unos surcos tan finos que parecían ser obra de un instrumento mucho menos tosco que el cincel de la vejez, tal vez una aguja de grabar o la herramienta de un encajer, manejado por un artesano magistral para convertirla en la abuela con el aspecto más viejo de la tierra.

Cuando su madre era niña tenía un gran parecido con la abuela. Él lo había visto en fotografías, donde, por supuesto, había reparado primero en el notable parecido que él tenía con su madre, sobre todo en el retrato de estudio enmarcado que sus abuelos tenían sobre la cómoda del dormitorio. La foto, tomada para la ceremonia de graduación en la escuela secundaria cuando ella tenía dieciocho años, figuraba en el anuario de South Side correspondiente a 1919 que Bucky ojeaba a menudo cuando iba a la escuela y empezaba a descubrir que los demás chicos de la clase no eran nietos que vivían con los abuelos, sino hijos que vivían con un padre y una madre en lo que él llegó a considerar «familias reales». Comprendía mejor lo precaria que era su posición en el mundo cuando los adultos le dirigían una mirada que él aborrecía, la mirada compasiva que conocía tan bien, puesto que a veces también se la dirigían los profesores. La mirada dejaba muy claro que la intervención de los

ancianos, padres de su madre, era todo lo que se había interpuesto entre él y el lóbrego edificio de cuatro plantas y ladrillo rojo en la cercana avenida Clinton, con su negra verja de hierro y sus ventanas de cristal esmerilado cubiertas con rejillas de hierro y su gruesa puerta de madera adornada con una estrella de David blanca, y sobre el ancho dintel sobre el que estaban grabadas las cuatro palabras más tristes que había leído jamás: ASILO HEBREO DE HUÉRFANOS.

Aunque la abuela le decía que la foto de la graduación sobre la cómoda del dormitorio reflejaba a la perfección el carácter amable de su madre, no era aquella la foto de ella que Bucky prefería, debido a la oscura toga que llevaba sobre el vestido y que nunca dejaba de entristecerle, como si aquella toga de la foto fuese un augurio y presagiara su mortaja. Sin embargo, cuando sus abuelos estaban trabajando en la tienda a la vuelta de la esquina y él se encontraba solo en casa, a veces entraba en el dormitorio para deslizar la yema de un dedo por el cristal que protegía la foto, y recorría los contornos de la cara de su madre como si no hubiese cristal y el rostro fuese de carne. Lejos de sentir la presencia que buscaba, con ello no lograba sino notar más la ausencia de la persona a la que nunca había visto salvo en las fotos, cuya voz nunca había oído pronunciando su nombre, de cuyo calor maternal nunca había gozado, una madre que nunca le había cuidado, ni alimentado, ni ayudado a hacer los deberes ni lo había visto crecer hasta ser el primero de la familia en ir a la universidad. No obstante, ¿podía decir en verdad que en su infancia no había recibido suficiente cariño? ¿Por qué la auténtica ternura de una abuela amorosa era menos satisfactoria que la ternura de una madre? No debería haberlo sido, pero en lo más profundo de su ser sentía que lo era, y le avergonzaba tener semejante pensamiento.

Al cabo de tanto tiempo, de repente el señor Cantor pensaba que Dios no solo dejaba que la polio asolara el barrio de Weequahic, sino que veintitrés años atrás también había permitido que su madre,

solo dos años después de terminar la enseñanza media y más joven de lo que era él ahora, muriese de parto. Hasta entonces nunca había considerado su muerte de ese modo. Antes, gracias a los amorosos cuidados de sus abuelos, siempre le había parecido que perder a su madre al nacer era algo que tenía que sucederle, y que el hecho de que lo criaran sus abuelos era una consecuencia natural de la muerte de su madre. También que su padre fuese un jugador y un ladrón era algo que tenía que suceder y que no podría haber sido de otro modo. Pero ahora que ya no era un niño, podía comprender que si las cosas no podían ser de otro modo se debía a Dios. De no ser por Dios, de no ser por la *naturaleza* de Dios, *serían* de otra manera.

No podía repetir semejante idea a su abuela, que no era más reflexiva de lo que había sido su abuelo, y tampoco se sentía inclinado a hablar de ello con el doctor Steinberg. Aunque muy dado a la reflexión, el doctor Steinberg era también un judío observante, y podría ofenderse por los pensamientos retorcidos que la epidemia de polio inspiraba al señor Cantor. Este no quería ofender a ninguno de los Steinberg, y a Marcia, que reverenciaba los tres días sagrados judíos, tres días de oración en que asistía diligentemente a la sinagoga con su familia, a la que menos. Él quería mostrar respeto hacia todo aquello que los Steinberg tenían en mucha estima, incluida, naturalmente, la religión que compartía con ellos, aun cuando, como su abuelo —para quien el deber era una religión, más que a la inversa—, era un practicante indiferente. Y ser plenamente respetuoso siempre le había sido bastante fácil, hasta que la pérdida de sus chicos, incluidos los incorregibles hermanos Kopferman, a causa de la polio había provocado su cólera. Una cólera que no iba dirigida a los italianos ni a las moscas ni al correo ni a la leche ni al dinero ni a las malolientes granjas de Seacaucus ni al calor implacable ni a Horace; no iba dirigida a cualquier causa, por inverosímil que fuese, que la gente, abrumada por el temor y confusión, pudiera ofrecer para explicar la epidemia, ni siquiera



contra el virus de la polio, sino contra la fuente, el creador: contra Dios, que creó los virus.

—¿No vas a acabar extenuado, Eugene? —Habían terminado de cenar, y él estaba fregando los platos mientras ella, sentada a la mesa, bebía a sorbitos un vaso de agua del congelador—. Te pasas el día corriendo: primero al centro, luego a visitar a las familias de tus chicos, el domingo corres al funeral, vuelves corriendo a casa por la noche para ayudarme... Tal vez este fin de semana deberías parar un poco, con el calor que hace; sube a un tren y busca alojamiento para pasar un par de días en la costa. Tómate un respiro, hijo. Aléjate del calor. Aléjate del centro, ve a nadar. Eso te hará bien.

—Es una idea, abuela. Y no una mala idea, por cierto.

—Los Einneman pueden cuidar de mí, y el domingo por la noche volverás como nuevo. Esta polio te está extenuando. Eso no es bueno para nadie.

Durante la cena él le había hablado de los tres nuevos casos del centro, y le había dicho que más tarde, cuando regresaran del hospital, telefonaría a los familiares.

Entretanto, se oían de nuevo las sirenas, y muy cerca de la casa, algo insólito porque, que él supiera, no había habido más de tres o cuatro casos en el triángulo residencial formado por las avenidas Springfield, Clinton y Belmont. Allí tenían las cifras más bajas de todos los barrios de la ciudad. En el extremo meridional del triángulo, donde él vivía con su abuela y donde los alquileres costaban la mitad que en Weequahic, no se había registrado más que un caso de polio —la víctima había sido un adulto, un hombre de treinta años, estibador del puerto—, mientras que en el barrio de Weequahic, con sus cinco escuelas de enseñanza primaria, se habían declarado más de ciento cuarenta casos, todos ellos en niños menores de catorce años, tan solo en las primeras semanas de julio.

Sí, claro, la costa, adonde algunos de sus chicos del centro ya habían escapado con sus madres para pasar el resto del verano. Conocía una pensión cerca de la playa en Bradley, donde podría conseguir un catre del sótano por un dólar. Saltaría desde el alto trampolín de la gran piscina de agua salada en el paseo de tablas, pasaría el día entero nadando y de noche caminaría hasta Asbury Park, compraría almejas fritas y zarzaparrilla en la galería comercial y se sentaría en uno de los bancos situados ante el océano para comer contemplando cómo las olas rompían contra la orilla. ¿Qué podía estar más alejado de la epidemia de polio de Newark, qué podía ser más tonificante para él que el retumbar del océano por la noche? Aquel era el primer verano desde el comienzo de la guerra en que el peligro de que hubiera submarinos alemanes merodeando en aguas cercanas o de que desembarcaran saboteadores alemanes en la costa durante la noche se consideraba superado, en que se había revocado la orden de apagar todas las luces y, aunque la guardia costera todavía patrullaba por las playas y mantenía pequeños blocaos a lo largo de la costa, las luces volvían a estar encendidas en todo el litoral de Jersey. Eso significaba que tanto los alemanes como los japoneses estaban sufriendo derrotas demoledoras y que, tres años después de su inicio, la guerra de Estados Unidos empezaba a acercarse a su final. Significaba que sus dos mejores amigos de la universidad, Jake Garonzik, apodado Big, y Dave Jacobs, regresarían a casa ilesos, si conseguían sobrevivir los meses que les quedaban de combate en Europa. Pensó en la canción que tanto le gustaba a Marcia: «Te veré en los sitios de siempre». ¡Ese sería el día, pensó, en que podría ver a Jake y Dave en los sitios de siempre!

Nunca había superado la vergüenza de no estar con ellos, pese a que no podía hacer nada por remediarlo. Los dos habían acabado juntos en una unidad aerotransportada, y saltaron de los aviones al frente, lo que él hubiera querido hacer (exactamente lo que estaba *preparado* para hacer). Mes y medio antes, al amanecer del Día D,

formaron parte de una enorme tropa de paracaidistas que aterrizó detrás de las líneas alemanas en la península de Normandía. Como había estado en contacto con sus familias, el señor Cantor sabía que, pese a las numerosas bajas habidas durante la invasión, los dos habían sobrevivido. Siguiendo los mapas publicados por el periódico que señalaban el avance de los aliados, imaginaba que probablemente habían intervenido en la dura batalla para capturar Cherburgo a fines de junio. Lo primero que el señor Cantor buscaba en el *Newark News* que los Einneman le daban a su abuela todas las noches después de haberlo leído, eran las noticias sobre la campaña del ejército estadounidense en Francia. Luego leía el recuadro en primera plana del *News* titulado «Boletín diario de la polio», que aparecía bajo una reproducción de un cartel de cuarentena. «Consejo de Sanidad de Newark, Nueva Jersey —decía el cartel—. Prohibido pasar. En esta casa hay un caso de polio. Toda persona que viole las normas y reglamentos de aislamiento y cuarentena del Consejo o que intencionadamente retire, desfigure u obstruya este cartel sin competencia para hacerlo deberá pagar una multa de 50 dólares». El boletín de la polio, que también emitía a diario la emisora de radio local, mantenía a los ciudadanos de Newark al corriente del número y la localización de cada nuevo caso en la ciudad. Hasta ese momento del verano, lo que la gente oía o leía nunca era lo que esperaba —que la epidemia estaba remitiendo—, sino más bien que el número de casos nuevos había vuelto a aumentar el día anterior. El impacto de las cifras era, naturalmente, descorazonador, aterrador y fatigoso, pues no se trataba de los números impersonales que uno estaba acostumbrado a oír por la radio o a leer en el periódico, esos números que servían para localizar una casa o registrar la edad de una persona o establecer el precio de unos zapatos. Aquellos eran los números aterradores que reflejaban el progreso de la horrible enfermedad y que, en los dieciséis barrios de Newark, se correspondían, en impacto, con las cifras de los muertos, heridos y desaparecidos en la guerra de

verdad. Porque aquella era también una guerra de verdad, una guerra de matanza, ruina, desolación y perdición, una guerra con los estragos de la guerra: una guerra contra los niños de Newark.

Sí, ciertamente le irían bien unos días en la costa. En realidad, eso era lo que se había propuesto hacer cuando empezara el verano y Marcia se hubiera marchado: ir a la costa los fines de semana para bañarse todo el día y luego caminar por el paseo hasta Asbury y tomar su cena preferida a orillas del mar. El sótano del lugar donde alquilaba un catre estaba húmedo, el agua de la ducha común no solía estar caliente y había arena en las sábanas y las toallas, pero, después del lanzamiento de jabalina, la natación era su deporte favorito. Nadar durante dos días le ayudaría a quitarse de encima, por lo menos temporalmente, la preocupación por sus chicos afectados, dejaría de pensar en los arranques histéricos de Kenny Blumenfeld y tal vez se le borrara de la cabeza la inquina que sentía hacia Dios.

Más tarde, cuando su abuela estaba fuera de la casa con los vecinos y él acababa de fregar los platos y se había sentado a la mesa en camiseta y calzoncillos para tomar otro vaso de agua helada, le llamó Marcia. El doctor Steinberg había convenido en esperar a que el señor Cantor hablara con Marcia antes de que él o su mujer le dijeran nada acerca del compromiso, por lo que la joven llamaba sin saber nada de la conversación sostenida la víspera en el porche trasero de su casa. Le llamaba para decirle que le quería, que le echaba de menos, y para saber qué había decidido respecto a la propuesta de ir al campamento y ocupar el puesto de Irv Schlanger como director de deportes acuáticos.

—¿Qué debo decirle al señor Blomback? —le preguntó.

—Dile que sí —respondió el señor Cantor, y lo que acababa de aceptar le sorprendió tanto como el hecho de haber pedido permiso

al doctor Steinberg para comprometerse con su hija—. Dile que acepto —le dijo.

Sin embargo, había tenido la firme intención de seguir la sugerencia de su abuela: pasar el fin de semana en la costa y hacer acopio de fuerzas para volver recuperado a su trabajo. Si Jake y Dave podían lanzarse en paracaídas el Día D en la Francia ocupada por los nazis y ayudar a establecer la cabeza de playa aliada abriéndose paso hacia Cherburgo contra la férrea oposición alemana, entonces él sin duda podía enfrentarse a los peligros de la escuela Chancellor Avenue en medio de una epidemia de polio.

—¡Oh, Bucky, es fantástico! —exclamó Marcia—. Sabiendo cómo eres, temía mucho que te negaras. ¡Oh, vas a venir, vas a venir a Indian Hill!

—Tendré que llamar a O’Gara y decírselo, y habrá que buscar a alguien que me sustituya. O’Gara es el responsable de todos los centros de verano de la oficina del inspector. Eso podría llevarme un par de días.

—¡Hazlo lo más rápido que puedas!

—Tendré que hablar personalmente con el señor Blomback. Sobre el sueldo. Debo pagar el alquiler y he de pensar en mi abuela.

—Estoy segura de que el sueldo no será ningún problema.

—Y tengo que hablarte de nuestro compromiso.

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—Vamos a prometernos, Marcia. Por eso acepto el puesto. Anoche, en casa de tu padre, le pedí permiso. Iré al campamento y nos prometeremos.

—¿De veras? —replicó ella, riendo—. ¿No es la costumbre que se lo pidan a la chica, incluso una chica tan flexible como yo?

—Ah, ¿sí? Es que nunca lo había hecho antes. ¿Querrás ser mi prometida?

—¡Claro! ¡Oh, Dios mío, Bucky, qué feliz soy!

—Yo también —dijo él—. Tremendamente feliz.

Y de momento, debido a su felicidad, casi era capaz de olvidar la traición a sus chicos del centro; casi era capaz de olvidar su indignación con Dios por la criminal persecución de los niños inocentes de Weequahic. Al hablar con Marcia de su compromiso, casi era capaz de mirar al otro lado y correr en pos de la seguridad, y una vida normal, predecible y satisfactoria, vivida en tiempos normales. Pero cuando colgó el aparato se vio enfrentado a sus ideales —los ideales de veracidad y fortaleza que le había inculcado su abuelo, los ideales de valor y sacrificio que compartía con Jake y Dave, los ideales que había alimentado en su adolescencia para situarse a resguardo de la tendencia al engaño de un padre deshonesto—, sus ideales de hombre le exigían que invirtiera el rumbo de inmediato y que durante el resto del verano volviera a la tarea para la que le habían contratado.

¿Cómo podía haber hecho lo que acababa de hacer?

Por la mañana subió el material desde el almacén, organizó dos equipos y puso en marcha un partido de *softball* para el grupo de niños que se habían presentado a jugar y que era inferior a veinte. Entonces volvió al sótano para llamar a O’Gara desde su despacho y decirle que dejaba su trabajo al final de la semana y que iba a ocupar un puesto de director de deportes acuáticos en un campamento de verano en las montañas Poconos. Aquella mañana, antes de salir de casa, había oído por la radio la noticia de que había veintinueve casos nuevos de polio en la ciudad, dieciséis de ellos en Weequahic.

—Esta mañana eres el segundo —le dijo O’Gara—. Tengo a un tipo judío trabajando en el centro de la avenida Peshine que también me abandona.

O’Gara era un viejo cansado, de abdomen voluminoso y modales hostiles, que llevaba años dirigiendo los centros de verano de la ciudad y cuya habilidad como jugador de fútbol americano en

Central High en la época de la Primera Guerra Mundial seguía constituyendo la culminación de su vida. Su brusquedad no implicaba dureza necesariamente, pero desconcertó al señor Cantor, que se sentía poco de fiar y se esforzaba como un niño en buscar las palabras que justificaran su decisión. La brusquedad de O’Gara no era diferente a la de su abuelo, tal vez porque ambos la habían adquirido en las mismas calles peligrosas del Distrito Tercero. Por supuesto, su abuelo era la última persona en la que quería pensar mientras hacía algo tan contrario a su forma de ser. Quería pensar en Marcia, en los Steinberg y en el futuro, pero allí estaba su abuelo pronunciando el veredicto con una ligera entonación irlandesa.

—Al hombre cuyo puesto voy a ocupar lo han reclutado —replicó el señor Cantor—. He de partir el viernes hacia el campamento.

—Esto es lo que me pasa por darte un buen empleo tan solo un año después de haber salido de la universidad. Comprenderás que no te has ganado exactamente mi confianza gastándome una broma así. Comprenderás que si me dejas en la estacada, y en julio nada menos, no es probable que tenga ganas de contratarte nunca más, Cáncer.

—Cantor —le corrigió el señor Cantor, como lo hacía siempre cuando hablaban.

—Me tiene sin cuidado la cantidad de hombres que se incorporan al ejército —dijo O’Gara—. No me gusta que me dejen plantado en pleno verano. —Y entonces añadió—: Sobre todo, hombres que *no* están en el ejército.

—Siento marcharme, señor O’Gara, y... —hablaba en un tono más agudo de lo que se había propuesto— siento no estar en el ejército, lo siento más de lo que usted cree. —Para empeorar las cosas, añadió—: He de irme. No tengo elección.

—¿Qué? —replicó O’Gara—. ¿No tienes elección? Pues claro que la tienes. Lo que estás haciendo se llama elegir. Estás huyendo de la polio. Firmaste un contrato de trabajo, y luego aparece la polio y mandas al infierno el trabajo y el compromiso, pones pies en

polvorosa. Huyes, Cáncer, un hombre musculoso, un campeón mundial como tú. Eres un oportunista, Cáncer. Podría decir cosas peores, pero eso será suficiente. —Y entonces repitió con repulsión —: Un oportunista —como si la palabra condensara todos los instintos degradantes que podrían estigmatizar a un hombre.

—Mi prometida está en el campamento —replicó el señor Cantor de manera poco convincente.

—Tu prometida ya estaba en el campamento cuando firmaste el contrato en Chancellor.

—No, no, entonces no estábamos prometidos —se apresuró a decir, como si eso supusiera alguna diferencia para O’Gara—. Nos hemos prometido esta semana.

—De acuerdo, tienes una respuesta para todo. Como el tipo de Peshine. Vosotros los jóvenes judíos tenéis todas las respuestas. No, no sois estúpidos..., *pero tampoco lo es O’Gara, Cáncer*. De acuerdo, de acuerdo, encontraré a alguien que te sustituya, si hay alguien en esta ciudad capaz de sustituirte. Entretanto, pásatelo en grande tostado malvavisco con tu novia en ese campamento infantil.

No fue menos humillante de lo que había pensado que sería, pero lo había hecho y ya estaba superado. Solo tenía que pasar tres días más en el centro sin contraer la polio.



## 2

# INDIAN HILL

Nunca había estado en las montañas Pocono, ni pasado por los condados del noroeste de Nueva Jersey hasta Pensilvania. El tren atravesaba colinas, bosques y tierras de labor, y Bucky se sentía como si no viajara tan solo al estado vecino, sino mucho más lejos. Deslizarse por un paisaje totalmente desconocido tenía una dimensión épica, le producía una sensación que ya había experimentado en sus pocos viajes anteriores en tren (incluida la línea de Jersey que conducía a la costa), la de que estaba a punto de desplegarse un futuro nuevo y desconocido para él. Al ver la Delaware Water Gap, la espectacular hondonada entre montañas por donde fluye el río que separa Nueva Jersey de Pensilvania, a solo un cuarto de hora de la estación de Stroudsburg, donde iba a apearse, su emoción de viajero se intensificó y tuvo la certeza, irrazonable desde luego, de que ningún destructor podría rebasar tan formidable barrera natural para atraparlo.

Era la primera vez desde la muerte de su abuelo, tres años atrás, en que se separaba de su abuela, a quien cuidarían otras personas, más de un fin de semana, y la primera vez que estaría fuera de la ciudad más de un par de noches seguidas. Y era la primera vez en varias semanas en que no le abrumaban los pensamientos sobre la polio. Seguía lamentando las muertes de los dos muchachos, y pensar en todos los demás chicos afectados por la enfermedad paralizante seguía oprimiéndole, pero no tenía la sensación de haber

vacilado bajo las exigencias de la calamidad ni de que cualquiera hubiese puesto más entusiasmo en su trabajo. Provisto de toda la energía e inventiva que pudo reunir, se había enfrentado sin reservas a un reto devastador, hasta que decidió abandonar el reto y huir de la tórrida ciudad que temblaba bajo la epidemia y en la que resonaban sin cesar las sirenas de las ambulancias circulando por las calles.

En la estación de Stroudsburg, Carl, el chófer de Indian Hill, un hombretón de cara aniñada, calvo y tímido, le estaba esperando en la vieja camioneta del campamento. Carl había ido al pueblo para cargar vituallas y para recoger a Bucky. Un único e imperioso pensamiento cruzó la mente de Bucky mientras le estrechaba la mano: aquel hombre no transmitía la polio. Y observó que allí hacía fresco. ¡Incluso al sol hacía fresco!

Tras dejar la bolsa de lona en la parte trasera de la camioneta, se pusieron en marcha y avanzaron por la agradable calle principal, flanqueada por edificios de ladrillo de dos y tres plantas, que albergaban una hilera de almacenes al nivel de la calle y oficinas comerciales en los pisos superiores; y después giraron al norte y emprendieron el lento ascenso de las colinas por una carretera zigzagueante. Pasaron por delante de granjas, y Bucky vio caballos y vacas en los campos y, de vez en cuando, un campesino en un tractor. Había silos, graneros, cercas bajas de alambre, buzones rurales encima de postes de madera y ni rastro de polio. En lo alto de una larga cuesta, el chófer viró bruscamente antes de abandonar el asfalto y tomar por una estrecha carretera de tierra en cuyo inicio había un rótulo con las palabras CAMPAMENTO INDIAN HILL marcadas a fuego en la madera y, debajo, la imagen de una tienda india en un círculo de llamas, el mismo emblema que había en el lateral de la camioneta. Tras avanzar traqueteando unos tres kilómetros de carretera sin asfaltar a través del bosque —una senda serpenteante y llena de baches que, según le explicó Carl, mantenían en ese estado adrede para disuadir de acercarse a Indian Hill a cualquier

vehículo rodado que no fuera del campamento—, llegaron a un prado ovalado que señalaba la entrada al recinto. Bucky tuvo una impresión similar a la que experimentara al entrar en el estadio Ruppert con Jake y Dave para ver a los Bears de Newark el primer domingo de la temporada que jugaron en casa, cuando —tras recorrer los oscuros accesos del estadio y enfilear la luminosa pasarela que conducía a los asientos— contempló la amplia extensión de hierba segada oculta en una de las zonas más feas de la ciudad. Pero aquel era un estadio de béisbol cerrado, y lo que veía ahora eran espacios abiertos. El panorama era ilimitado, y el refugio incluso más hermoso que el campo de los Bears.

En el centro del prado ovalado se alzaba un asta metálica con la bandera estadounidense ondeando al viento y, debajo, otra bandera con el emblema del campamento. Cerca había también una tienda india, de unos tres o cuatro metros de altura, por el orificio de cuyo vértice sobresalían los largos palos de sustentación. La lona gris estaba decorada en la parte superior con dos filas de una especie de rayos zigzagueantes, y cerca de la parte inferior con una línea ondulante que debía de representar una cadena de montañas. A cada lado de la tienda había un tótem erosionado por la acción de los elementos.

Al pie de la pendiente que partía del prado se divisaba el brillo metálico de un gran lago. En la orilla había un embarcadero de madera y, a intervalos de unos quince metros, tres estrechos espigones también de madera se internaban unos treinta metros lago adentro; en el extremo de dos de los espigones estaban los trampolines. Allí debía de estar el muelle de los chicos donde se suponía que él trabajaría. Marcia le había dicho que el lago estaba alimentado por manantiales naturales. Esas palabras le parecían el nombre de un prodigio terrenal: manantiales naturales (otra manera de decir «nada de polio»). Llevaba una camisa blanca de manga corta y corbata, y al bajar de la camioneta notó en los brazos y en la cara que, aunque el sol seguía apretando, el aire era allí más fresco

incluso que en Stroudsburg. Al cargarse al hombro la bolsa de lona, le invadió la alegría de volver a empezar, el entusiasmo y la borrachera del que se siente renacer, y se habría puesto a gritar: «¡Estoy vivo, estoy vivo!».

Avanzó por un sendero de tierra hasta una pequeña construcción de troncos, donde el señor Blomback tenía su despacho. Carl había insistido en ayudarlo a cargar la bolsa y acompañarle hasta la cabaña llamada Comanche, donde el señor Cantor viviría con los chicos mayores del campamento, los quinceañeros, y su monitor. En los campamentos de chicos y chicas las cabañas llevaban el nombre de una tribu india.

Llamó a la puerta de tela metálica y le recibió calurosamente el propietario, un hombre alto y desgarrado, de cuello largo, nuez de Adán prominente y una calva bronceada apenas cubierta por un entramado de mechones grises. Debía de rondar los sesenta años, pero con los pantalones cortos caqui y el polo del campamento se le veía musculoso y en forma. Bucky sabía a través de Marcia que en 1926, cuando el señor Blomback enviudó siendo todavía muy joven, abandonó una prometedora carrera académica como subdirector del instituto West Side de Newark y, con dinero de la familia de su esposa, compró el campamento a fin de tener un sitio donde enseñar a sus dos hijos pequeños las costumbres de los indios que, como aficionado a la vida al aire libre, había llegado a amar. Ahora los muchachos eran adultos y estaban en el ejército, y el trabajo del señor Blomback a lo largo del año consistía en dirigir el campamento, asesorar al personal y visitar a las familias judías de Nueva Jersey y Pensilvania con objeto de reclutar jóvenes para la temporada del campamento. En su rústico despacho —de troncos sin desbistar, como el exterior del edificio—, había cinco tocados de plumas indios completos, colgados de ganchos, que decoraban la pared de detrás del escritorio. Fotos de grupo de campistas cubrían las paredes restantes, salvo donde había estanterías de libros, todos

ellos, según el señor Blomback, referentes a la vida y a las costumbres indias.

—Este es la biblia —le dijo a Bucky, y le tendió un grueso volumen titulado *El libro de los Woodcraft*—. Este libro fue mi inspiración. Y este también —y le ofreció un segundo volumen, más delgado, el *Manual de los indios Woodcraft*.

Obedientemente, Bucky pasó las páginas del segundo volumen, en las que había dibujos a pluma de setas y aves y hojas de un gran número de árboles, ninguno de los cuales fue capaz de identificar. Vio el título de un capítulo, «Cuarenta pájaros que todo muchacho debería conocer», y tuvo que aceptar el hecho de que él, un hombre ya hecho y derecho, no conocía más que un par de ellos.

—Estos dos libros han inspirado a todos los propietarios de campamentos —siguió diciéndole el señor Blomback—. Ernest Thompson Seton inició en solitario el movimiento de los campamentos indios. Fue un gran maestro, muy influyente. Según Seton, «el principal objetivo de la educación es la madurez. Practicamos al aire libre las actividades que, en una palabra, nos ayudan a alcanzar la madurez». Son unos libros indispensables, que sostienen en todo momento un ideal humano heroico. Aceptan al piel roja como el gran profeta de la vida al aire libre y el arte de vivir en los bosques, y emplean sus métodos siempre que son de utilidad. Proponen pruebas iniciáticas de fortaleza, siguiendo el ejemplo del piel roja. Presentan el dominio de uno mismo como fundamento de todo poder. «El heroísmo por encima de todo», dice Seton.

Bucky asintió, consciente de que se trataba de asuntos importantes, aunque era la primera vez que oía hablar de Seton.

—Cada catorce de agosto el campamento conmemora el nacimiento de Seton con un espectáculo indio. Ernest Thompson Seton es quien ha convertido el campamento del siglo veinte en uno de los máximos logros de nuestro país.

Bucky asintió de nuevo.

—Me gustaría leer esos libros —dijo mientras se los devolvía al señor Blomback—. Parecen importantes, sobre todo para educar a los chicos.

—En Indian Hill educamos a niños y niñas. Me encantará que leas estas obras. En cuanto estés instalado, ven a verme y te prestaré mis ejemplares. Unos libros incomparables, publicados cuando el siglo era joven y la nación entera, dirigida por Teddy Roosevelt, se interesaba por la vida al aire libre. Eres un regalo del cielo, muchacho. Conozco al doctor Steinberg y a su familia de toda la vida. Si los Steinberg te avalan, para mí no hay más que hablar. Voy a pedir a uno de los monitores que te enseñe el campamento, y yo mismo te llevaré a los muelles y te presentaré al personal. Todos esperaban ilusionados tu llegada. Tenemos dos objetivos: enseñar a estos jóvenes los deportes acuáticos, así como las medidas de seguridad para practicarlos.

—Aprendí los principios de ambos objetivos cuando estudiaba en la Universidad Panzer, señor Blomback. Enseño educación física en la escuela Chancellor Avenue, y la seguridad es mi preocupación principal.

—Los padres nos han confiado a sus hijos durante los meses de verano —dijo el señor Blomback—. Nuestra tarea consiste en no defraudarles. No hemos sufrido un solo accidente en el lago desde que compré el campamento hace dieciocho años. Ni uno solo.

—Puede usted confiar en que daré la máxima importancia a la seguridad.

—Ni un solo accidente —repitió con severidad el señor Blomback—. El puesto de director de deportes acuáticos es uno de los que comportan una mayor responsabilidad en el campamento. Tal vez el de máxima responsabilidad. Un accidente por descuido en el lago y todo el campamento se va al garete. Ni que decir tiene, a cada campista se le asigna un acompañante de su mismo curso. Deben entrar y salir juntos del agua. Antes y después de cada baño, así

como en los descansos, hacemos una comprobación de los acompañantes. Nadar en solitario puede acarrear la muerte.

—Me considero una persona responsable, señor. Puede confiar en mí para tener garantizada la seguridad de todos los campistas. Sé la importancia que tiene el sistema de acompañantes.

—Muy bien, todavía están sirviendo la comida —dijo el señor Blomback—. Hoy tenemos macarrones con queso. Rosbif para cenar. En Indian Hill todos los viernes se cena rosbif, haya o no haya racionamiento. Acompáñame al comedor; veremos si pueden darte algo. Y aquí tengo un polo del campamento. Quítate la corbata, ponte el polo e iremos a comer. Irv Schlanger ha dejado sus sábanas, mantas y toallas. Puedes usarlas. Los lunes se recoge la ropa para llevarla a la lavandería.

El polo era idéntico al que llevaba el señor Blomback, con el nombre del campamento en la pechera y, debajo, la tienda india en un círculo de llamas.

El comedor, un gran pabellón de madera con los costados abiertos a solo unos pasos de un camino de tablas que partía del despacho del señor Blomback junto al lago, estaba atestado de campistas, las chicas y sus monitores sentados ante mesas redondas a un lado del pasillo principal y los chicos y sus monitores en el otro lado. En el exterior el sol calentaba agradablemente, un sol benigno y amable antes que malévol, un Padre Sol nutricio, el buen dios de la claridad para una Madre Tierra fecunda y rielaba en las aguas del lago y en la exuberante vegetación de julio, de la que él sabía tan poco como de los pájaros. En el interior del espacioso pabellón reverberaban las voces infantiles, un estrépito que le recordaba lo mucho que le gustaba estar rodeado de niños y por qué le apasionaba tanto su trabajo. Durante las duras semanas que pasó expectante ante una amenaza contra la que él no podía ofrecer ninguna protección casi había olvidado lo a gusto que se sentía en situaciones como esa. Allí había niños felices y llenos de alegría a los que no ponía en peligro un enemigo cruel e invisible, y a los que un

adulto ojo avizor podía proteger de contratiempos. Por suerte sus días de impotencia ante el horror y la muerte habían concluido, y ahora volvía a estar en medio de unos niños despreocupados y rebosantes de salud. Allí podía realizar un trabajo que estaba a su alcance.

El señor Blomback lo había dejado a solas con su almuerzo, diciéndole que volvería a reunirse con él cuando hubiera terminado. En el comedor nadie sabía aún quién era Bucky ni le importaba: los chicos y los monitores charlaban alegremente mientras comían, los compañeros de cabaña hablaban y reían y en algunas mesas cantaban, como si no hubieran transcurrido unas pocas horas desde el desayuno sino muchos años desde la última vez que habían estado juntos. Bucky examinaba las mesas tratando de localizar a Marcia, quien probablemente aún no estaba al tanto de su presencia. La víspera, cuando habían hablado por teléfono, ambos habían dado por supuesto que cuando él se hubiera instalado en su cabaña y visitado los muelles, la hora de la comida habría pasado y solo entraría en el comedor para la cena.

Cuando encontró la mesa de la joven, se puso tan contento que hubo de contenerse para no levantarse de un salto y gritar su nombre. A decir verdad, los tres últimos días que pasó en el centro había temido no verla nunca más. Desde el momento en que aceptó el trabajo en Indian Hill, tuvo la certeza de que contraería la polio y lo perdería todo. Pero allí estaba ella, una muchacha de impresionantes ojos oscuros y cabello tupido, rizado y negrísimo que se había cortado para estar más cómoda en verano (en la naturaleza escasean las auténticas tonalidades negras, y el negro del cabello de Marcia era una de ellas). Cuando el otoño anterior se habían conocido en una reunión de la facultad para presentar al nuevo personal, la espléndida cabellera le llegaba a los hombros. Aquella primera tarde le atrajo de tal manera que pasó algún tiempo antes de que pudiera mirarla a los ojos cuando estaban cara a cara, o dejar de comérsela con la mirada desde lejos. Entonces la vio,



caminando con aplomo al frente de sus silenciosos alumnos, conduciéndolos hacia el auditorio, y volvió a enamorarse de ella. Que los chicos la llamaran señorita Steinberg le fascinaba.

Ahora estaba muy bronceada, y llevaba, como él, un polo blanco del campamento que realzaba su morena belleza, y en concreto sus ojos, cuyos iris le parecían no solo más oscuros sino también más redondos que los de cualquier otra persona, dos dianas de ensueño, con los círculos concéntricos negro azabache. Nunca la había visto tan bonita, aunque la impresión que daba no era tanto la de una monitora como la de una campista, pues no llevaba el atuendo de la maestra de primaria vestida con gusto que, a los veintidós años, ya exhibía la serenidad de una profesional con experiencia. Observó que se había dado unos toques de unguento blanco en la naricita infantil y le intrigó qué se estaría tratando: una quemadura del sol o una urticaria causada por la hiedra venenosa. Y entonces cruzó por su mente un pensamiento reconfortante: ieso era lo que te preocupaba allí, de eso prevenías a los niños: la hiedra venenosa!

En medio del jaleo que reinaba en el comedor era difícil captar la atención de Marcia. Bucky levantó un brazo en el aire varias veces, pero ella no le vio, aun cuando él mantuvo la mano alzada y la agitó. Entonces reparó en las hermanas de Marcia, las gemelas Sheila y Phyllis Steinberg, sentadas codo con codo a varias mesas de distancia de aquella. Tenían once años, y no se parecían en nada a su hermana mayor; eran niñas pecosas, de cabello rojizo, crespo y largo, con las piernas tan flacas que daban pena y una nariz que llevaba camino de ser como la de su padre, y ambas eran ya casi tan altas como Marcia. Bucky agitó la mano en su dirección, pero charlaban animadamente con las chicas sentadas a su mesa y tampoco le vieron. Desde el momento en que se conocieron, Sheila y Phyllis habían conquistado por completo a Bucky por su vivacidad, su inteligencia, su desparpajo, incluso por lo desgarradas que estaban empezando a ser. «Trataré a estas chicas el resto de mi vida», pensó, y la perspectiva le produjo una gran satisfacción.

«Todos formaremos parte de la misma familia». Y entonces, de repente, pensó en Herbie y Alan, que habían muerto por haber pasado el verano en Newark, y en Sheila y Phyllis, niñas casi de la misma edad que crecían sanas y saludables porque estaban pasando el verano en Indian Hill. Y Jake y Dave luchaban contra los alemanes en algún lugar de Francia mientras él estaba tan ricamente instalado en el ruidoso y alegre campamento con todos aquellos chiquillos desbordantes de vida y entusiasmo. Le asombraba cómo divergen las vidas y nuestra impotencia ante la fuerza de las circunstancias. ¿Y qué pinta Dios en todo esto? ¿Por qué sitúa a una persona en la Europa ocupada por los nazis con un fusil en las manos y a otra en el comedor de Indian Hill ante un plato de macarrones con queso? ¿Por qué sitúa a un niño de Weequahic en la Newark infestada de polio durante el verano y a otros en la espléndida reserva natural de las montañas Pocono? Para alguien como Bucky, que hasta entonces había hallado en la diligencia y el trabajo a conciencia la solución a todos sus problemas, ahora no había explicación plausible de por qué las cosas suceden como lo hacen.

—¡Bucky! —Las gemelas le habían visto y le llamaban por encima del estruendo. Estaban de pie junto a su mesa, y agitaban los brazos —. ¡Bucky! ¡Lo has conseguido! ¡Hurra!

Él les devolvió el saludo, y las gemelas señalaron con entusiasmo el lugar en que su hermana estaba sentada.

Bucky sonrió, y sus labios formaron las palabras «La veo, la veo», mientras las gemelas llamaban a Marcia.

—¡Bucky está aquí!

Marcia se levantó y miró alrededor, por lo que él también se puso de pie, y entonces la joven lo vio al fin y le lanzó un beso con ambas manos. Estaba salvado. La polio no le había derrotado.

Se pasó la tarde en los muelles, observando a los monitores — estudiantes de secundaria que tenían diecisiete años, todavía

demasiado jóvenes para que los llamaran a filas— mientras adiestraban a los campistas en la práctica de la natación y los ejercicios gimnásticos. Como en la Universidad Panzer había seguido un curso sobre enseñanza de la natación y los saltos de trampolín, todo lo que allí hacían le resultaba familiar. Parecía haber heredado un programa espléndidamente dirigido y un entorno perfecto en el que trabajar. No había un solo rincón de las instalaciones que tuviera un aspecto descuidado; diques, embarcaderos, plataformas y trampolines estaban en excelentes condiciones, y el agua era cristalina. A lo largo de todo el lago se alzaban colinas escarpadas y muy boscosas. Las cabañas de los campistas se apretujaban en las colinas bajas que se alzaban en la orilla más cercana; el campamento de las chicas comenzaba en el extremo de un ala del comedor, y el de los chicos en el otro. A unos cien metros lago adentro había una pequeña isla poblada de árboles inclinados y con la corteza blanca. Debía de ser la isla donde, según Marcia, podrían estar a solas.

La muchacha había dejado una nota para él en el despacho del señor Blomback: «No podía dar crédito a mis ojos al ver aquí a mi futuro marido. Estaré libre a las 9.30. Nos encontraremos fuera del comedor. Como les gusta decir a los niños: "Me pirro por ti". M.».

Cuando finalizaron las clases de natación y los campistas regresaron a sus cabañas a fin de prepararse para la cena del viernes y la película que seguiría, Bucky se quedó un rato a solas en el muelle, encantado por cuanto había visto durante las primeras horas de su nuevo trabajo y entusiasmado por la compañía de todos aquellos niños despreocupados y espléndidamente activos. En la orilla había trabado conocimiento con los monitores, había observado su manera de trabajar y ayudado a los niños, corrigiendo sus brazadas y su respiración, por lo que no había tenido ocasión de saltar desde el trampolín. Pero se había pasado la tarde pensando en ello, como si ese primer salto señalara el verdadero comienzo de su vida en el campamento.

Caminó por el estrecho embarcadero de madera en cuyo extremo estaba el alto trampolín, se quitó las gafas y las dejó al pie de la escala. Entonces, cegato, subió a la tabla. Veía el trecho hasta el extremo de la tabla, pero más allá no distinguía gran cosa. Las colinas, el bosque, la isla blanca, incluso el lago habían desaparecido. Estaba solo en el trampolín por encima del lago, y apenas veía nada. El aire era cálido, notaba el calor en el cuerpo, y todo lo que oía era el sonido de las pelotas de tenis al ser golpeadas y, de vez en cuando, el ruido de metal contra metal procedente de un lugar alejado del campamento donde unos campistas lanzaban herraduras a una barra. Y el aire que aspiraba no olía en absoluto a las granjas de Secaucus de Nueva Jersey. Se llenó los pulmones de aire puro e inocuo de las montañas Pocono, dio tres pasos adelante, tomó impulso y, controlando cada centímetro de su cuerpo durante el vuelo a ciegas, se arrojó con un sencillo salto del ángel al agua que solo pudo ver un momento antes de que sus brazos se abrieran paso sin dificultad en su superficie y él se sumergiera en la fría pureza del lago hasta sus profundidades.

A las seis menos cuarto se aproximaba a la entrada del comedor con los chicos de su cabaña cuando dos campistas se separaron de un grupo de niñas que pasaban con sus monitores y gritaron su nombre. Eran las gemelas Steinberg, tan parecidas que, incluso de cerca, a Bucky le costaba distinguir las.

—¡Sheila! ¡Phyllis! —exclamó mientras ellas corrían a echarse en sus brazos—. Qué buen aspecto tenéis. Hay que ver lo morenas que estáis. Y habéis vuelto a crecer. Caray, sois casi tan altas como yo.

—¡Más altas! —gritaron las chiquillas, juguetonas.

—Oh, no digáis eso —replicó Bucky—. ¡Más altas todavía no!

—¿Vas a hacer una exhibición de saltos? —le preguntó una de ellas.

—Hasta ahora nadie me lo ha pedido.

—¡Te lo pedimos nosotras! ¡Una exhibición de saltos para todo el campamento! Esos giros y volteretas hacia atrás que das en el aire.

Las chicas le habían visto saltar un par de meses atrás, cuando los Steinberg le invitaron a pasar el fin de semana del Día de los Caídos en la casa de verano que tenían en la costa, en Deal, y habían ido juntos al club de natación del que los Steinberg eran socios. Era la primera vez que pernoctaba en casa de la familia y, tras superar el nerviosismo por no saber qué iba a decirles alguien de su extracción social a unas personas tan cultas, descubrió que los padres de Marcia no podían ser más amables y cordiales. Recordaba lo bien que se lo había pasado enseñando a las gemelas a tirarse a la piscina desde el trampolín bajo, a no perder el equilibrio y tomar impulso. Al principio tenían miedo, pero al final de la tarde había logrado que se arrojaran al agua sin vacilar. Por entonces él era su ídolo, y siempre que tenían ocasión lo separaban de su hermana mayor. Y Bucky se había encariñado de las pequeñas, aquellas chicas a las que el doctor Steinberg se refería en tono admirativo como su «dúo que resplandece de manera idéntica».

—Os he echado de menos —les dijo a las gemelas.

—¿Te quedarás el resto del verano? —le preguntaron ellas.

—Claro que sí.

—¿Porque el señor Schlanger se ha ido con el ejército?

—Exacto.

—Eso es lo que dijo Marcia, pero al principio creímos que estaba soñando.

—Eso es lo que me pasa aquí: creo estar soñando —replicó Bucky—. Nos vemos luego, chicas.

Ellas, alardeando ante sus compañeras de cabaña, alzaron el rostro para besarle efusivamente en los labios.

—¡Te queremos, Bucky! —gritaron de una manera no menos efusiva mientras corrían hacia la entrada del comedor.

Bucky comió al lado de Donald Kaplow, el monitor de la cabina Comanche, un muchacho de diecisiete años que era un entusiasta

del atletismo y que lanzaba el disco en su instituto. Cuando Bucky le contó que él lanzaba la jabalina, Donald dijo que se había traído el equipo al campamento, y cuando tenía tiempo libre practicaba sus lanzamientos en un henar que estaba detrás del campamento de las chicas, el mismo lugar donde, en agosto, celebraban el Festival Indio. Le preguntó a Bucky si iría a verle alguna vez para darle algunos consejos.

—Claro que sí —respondió Bucky.

—Esta tarde le he estado observando —le dijo Donald—. Desde el porche de nuestra cabaña se ve el lago. Le he visto saltar. ¿Es saltador de competición?

—Puedo dar saltos de competición básicos, pero no, no compito.

—Nunca he conseguido saltar bien. Siempre cometo los mismos errores.

—Tal vez pueda ayudarte —dijo Bucky.

—¿En serio?

—Si tenemos tiempo, por supuesto.

—Eso es estupendo. Se lo agradezco.

—Iremos paso a paso. Probablemente todo lo que necesitas es que te corrijan unos pocos fallos, y entonces lo harás bien.

—¿No monopolizaré su tiempo?

—Qué va. Siempre que disponga de tiempo libre, puedes contar conmigo.

—Gracias una vez más, señor Cantor.

Cuando miró de nuevo al lado del comedor que ocupaban las chicas, por si veía a Marcia, su mirada se cruzó con la de una gemela Steinberg, que le saludó agitando frenéticamente el brazo. Él le sonrió y saludó a su vez, y se percató de que en menos de un día había dejado de pensar en la polio, excepto poco antes, cuando durante unos minutos Donald le había recordado a Alan Michaels. Aunque Donald era cinco años mayor y ya medía más de metro ochenta, era, como Alan, un chico apuesto, de anchos hombros, esbelto, con piernas largas y fuertes, y, como Alan, se le veía ávido

de vincularse con un instructor que le ayudara a mejorar en los deportes. Los muchachos como Alan y Donald, que parecían percibir de inmediato la seriedad de su entrega a la enseñanza y su capacidad para darles seguridad cuando la necesitaban, se sentían rápidamente atraídos por su órbita como mentor. Era más que probable que, de haber vivido, Alan hubiera sido un adolescente muy parecido a Donald Kaplow. Era más que probable que, de haber vivido Alan, de haber vivido Herbie Steinmark, Bucky no se encontrara allí y lo inimaginable no estuviera sucediendo en casa.

Bucky y Marcia cruzaron el lago en canoa. Era la primera vez que se subía a una canoa, pero Marcia le enseñó a manejar el zagual, y le bastó ver cómo daba ella unas pocas paladas para aprender. Avanzaron lentamente en la oscuridad, y cuando llegaron a la estrecha isla, que era mucho más larga de lo que parecía desde el muelle del campamento, la rodearon para desembarcar en el otro lado; una vez allí, empujaron la canoa hasta la orilla y la dejaron en un bosquecillo. Apenas habían hablado desde que se tocaron las manos delante del comedor, y corrieron al muelle de las chicas para tomar una de las canoas allí amarradas.

No había luna ni estrella alguna, solo la luz procedente de unas pocas cabañas en la colina que ascendía desde la orilla. En el comedor habían servido el rosbif, y Donald Kaplow, con su voraz apetito juvenil, había engullido una rodaja tras otra de la jugosa carne roja. En aquel momento, en la sala recreativa proyectaban una película para los chicos mayores, y el único sonido que llegaba desde el campamento era el lejano zumbido del proyector. Más cerca percibían el *vibrato* coral de las ramas, mientras que a lo lejos cada dos por tres se oía un retumbar de truenos. Estaban juntos y solos en la isla boscosa, con unos pantaloncillos caqui y un polo del campamento por toda indumentaria, y la amenaza de una tormenta no iba a hacer mella en la trascendencia de la situación ni a reducir

el estímulo que suponía la poca ropa que llevaban. Con los brazos y las piernas desnudos, permanecían en un pequeño claro entre los árboles, tan cerca uno de otro que él podía verla claramente a pesar de la oscuridad. Una noche, pocos días atrás, Marcia había ido al claro en canoa para prepararlo, adecuando el lugar para la cita con Bucky, rastrillando con las manos y retirando las hojas acumuladas el otoño anterior.

Alrededor crecía un denso bosque, cuyos árboles no eran del todo blancos, como a Bucky le había parecido desde el muelle, sino que mostraban negros tajos alrededor de su corteza, como si los hubieran marcado con un látigo. Varios de ellos tenían los troncos torcidos o tronchados, algunos casi estaban doblados sobre sí mismos, otros brutalmente arrancados y en parte derribados, algunos totalmente despojados de hojas, devastados por los elementos o las enfermedades. Los árboles aún intactos eran tan finos que habría podido rodearlos con la mano con la misma facilidad con que apretaba juguetonamente un muslo de Marcia con la abrazadera de sus diez fuertes dedos. Las ramas superiores y las ramitas inclinadas de los árboles sanos se extendían sobre el claro, creando una cúpula enrejada de hojas dentadas y de delicadas ramas delgadas y arqueadas. Era un escondite perfecto, un refugio con el que jamás habrían soñado cuando se besaban y toqueteaban en el porche delantero de los Steinberg y trataban de sofocar los sonidos fácilmente identificables que indican excitación, intenso placer y culminación.

—¿Cómo se llaman estos árboles? —le preguntó él, y extendió la mano para tocar un tronco.

De repente se había vuelto inexplicablemente tímido, igual que cuando les habían presentado en aquella primera reunión del profesorado y él se había descubierto actuando con rigidez y había puesto una cara ridículamente antinatural. Ella le había sorprendido al darle la mano al saludarlo y en su aturdimiento él no supo qué hacer con aquella mano diminuta; el atractivo de su figura menuda



incluso le impedía pensar en la manera de dirigirse a ella. El encuentro había sido muy embarazoso para un muchacho cuyo abuelo le había educado en la creencia de que no debía tomar en consideración nada que estuviera más allá de sus posibilidades, y mucho menos saludar a una muchacha que probablemente ni siquiera pesaba cuarenta y cinco kilos.

—Abedules —respondió ella—. Son abedules blancos o plateados.

—A algunos se les cae la corteza.

Retiró con facilidad una tira de delgada corteza plateada del tronco con la mano y se la mostró a Marcia, en la oscuridad, como si fuesen dos niños de excursión.

—Los indios usaban corteza de abedul para hacer sus canoas —le informó ella.

—Claro, canoas de corteza de abedul —dijo Bucky—. Nunca pensé que abedul fuese el nombre de un árbol.

Guardaron silencio y se pusieron a escuchar el rumor de la banda sonora de la película que flotaba sobre el agua, los truenos lejanos, las ranas en las inmediaciones y el ruido sordo de algo indefinido situado al otro lado del lago que golpeaba contra el dique o los embarcaderos. Le dio un vuelco el corazón cuando comprendió que podría ser el señor Blomback, que iba tras ellos en otra canoa.

—¿Por qué no hay pájaros aquí? —preguntó finalmente.

—Sí que hay, pero los pájaros no cantan de noche.

—Ah, ¿no?

—Ay, Bucky —susurró ella, en tono suplicante—. Ya está bien, ¿no crees? Desnúdame, por favor. Vamos, desnúdame de una vez.

Al cabo de varias semanas de separación, él necesitaba oír esas palabras. A decir verdad, necesitaba que aquella muchacha inteligente se lo dijera todo acerca de la vida que se desarrollaba más allá del centro de Weequahic, la pista de atletismo y el gimnasio. Necesitaba que la familia de Marcia le indicara cómo llevar una vida de hombre adulto en todos los aspectos que nadie, ni siquiera su abuelo, había abordado aún.

De inmediato él le desabrochó el cinturón y los botones de los pantaloncillos, se los bajó por las piernas hasta el suelo. Entretanto, Marcia alzó los brazos como una niña, y él le cogió primero la linterna que sostenía y luego le pasó cuidadosamente el polo por la cabeza. Ella se llevó las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador mientras él se arrodillaba y, con la sensación extraña y un tanto avergonzada de que había vivido para llegar a aquel momento, le bajó las bragas por las piernas y se las pasó por los pies.

—Los calcetines —le dijo ella, tras quitarse las zapatillas de sendas patadas.

Él le quitó los calcetines y los metió dentro de las zapatillas. Los calcetines eran blancos, estaban impecables y, como las demás prendas que ella llevaba, despedían un leve aroma a la lejía de la lavandería del campamento.

Desnuda se la veía delgada y menuda; tenía unas piernas bellamente torneadas, algo musculosas, brazos delgados, muñecas frágiles, senos pequeños en lo alto del pecho y unos pezones suaves y pálidos, que apenas sobresalían. Era un cuerpo esbelto como el de un hada y vulnerable como el de una niña. Sin duda no parecía estar familiarizada con la cópula, una impresión que no distaba mucho de la verdad. A finales de otoño, cuando la familia de Marcia había ido a Deal a pasar el fin de semana, y cuando, hacia las cuatro de la tarde del sábado, con las persianas bajadas en su dormitorio de la avenida Goldsmith, él la había desflorado —y había perdido a su vez la virginidad— Marcia le había susurrado: «Enséñame cosas del sexo, Bucky», como si fuese la menos experta de los dos. Después yacieron juntos en la cama durante horas —en la cama *de* Marcia, pensó él, la misma cama de columnas de madera tallada, dosel de chintz floreado y fleco de volantes donde dormía desde su infancia —, mientras que ella, en un tono bajo y lleno de confianza, como si no estuvieran solos en la casa desierta, le hablaba de su increíble buena suerte porque no solo le había tocado una familia maravillosa sino que además amaba a Bucky. Le habló largo y tendido sobre su

niñez, se expresó más fácilmente con ella que con cualquier otra chica que hubiera conocido jamás, con *cualquier* otra persona que hubiera conocido jamás, y le reveló todo lo que solía guardarse para sí mismo acerca de lo que le hacía feliz y lo que le entristecía.

—Soy hijo de un ladrón —le confesó, y ante su sorpresa descubrió que podía pronunciar esas palabras sin experimentar la menor vergüenza—. Mi padre fue a la cárcel por robar dinero. Es un ex presidiario. No le he visto jamás. No sé dónde vive, ni siquiera si está vivo o muerto. Si él me hubiese criado, ¿quién sabe si también me hubiera vuelto un ladrón? Solo, sin unos abuelos como los míos, en un barrio como el mío, no hubiera resultado difícil acabar siendo un vago.

Acostados cara a cara en la cama de columnas, se contaron sus vidas respectivas hasta que les envolvieron las sombras del atardecer y oscureció del todo, hasta que no les quedó nada por revelar y quedaron cara a cara, al desnudo. Y entonces, como si Bucky no estuviera lo bastante cautivado por ella, Marcia le susurró al oído algo de lo que acababa de enterarse:

—Esta es la única manera de hablar, ¿no es cierto?

—Ahora te toca a ti —le susurró Marcia después de que él la hubo desnudado.

Él se apresuró a quitarse la ropa, y la depositó al lado de la de ella en el borde del claro.

—Déjame que te mire —le dijo Marcia—. Oh, gracias a Dios.

La muchacha rompió a llorar. Él la abrazó enseguida, pero no sirvió de nada. Marcia sollozó sin poder contenerse.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Bucky.

—¡Creía que ibas a morir! —exclamó ella—. ¡Creía que ibas a quedarte paralizado y que morirías! No podía dormir, de tan asustada que estaba. Cada vez que quería estar sola y rezarle a Dios para que te mantuviera sano, venía aquí. Nunca he rezado tanto por nadie en mi vida. «¡Protege a Bucky, por favor!». ¡Ahora lloro de felicidad, cariño! ¡Soy tan feliz! ¡Estás aquí! ¡No te has contagiado!

¡Oh, Bucky, abrázame fuerte, abrázame tan fuerte como puedas!  
¡Estás a salvo!

Una vez vestidos y a punto de regresar al campamento, él no pudo contenerse y, en vez de achacar las palabras de Marcia al alivio que esta sentía y olvidarlas, dijo algo que debería haberse callado sobre las oraciones de la chica al dios que él había repudiado. Sabía que no tenía sentido finalizar un día tan importante abordando nuevamente un tema polémico, sobre todo porque nunca hasta entonces le había oído hablar a Marcia de esa manera y probablemente no volvería a oírla nunca más. Sin embargo, no pudo reprimirse. En Newark había sufrido demasiado para reprimir sus sentimientos, y había abandonado Newark y su epidemia apenas doce horas antes.

—¿Crees de veras que Dios ha atendido tus plegarias? —le preguntó.

—No puedo saberlo. Pero estás aquí, sano y salvo, ¿no es cierto?

—Eso no demuestra nada —replicó él—. ¿Por qué no atendió Dios las plegarias de los padres de Alan Michaels? Deben de haber rezado, lo mismo que los padres de Herbie Steinmark. Son buena gente, son buenos judíos. ¿Por qué Dios no hizo nada por ellos? ¿Por qué no salvó Él a sus hijos?

—Sinceramente, no lo sé —se limitó a responder Marcia.

—Yo tampoco. En primer lugar no sé por qué Dios creó la polio. ¿Qué trataba de demostrar? ¿Que en este mundo necesitamos inválidos?

—Dios no creó la polio —dijo ella.

—¿Crees que no?

—Así es. Creo que no —respondió Marcia con severidad.

—Pero ¿Dios no lo creó todo?

—Eso no es lo mismo.

—¿Por qué no?

—¿Por qué discutes conmigo, Bucky? ¿*Para qué* estamos discutiendo? Yo solo he dicho que he rezado a Dios porque estaba asustada por ti. Ahora estás aquí, no podría sentirme más feliz, y tú vas y haces de eso un tema de discusión. ¿Por qué quieres que riñamos así cuando llevamos semanas sin vernos?

—No quiero que riñamos —replicó él.

—Pues entonces no lo hagas —dijo ella, más perpleja que enfadada.

Durante todo ese rato no había dejado de tronar y los relámpagos destellaban cada vez más cerca.

—Deberíamos irnos —dijo Marcia—. Deberíamos volver mientras la tormenta está todavía a cierta distancia.

—Pero ¿cómo puede un judío rezar a un dios que ha enviado semejante maldición a un barrio habitado por miles de judíos?

—¡No lo sé! ¿Qué estás insinuando exactamente?

De repente Bucky tuvo miedo de decírselo, temió que si insistía en apremiarla para que ella comprendiera lo que él comprendía, perdería a Marcia y a su familia. Hasta entonces nunca habían discutido ni reñido. Ni una sola vez él había notado en su cariñosa Marcia el menor rastro de oposición —como tampoco, por cierto, había sucedido a la inversa—, y por ello, mientras aún había tiempo, antes de que empezara a echarlo todo a perder, Bucky se refrenó.

Juntos empujaron la canoa hasta la orilla del lago y poco después, sin hablar, remaron vigorosamente hacia el campamento y llegaron antes de que descargara el aguacero.

Cuando Bucky entró en la cabaña Comanche y se abrió camino por el estrecho pasillo entre las taquillas que había a los pies de las camas, Donald Kaplow y los demás muchachos dormían. Procurando hacer el menor ruido posible, se puso el pijama, guardó la ropa y se deslizó entre las sábanas limpias que habían sido de Irv Schlanger y con las que él había hecho la cama por la mañana. Marcia y él no se

habían separado en muy buenos términos, y Bucky seguía afligido desde que se habían dado un apresurado beso de despedida en el embarcadero y, temiendo que hubiera alguna otra causa aparte de Dios en la raíz de su primera pelea, habían corrido en direcciones opuestas hacia sus respectivas cabañas.

La lluvia empezó a azotar el tejado de la cabaña mientras Bucky yacía despierto, pensando que Dave y Jake luchaban en Francia, en una guerra de la que él había sido excluido. Pensó en Irv Schlanger, el recluta que había partido a la guerra y que la noche anterior había dormido en aquella misma cama. No podía quitarse de la cabeza el pensamiento de que todo el mundo había ido a la guerra excepto él. El hecho de que le hubieran evitado participar en la lucha, que se hubiese librado del derramamiento de sangre: todo cuanto otro podría haber considerado una bendición, para él era un tormento. Su abuelo le había educado para ser un intrépido luchador, un hombre responsable hasta la médula, dispuesto siempre a hacer el bien, y de pronto se declaraba la guerra del siglo, un conflicto entre el bien y el mal que comprometía al mundo entero, y él no tenía arte ni parte.

Pero sí que había tenido una guerra en la que luchar, la guerra que se libraba en el campo de batalla del centro, la guerra a cuyas tropas él había abandonado para ir en busca de Marcia y la seguridad de Indian Hill. Si no podía luchar en Europa o en el Pacífico, por lo menos podría haberse quedado en Newark, luchando contra el temor a la polio al lado de sus muchachos en peligro. En cambio, estaba allí, en aquel refugio libre de peligros; en cambio, había decidido abandonar Newark e ir a un campamento de verano en lo alto de una montaña y aislado del mundo, con una estrecha carretera sin pavimentar como único acceso e invisible desde el aire porque se encontraba bajo un bosque. ¿Y qué estaba haciendo allí? Jugar con niños. ¡Y eso le hacía feliz! Y cuanto más feliz se sentía, tanto más humillante era.

A pesar de la intensa lluvia que caía sobre la cabaña y convertía los campos de césped y los senderos de tierra en un barrizal, a pesar

del estrépito de los truenos que reverberaba en la cadena de montañas y de los zigzagueantes relámpagos que se abatían hacia el suelo alrededor del campamento, nada alteraba el sueño de los chicos que dormían en dos filas de catres. Aquella sencilla y acogedora cabaña de troncos, con sus coloridos banderines escolares, sus zaguales de canoa decorados, sus baúles llenos de pegatinas y sus estrechos catres de campamento bajo los que se alineaban zapatos, zapatillas y sandalias, con sus robustos y sanos adolescentes durmiendo tranquilamente, parecía hallarse lo más lejos posible de la guerra, de su guerra. Allí contaba con el afecto inocente de sus dos futuras cuñadas y con el amor apasionado de su futura esposa; y solo llegar ya había un muchacho como Donald Kaplow ansioso porque él le enseñara; allí tenía a su disposición un muelle para practicar deportes acuáticos y a su cargo docenas de muchachos enérgicos a los que enseñar y estimular; allí, al final de la jornada, tenía el alto trampolín para saltar con paz y tranquilidad. No podía haber hallado un refugio mejor en que ponerse a salvo del asesino que asolaba su barrio. Allí tenía todo aquello de lo que Dave y Jake carecían, de lo que carecían los chicos del centro de Chancellor y todo el mundo en Newark. Pero lo que él ya no tenía era una conciencia con la que pudiera vivir.

Tendría que regresar. Al día siguiente tomaría el tren en Stroudsburg y, una vez en Newark, se pondría en contacto con O'Gara y le diría que el lunes siguiente quería reanudar su trabajo en el centro. Puesto que, debido al reclutamiento, en el departamento de actividades de ocio escaseaba el personal no tendría problemas en recuperar su puesto. En total, se habría ausentado del centro un día y medio, y nadie podría decir que pasar un día y medio en las Poconos constituyera negligencia o deserción.

Pero ¿no sería un golpe para Marcia el que regresara a Newark, como si de alguna manera la estuviese castigando, sobre todo porque la noche pasada en la isla había acabado mal? Si se marchaba al día siguiente, ¿qué ocurriría con los planes que habían

hecho? Tenía pensado ir a la ciudad en cuanto tuviera una hora libre y, con los cincuenta dólares que había sacado de la cuenta de ahorro para la cocina de su abuela, comprarle a Marcia un anillo de compromiso en la joyería... Pero no podía preocuparse, ni por el anillo de Marcia ni por el hecho de que ella no comprendiera los motivos de su marcha ni por dejar al señor Blomback en la estacada ni por decepcionar a Donald Kaplow o a las gemelas Steinberg. Había cometido un profundo error. Había cedido precipitadamente al temor y, bajo el maleficio de ese temor, había traicionado a sus chicos y se había traicionado a sí mismo, cuando todo lo que hubiera tenido que hacer era quedarse donde estaba y hacer su trabajo. Al intentar rescatarlo de Newark por amor, Marcia había acabado por inducirlo a minar su autoestima como un tonto. Los niños de aquel campamento se las arreglarían muy bien sin él. Aquello no era una zona de guerra. Indian Hill *no* era el lugar donde le necesitaban.

Fuera, justo cuando parecía que no podía llover con mayor intensidad, la tormenta alcanzó un crescendo asombroso y empezó a chorrear una cascada del tejado a dos aguas de la cabaña por encima de los canalones, mientras cortinas de lluvia se abatían al otro lado de las ventanas cerradas. ¿Y si llovía así en Newark, y llovía durante días seguidos, millones y millones de gotas de agua azotaban las casas, los callejones y las calles de la ciudad? ¿Se llevaría la polio toda aquella agua? Pero ¿por qué especulaba sobre lo que no existía y no podía existir? ¡Tenía que irse a casa! Sentía el impulso de levantarse y de meter sus pertenencias en la bolsa de lona, para coger el primer tren de la mañana. Pero no quería despertar a los muchachos ni dar la impresión de que huía presa del pánico. Así era como había llegado allí: presa del pánico. Se marchaba tras haber recuperado el valor para enfrentarse a una experiencia terrible cuya realidad era innegable, pero cuyos peligros no podían compararse con los que amenazaban a Dave y Jake mientras luchaban por consolidar las posiciones de los Aliados en Francia.



En cuanto a Dios, resultaba fácil tener un alto concepto de él en un paraíso como Indian Hill. Las cosas eran distintas en Newark, como lo eran en Europa o en el Pacífico, en el verano de 1944.

A la mañana siguiente la tormenta había pasado, el sol brillaba demasiado y el tiempo, así como el entusiasmo de los chicos que iniciaban la jornada libres de miedo eran demasiado estimulantes para que Bucky pudiera imaginar que nunca más se levantaría entre las paredes de aquella cabaña llenas de banderines de una docena de escuelas. Y era demasiado horrible contemplar la posibilidad de poner en peligro su futuro al abandonar precipitadamente a Marcia. Desde el porche de la cabaña veía el panorama de la brillante e inmóvil superficie del lago en el que se había zambullido al final de su primer día en el campamento y, a lo lejos, la isla a la que habían ido en canoa para hacer el amor bajo el dosel de las hojas de abedul; era imposible renunciar a todo ello al cabo de un solo día. Incluso le fortalecía ver el suelo de tablas empapadas en la entrada de la cabaña, donde el viento había arrojado agua al porche y a través de la puerta mosquitera; incluso esa señal normal de un aguacero torrencial le apoyaba de alguna manera en su decisión de quedarse. Bajo un cielo al que la tormenta había dejado límpido y terso como una cáscara de huevo, con los pájaros que trinaban y volaban por encima de su cabeza y en compañía de aquellos niños felices, ¿cómo podría actuar de otro modo? Él no era médico ni enfermero, no podía regresar a una tragedia cuyas condiciones no estaba en su mano cambiar.

Olvídate de Dios, se dijo. Al fin y al cabo, ¿desde cuándo Dios es asunto tuyo? Y entonces, representando el papel que sí era asunto suyo, fue a desayunar con los chicos, llenándose los pulmones del aire fresco y puro de la montaña, libre de toda contaminación. Mientras avanzaban en tropel por el prado de la ladera, un intenso aroma a hierba húmeda, que Bucky experimentaba por primera vez,

se alzaba de la tierra empapada por la lluvia y parecía confirmarle que se encontraba en armonía con la vida. Siempre había vivido en un piso de la ciudad con sus abuelos, y nunca hasta entonces había notado en la piel esa mezcla de calor y frescura que se siente una mañana de julio en la montaña, ni conocido la plenitud de la emoción que puede suscitar. Había algo tan vivificante en pasar la jornada laboral en aquel lugar sin límites, algo tan cautivador en desnudar a Marcia en la oscuridad de una isla deshabitada, algo tan emocionante en irse a dormir bajo una tormenta de truenos y relámpagos y, al despertar, encontrarse con la que parecía ser la primera mañana en que el sol brilló sobre la actividad humana... Estoy aquí, se dijo, y soy feliz; y lo era, en efecto, animado incluso por el chapoteo que producían sus zapatos al pisar la hierba mojada. ¡Todo está aquí! ¡Paz! ¡Amor! ¡Salud! ¡Belleza! ¡Niños! ¡Trabajo! ¿Qué otra cosa podía hacer si no quedarse? Sí, todo lo que veía, olía y oía era una reveladora premonición del fantasma de la felicidad futura.

Aquel mismo día, un poco más tarde, se produjo un extraño incidente, algo que, según decían, nunca había ocurrido hasta entonces en el campamento de Indian Hill. Apareció un enorme enjambre de mariposas, y durante cerca de una hora, en plena tarde, revolotearon erráticamente por los campos de juego, se posaron en las redes de las pistas de tenis y en los racimos de algodoncillo que crecía con profusión en los lindes del campamento. ¿Habían llegado de noche, impulsadas por los fuertes vientos de la tormenta? ¿Se habían extraviado durante su migración hacia el sur? Pero ¿por qué migraban cuando el verano acababa de empezar? Nadie, ni siquiera el monitor experto en naturaleza, conocía la respuesta. Habían aparecido en masa y después de examinar uno por uno los arbustos, las briznas de hierba, los árboles, los tallos de enredadera, las frondas de helecho, los hierbajos y los pétalos de las flores del campamento de la montaña, cambiaron de rumbo y prosiguieron su vuelo hacia dondequiera que se dirigiesen.

Mientras Bucky estaba en la plataforma, observando las caras iluminadas por el sol que se mecían en el agua, una de las mariposas se posó en su hombro desnudo y empezó a succionar. ¡Qué extraordinario! ¡Bebía los minerales de su sudor! ¡Fantástico! Permaneció inmóvil, mirando a la mariposa por el rabillo del ojo hasta que el insecto alzó el vuelo y desapareció. Más tarde, al contar el episodio a los chicos en la cabaña, les dijo que aquella mariposa parecía diseñada y pintada por los indios, con dibujos de colores naranja y negro en sus alas nervadas y con el borde negro minuciosamente salpicado de puntitos blancos. Lo que no les dijo fue que se había quedado tan asombrado de que la espléndida mariposa se alimentara en su piel que, una vez hubo emprendido el vuelo, se permitió creer a medias que también aquello debía de ser un augurio de pródigos días futuros.

En Indian Hill nadie temía a las mariposas que cubrían el campamento y formaban una brillante nube en el aire. Más bien todos sonreían encantados ante aquel silencioso y enérgico revoloteo, y campistas y monitores por igual se alegraban de verse rodeados por la ingrátida fragilidad de las innumerables y coloridas alas en movimiento. Algunos campistas salieron de sus cabañas blandiendo redes para cazar mariposas, y los niños más pequeños corrían como locos en pos de las mariposas que subían y bajaban, tratando de cogerlas con las manos extendidas. Todo el mundo era feliz, porque todo el mundo sabía que las mariposas no pican ni propagan enfermedades, sino que diseminan el polen que hace que crezcan las plantas. ¿Qué podría ser más saludable?

Sí, el centro de Newark había quedado atrás. Bucky no se marcharía de Indian Hill. Allí era presa de la polio, aquí era alimento para las mariposas. El titubeo, una dolorosa debilidad que no había conocido hasta entonces, ya no trastocaría su seguridad respecto a lo que era preciso hacer.

A aquellas alturas del verano, los principiantes del campamento masculino habían superado la etapa en la que aprendían a hacer burbujas en el agua y a practicar la flotación bocabajo, y como mínimo nadaban al estilo perro; muchos habían ido más allá y practicaban el estilo espalda y el crol elementales, y unos pocos niños saltaban ya al agua profunda y nadaban unos seis metros hasta la parte menos profunda del lago. Bucky contaba con cinco monitores a sus órdenes, y aunque parecían expertos en la instrucción de chicos de todas las edades y en dirigir el programa de natación que él supervisaba, desde el primer día el joven se metió en el agua para adiestrar a los «plomos», como les llamaban los monitores, es decir los muchachos que tenían menos seguridad en sí mismos, que progresaban lentamente y que parecían carecer de flotabilidad natural. Bucky caminaba por el embarcadero hasta la plataforma en la zona profunda donde un monitor instruía a los chicos mayores en los saltos de trampolín. Dedicaba cierto tiempo a los que se esforzaban por mejorar su estilo mariposa, pero siempre volvía a los pequeños, se metía en el agua con ellos y les hacía patear, ejecutar el movimiento de tijeras y practicar el estilo rana; los tranquilizaba sosteniéndolos con las manos y diciéndoles que él estaba allí y que no corrían peligro de tragar agua y mucho menos de ahogarse. Al finalizar la jornada en el muelle, pensaba exactamente lo mismo que cuando empezó a estudiar en la universidad, que no existía trabajo más satisfactorio que el de enseñar a un muchacho la práctica de un deporte, junto con el adiestramiento básico, la seguridad y la confianza de que todo irá bien, y ayudarle a superar el temor a una experiencia nueva, tanto en natación como en boxeo o en béisbol.

Un día inigualable, y vendrían muchos más. Antes de la cena las gemelas le darían la bienvenida con un húmedo beso en los labios, le habrían estado esperando en los escalones del comedor y

gritarían «¡Un beso! ¡Un beso!» nada más verle, y además le había prometido a Donald Kaplow que después de cenar practicarían saltos de trampolín. Luego, a las nueve y media, iría a la oscura isla con su futura esposa, que había dejado otra nota dentro de un sobre en el despacho del señor Blomback. «Más. Reúnete conmigo. M.». Ya había hablado con Carl y este había aceptado llevarlo a Stroudsburg durante la semana, para comprarle a Marcia el anillo de compromiso.

Una media hora después de la cena, mientras los chicos de su cabaña jugaban a *softball* en el campo de béisbol junto al asta de la bandera, Bucky y Donald fueron a la plataforma, desde donde el primero observaría los saltos de trampolín del segundo. Donald empezó con un salto hacia delante, uno hacia atrás y un salto de carpa.

—¡Muy bien! —le dijo Bucky—. No entiendo por qué encuentras defectos a estos saltos.

Donald sonrió al oír el cumplido, pero preguntó de todos modos:

—¿Es correcta mi aproximación? ¿Y qué me dices de la dificultad?

—Puedes estar seguro de que son correctas —respondió Bucky—. Sabes lo que quieres hacer y lo haces. Tu salto de carpa es modélico. Primero la parte superior del cuerpo se dobla y las piernas no hacen nada. Entonces la parte inferior del cuerpo asciende por detrás mientras la cabeza y los brazos permanecen firmes. Correcto en todos los detalles. ¿Das el salto mortal hacia atrás? Veámoslo. Ten cuidado con el trampolín.

Donald era un saltador natural, y no mostraba ninguno de los defectos que Bucky podría haber esperado ver en el salto mortal de espalda. Cuando Donald emergió después de tirarse al agua y se apartó el pelo de los ojos, Bucky le dijo:

—Un buen giro, enérgico. El agrupado, bonito y ceñido. El ritmo, el equilibrio...; en conjunto, muy bien.

Donald salió del agua, subió a la plataforma y se secó con la toalla que le había lanzado Bucky.

—¿No hace demasiado fresco? —le preguntó Bucky—. ¿Tienes frío?

—No, qué va —respondió Donald.

Hacía un sol aún radiante y el ancho cielo todavía era azul, pero la temperatura había descendido casi diez grados desde la cena. A Bucky le resultaba difícil creer que solo unos días atrás él y sus chicos del centro habían padecido aquel calor que incubaba la pestilencia causante de los estragos que asolaban su ciudad y que enloquecía a la gente de temor. Y producía vértigo percatarse de que en aquellas montañas todo, absolutamente todo, había cambiado a mejor. ¡Ojalá en Newark la temperatura pudiera descender así y mantenerse tan baja durante el resto de julio y en agosto!

—Estás temblando —le dijo Bucky—. Seguiremos mañana a la misma hora. ¿Qué te parece?

—Solo el salto mortal adelante, por favor —respondió Donald—. Lo haré primero desde el extremo del trampolín. —Adoptó su posición con los brazos extendidos, los codos flexionados y las rodillas ligeramente dobladas—. Este es mi mejor salto.

—Concéntrate —replicó Bucky—. Primero brazos arriba y luego el agrupado.

Donald se preparó, y a continuación saltó adelante y arriba, giró juntando las extremidades al cuerpo, cayó de cabeza y efectuó una entrada vertical clásica en el lago.

—¿Lo he hecho mal? —preguntó Donald cuando emergió.

Tuvo que ponerse la mano a modo de visera sobre los ojos a causa del sol poniente y el centelleo deslumbrador del agua.

—No —respondió Bucky—. Por un instante has separado un poco las manos de las piernas, pero eso no importa gran cosa.

—¿De veras? Déjeme hacerlo de nuevo. —El muchacho nadó a braza hasta la escala—. Déjeme hacerlo bien.

—De acuerdo, As —dijo Bucky, riendo al llamarlo con el sobrenombre que le habían puesto a él en la calle cuando era un crío de orejas puntiagudas, antes de que interviniera su abuelo para

imponerle su apodo definitivo—. Un último salto mortal adelante y nos vamos.

Esta vez Donald partió del comienzo de la tabla, con su aproximación y despegue habituales, y efectuó con pericia el salto. Sus manos se movieron de manera impecable desde las espinillas hasta los lados de las rodillas y a continuación, hasta los lados de los muslos.

—¡Estupendo! —exclamó Bucky cuando el muchacho apareció en la superficie—. Altura y giro perfectos. Bonito y enérgico de principio a fin. ¿Dónde están todos esos errores que me has dicho que cometes? No he visto ninguno.

—Señor Cantor —le dijo el chico con excitación mientras trepaba a la plataforma—, déjeme que le enseñe cómo hago el medio giro y el salto de carpa hacia atrás, y entonces nos iremos. Déjeme terminar la secuencia. No tengo frío, de veras.

—Pero yo sí —dijo Bucky, riendo—, y eso que estoy seco y llevo camisa.

—Bueno, esa es la diferencia entre tener diecisiete años o veinticuatro —replicó Donald.

—Veintitrés —puntualizó Bucky, riendo de nuevo y lleno de satisfacción, tanto por Donald y su perseverancia como por saber que Marcia y las gemelas estaban a pocos pasos de distancia. Era casi como si ya fueran una familia, como si Donald, solo seis años menor que él, fuese hijo suyo y de Marcia e, incongruentemente, sobrino de las gemelas—. Mira —le dijo—, la temperatura está bajando en picado. Tenemos todo el resto del verano para practicar aquí.

Le lanzó a Donald su sudadera para que se la pusiera y además le pidió que se pusiera la toalla alrededor de la cintura del bañador mojado.

Cuando subían por la empinada cuesta hacia la cabaña, Donald le dijo:

—En cuanto cumpla los dieciocho quiero enrolarme en las fuerzas aeronavales. Mi mejor amigo se enroló hace un año. Nos escribimos continuamente. Me ha hablado de la instrucción. Es dura. Pero quiero ir a la guerra antes de que termine. Me gustaría pilotar un avión y combatir contra los japoneses. No he pensado en otra cosa desde el ataque a Pearl Harbor. Tenía catorce años cuando empezó la guerra, a esa edad ya sabía lo que pasaba y deseaba hacer algo. Quiero estar presente cuando los japoneses se rindan. ¡Será un gran día!

—Ojalá se te presente la oportunidad —le dijo Bucky.

—¿Qué le ha impedido enrolarse, señor Cantor?

—La vista. Este trasto. —Se dio unos golpecitos en las gafas con una uña—. Mis amigos más íntimos están luchando en Francia. Saltaron en paracaídas sobre Normandía el Día D. Ojalá hubiera estado con ellos.

—Yo sigo la guerra del Pacífico —dijo Donald—. El conflicto terminará pronto en Europa. Es el principio del fin para Alemania. Pero en el Pacífico todavía habrá una larga lucha. El mes pasado, en las Marianas, destruimos ciento cuarenta aviones japoneses en dos días. Imagine lo que debe de ser participar en esos combates.

—Aún queda mucho que luchar en ambos frentes —replicó Bucky—. No te lo perderás.

Cuando subían los escalones de la cabaña Comanche, Donald le preguntó:

—¿Podría mirar cómo hago el resto de los saltos mañana por la noche después de cenar?

—Claro que sí.

—Y gracias por dedicarme tanto tiempo, señor Cantor.

Y en el porche de la cabaña Donald le tendió la mano con cierta rigidez, una formalidad sorprendente y halagadora al mismo tiempo. Una sola sesión de saltos de trampolín y ya eran como viejos amigos, pero antes de separarse del muchacho al declinar de aquel hermoso día de verano, le asaltó el doloroso recuerdo de todos los



chicos del centro de Chancellor a los que había abandonado. Por más que quisiera disfrutar de todo lo que le rodeaba, aún no podía borrar por completo el pensamiento de su acto inexcusable y del lugar donde ya no lo tenían en consideración.

Entre la hora en que dejó a Donald y la que había convenido para encontrarse con Marcia fue a la oficina del campamento, donde había un teléfono público, para llamar a su abuela. Probablemente no la encontraría en casa, pues la imaginaba sentada fuera, en una silla playera, con los Einneman y los Fisher, pero resultó que, si bien se esperaba que al día siguiente volviera el calor, había habido un descenso de la temperatura durante veinticuatro horas y la anciana se había sentado en el piso con las ventanas abiertas y el ventilador en marcha, y estaba escuchando la radio. La mujer le preguntó cómo estaba, se interesó por Marcia y las gemelas y, cuando él le comunicó que iba a comprometerse con la joven, le dijo:

—Mi Eugene... No sé si reír o llorar.

—Reír —replicó él, riendo.

—Sí, me siento feliz por ti, cariño, pero ojalá tu madre hubiera vivido para ver esto. Ojalá hubiera vivido para ver al hombre en que se ha convertido su hijo. Ojalá el abuelo pudiera estar aquí. Su nieto le entusiasmaría. Qué orgulloso estaría. La hija del doctor Steinberg.

—También a mí me gustaría que estuviera aquí, abuela —dijo Bucky—. Pienso mucho en él. Ayer pensé en él, cuando me tiré al lago desde el trampolín. Recuerdo que me enseñó a nadar en la Asociación de Jóvenes Hebreos. Tenía unos seis años. Me arrojó a la piscina y ya está. ¿Cómo te encuentras, abuela? ¿Te cuidan bien los Einneman?

—Claro que sí. No te preocupes por mí. Los Einneman son muy atentos, y de todos modos aún soy capaz de cuidar de mí misma. Eugene, tengo que decirte algo. Ha habido treinta nuevos casos de polio en el barrio de Weequahic. Setenta y nueve en toda la ciudad

solo en el último día. Se trata de cifras récord. Y ha habido más casos de polio en el centro de Chancellor. Me llamó Selma Shankman. Me dijo los nombres de los chicos y los anoté.

—¿Quiénes son, abuela?

—Espera a que me ponga las gafas y busque el papel —respondió ella.

Varios monitores hacían cola ante la cabina, esperando para usar el teléfono, y él les indicó a través del vidrio que solo tardaría unos minutos más. Entretanto, esperó aterrorizado a oír los nombres. Se preguntó por qué había que lisiar a los niños, a qué obedecía una enfermedad que lisiaba a los niños. ¿Por qué destruir a nuestros niños insustituibles? Son los mejores niños del mundo.

—¿Eugene?

—Aquí estoy.

—A ver. Estos son los nombres. Estos son los chicos hospitalizados. Billy Schizer y Erwin Frankel. Y uno muerto.

—¿Quién ha muerto?

—Un chico llamado Ronald Graubard. Cayó enfermo y murió de la noche a la mañana. ¿Le conocías?

—Sí, abuela, le conozco. Le conozco del centro y de la escuela. Los conozco a todos. Ronnie ha muerto. No puedo creerlo.

—Siento tener que decírtelo —replicó su abuela—, pero he pensado que, como mantenías una relación tan estrecha con esos chicos, querrías saberlo.

—Tenías razón. Claro que quiero saberlo.

—Hay quien pide que se imponga la cuarentena en Weequahic —le informó ella—. Están hablando de eso en el Ayuntamiento.

—¿Todo Weequahic en cuarentena?

—Sí. Lo cerrarían con barricadas para que nadie pudiera entrar ni salir. Cerrarían las líneas de Irvington y Hillside y luego las avenidas Hawthorne y Elizabeth. Eso es lo que dice el periódico de esta tarde. Incluso han publicado un plano.

—Pero ahí viven decenas de millares de personas, gente que tiene empleo y que ha de ir a trabajar. No pueden encerrarlos de esa manera, ¿verdad?

—Las cosas están mal, Eugene. La gente ha puesto el grito en el cielo. Están aterrados. Todo el mundo teme por sus hijos. Gracias a Dios que estás lejos. Los conductores de autobús de las líneas ocho y catorce no quieren ir a Weequahic a menos que les den mascarillas protectoras. Algunos no están dispuestos a ir de ninguna manera. Los carteros se niegan a llevar el correo. Los camioneros que transportan mercancías para los almacenes, las tiendas, las gasolineras, etcétera, tampoco quieren ir allá. Los forasteros pasan en coche con las ventanillas cerradas pese al calor que hace. Los antisemitas dicen que es por culpa de los judíos el que la polio se propague en esa zona. La culpa es de todos los judíos..., por eso Weequahic es el centro de la parálisis y por eso habría que aislar a los judíos. Se diría que algunos creen que la mejor manera de librarse de la epidemia de polio sería quemar Weequahic con todos los judíos dentro. Hay mucho resentimiento debido a las barbaridades que dice la gente a causa del miedo. Del miedo y del odio. Yo nací en la ciudad, y no había visto una cosa igual en toda mi vida. Es como si todo se viniera abajo.

—Sí, parece que las cosas están muy mal —dijo él mientras introducía la última moneda en la ranura del teléfono.

—Por cierto, Eugene, casi se me olvidaba. Están cerrando los centros de verano. No solo el de Chancellor, sino los de toda la ciudad.

—Ah, ¿sí? Pero el alcalde estaba decidido a mantenerlos abiertos.

—Lo dice el periódico de esta tarde. Van a cerrar todos los sitios donde se reúnen niños. Tengo el artículo delante. Los niños menores de dieciséis años no podrán ir al cine. Cierran la piscina municipal, la biblioteca con todas sus sucursales y las escuelas dominicales. Sale en el periódico. De seguir así, es posible que las escuelas no abran a

comienzos de curso. Te leeré la primera línea: «Existe la posibilidad de que las escuelas públicas...».

—Pero ¿qué dice concretamente de los centros de verano?

—Nada. Solo figuran en una lista de instalaciones que el alcalde está cerrando.

Así pues, si se hubiera quedado en Newark unos días más, no habría tenido que abandonar su puesto, sino que le habrían relevado, habría quedado libre para hacer lo que quisiera e ir adonde le gustara. Si se hubiera quedado, nunca habría tenido que telefonear a O'Gara y escuchar lo que este tenía que decirle. Si se hubiera quedado, nunca habría tenido que dejar a su suerte a sus niños y cargar durante toda la vida con ese acto inexcusable.

—Aquí está, en el titular —dijo su abuela—. «Día récord en los casos de polio de la ciudad. El alcalde cierra instalaciones». ¿Quieres que te envíe el artículo, cariño? ¿Lo recorto?

—No, no. Hay gente esperando para hablar por teléfono y, además, no tengo más monedas. He de irme. Ya hablaremos.

Marcia le estaba esperando en la entrada del comedor, y juntos, con gruesos suéteres porque hacía un frío impropio de la estación, se dirigieron al lago, subieron a la canoa y navegaron en medio de una bruma creciente, y un silencio roto tan solo por el sonido de los zaguales al sumergirse en el agua. Al llegar a la isla, la rodearon y, una vez estuvieron en el otro lado, arrastraron la canoa hasta la orilla. Marcia se había traído una manta. Él le ayudó a extenderla en el claro.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó ella—. ¿Qué te pasa?

—Noticias de mi abuela. Setenta y nueve casos más en Newark de la noche a la mañana. Treinta nuevos casos en Weequahic. Tres nuevos casos en el centro. Dos hospitalizados y uno muerto, Ronnie Graubard. Un chico despierto, brillante, lleno de vida, y ha muerto.

Marcia le tomó la mano.

—No sé qué decir, Bucky. Es terrible.

Él se sentó sobre la manta y ella se acomodó a su lado.

—Yo tampoco sé qué decir —replicó el joven.

—¿No crees que deberían cerrar el centro? —le preguntó Marcia.

—Ya lo han hecho. Los han cerrado todos.

—¿Cuándo?

—Hoy. Mi abuela me ha dicho que el alcalde los cierra.

—Es una buena decisión, ¿no? Debería haberlo hecho mucho tiempo atrás.

—Debería haberme quedado, Marcia. Debería haber seguido en mi puesto mientras el centro estuviera abierto.

—Pero si llegaste hace apenas dos días...

—Me marché. No hay nada más que decir. Es un hecho. Me marché.

La atrajo más hacia sí sobre la manta.

—Ven, tiéndete aquí conmigo —le dijo, y la estrechó contra su pecho. Permanecieron abrazados sin hablar. No había nada más que él pudiera decir o pensar. Se había marchado mientras todos los chicos se quedaban, y ahora había dos más enfermos y otro muerto.

—¿Es en esto en lo que has estado pensando desde que llegaste aquí? ¿En que te marchaste?

—Si estuviera en Newark habría asistido al funeral de Ronnie. Si estuviera en Newark habría visitado a las familias. Pero estoy aquí.

—Nada te impide hacerlo cuando vuelvas.

—No es lo mismo.

—Pero aunque te hubieras quedado, ¿qué podrías haber hecho?

—La cuestión no es *hacer...*, la cuestión es estar allí! ¡Ahora debería estar allí, Marcia! ¡Pero estoy en lo alto de una montaña, en medio de un lago!

Siguieron abrazados sin hablar. Debieron de transcurrir quince minutos. En lo único que Bucky podía pensar era en sus nombres, y lo único que podía ver eran sus caras: Billy Schizer. Ronald Graubard. Danny Kopferman. Myron Kopferman. Alan Michaels. Erwin Frankel.

Herbie Steinmark. Leo Feinswog. Paul Lippman. Arnie Mesnikoff. En lo único que podía pensar era en la guerra de Newark y en los chicos de los que él había huido.

Debieron de transcurrir otros quince minutos antes de que Marcia hablara de nuevo.

—Las estrellas son increíbles —dijo en voz baja—. En casa nunca ves unas estrellas como estas. Apuesto a que es la primera vez que contemplas un cielo nocturno tan lleno de estrellas. —Él no dijo nada—. Mira cómo las hojas dejan pasar la luz de las estrellas cuando se mueven —prosiguió ella—. Y el sol —añadió al cabo de un instante—, ¿has visto antes el sol cuando empezaba a ponerse? Parecía estar muy cerca del campamento, como un gong que pudieras golpear con solo alzar la mano. Todo cuanto está ahí arriba es tan inmenso —añadió, todavía tratando vana e ingenuamente de evitar que él se sintiera indigno—, y nosotros somos infinitesimales.

Sí, pensó Bucky, y hay algo todavía más infinitesimal que nosotros. El virus que lo destruye todo.

—Escucha —le dijo Marcia—. Chiss. ¿Oyes eso?

Poco antes había tenido lugar una reunión en la sala de recreo, y los campistas que se habían quedado a limpiar debían de haber puesto un disco para que la música les acompañara mientras recogían botellas de gaseosa y barrían el suelo, y el resto de los chicos iban con sus monitores a las cabañas antes de que apagaran las luces del campamento. Por encima del silencioso y oscuro lago les llegaron las notas de la canción del verano favorita de Marcia. Era la canción que sonaba en el tocadiscos automático del local de Syd el día que Bucky fue a dar el pésame a la familia de Alan, el mismo día que Yushy, el barman, notificó que Herbie también había muerto.

—«Te veré —le cantó Marcia con voz queda— en los sitios de siempre...». —Y entonces se puso en pie, hizo levantarse a Bucky y, decidida a no permitir que se desanimara más, y sin saber qué otra cosa hacer, se puso a bailar con él—. «... que este corazón mío acepta —cantó con la mejilla apretada contra su pecho— durante

todo el día...». —Y al entonar las últimas palabras alzó la voz de forma suplicante.

Él se plegó a los deseos de Marcia y evolucionaron lentamente en medio del claro que habían hecho suyo, recordando la noche anterior a la partida de la muchacha en dirección a Indian Hill, a fines de junio, cuando bailaron igual que en ese momento al compás de la música que emitía la radio en el porche de la familia de Marcia. Aquella noche lo único que les preocupaba era que ella se iba fuera todo el verano.

—«En aquel pequeño café —cantó ella, la voz tenue y susurrante —, el parque al otro lado del camino...».

En medio del bosquecillo de abedules, de troncos y ramas tronchados por el viento en los duros inviernos de las montañas Pocono, tal como Marcia había explicado, los dos se estrechaban con los brazos sin parálisis, balanceándose al compás de la música con las piernas sin paralizar, y con los torsos sin paralizar pegados y ahora solo oían la letra de la canción con intermitencias: «... cuanto es ligero y alegre... pienso en ti... cuando la noche es nueva... viéndote», hasta que la música cesó. Al otro lado del lago alguien había levantado la aguja del tocadiscos y lo había apagado; las luces de la sala de recreo se habían extinguido a la vez y les llegaban las voces de los chicos que se deseaban mutuamente las buenas noches. Entonces se encendieron las linternas, y desde la pista de baile de la isla, Bucky y Marcia vieron los puntos luminosos que titilaban aquí y allá mientras los niños, sanos y salvos, sin temor, ilesos, recorrían el camino de regreso a las cabañas.

—Nos tenemos el uno al otro —susurró Marcia y, quitándole las gafas, le besó ávidamente la cara—. No importa lo que ocurra en el mundo, tenemos nuestro amor. Te lo prometo, Bucky, siempre te cantaré, te querré y, pase lo que pase, siempre estaré a tu lado.

—Es verdad, tú tienes mi amor, y yo tengo el tuyo —le dijo él.

Sin embargo, ¿de qué les sirve eso a Billy, Erwin y Ronnie?, pensó. ¿De qué les sirve eso a sus familias? Abrazándose, besándose

y bailando como adolescentes enamorados que no saben nada..., ¿de qué le servía a nadie?

Cuando regresó a la cabaña, donde todos dormían profundamente tras un día dedicado a dar caminatas, nadar y jugar a la pelota, encontró sobre su cama una nota de Donald. «Llame a su abuela», decía. ¿Que la llamara? Pero si había hablado con ella solo un par de horas antes. Abandonó la cabaña apresuradamente, y corrió hacia la cabina telefónica preguntándose qué le habría sucedido a su abuela y pensando que nunca debería haberla dejado sola para ir al campamento. Naturalmente, no podía valerse por sí misma, y menos con aquellos dolores en el pecho cada vez que trataba de subir la compra por la escalera. La había dejado sola, y ahora había sucedido alguna desgracia.

—Soy Eugene, abuela. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Tengo que darte una noticia. Por eso he llamado al campamento. No quiero alarmarte, pero he pensado que querrías saberlo enseguida. No es una buena noticia, Eugene, de lo contrario no te habría puesto una conferencia. Es más bien una tragedia. Hace unos minutos ha telefoneado la señora Garonzik desde Elizabeth. Quería hablar contigo.

—Jake —dijo Bucky.

—Sí, Jake ha muerto.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—En combate, en Francia.

—No puedo creerlo. Era indestructible. Era un muro de ladrillo. Era alto como una torre y pesaba más de cien kilos. Desbordaba energía. ¡No puede haber muerto!

—Me temo que es cierto, cariño. Su madre ha dicho que lo han matado en combate. Ahora no recuerdo en qué ciudad. Debería haberlo anotado. Eileen está allí con la familia.



La mención de Eileen le hizo estremecerse de nuevo. Jake había conocido en el instituto a Eileen McCurdy, que sería su novia mientras estudiaba en la universidad. Iban a casarse y a establecerse en Elizabeth en cuanto él regresara de la guerra.

—Era tan fuerte y tenía tan buenos modales... —decía su abuela—. Jake era uno de los chicos más simpáticos que trajiste a casa. Es como si lo estuviera viendo aquí, en la cocina, la primera noche que vino contigo a cenar. Dave vino también. Jake quería «comida judía». Se comió dieciséis *latkes*.

—Sí, lo recuerdo. Y nos reímos, todos nos reímos. —Ahora las lágrimas se deslizaban por el rostro de Bucky—. Pero Dave está vivo. Dave Jacobs está vivo.

—Eso no lo sé, cariño. No tengo manera de saberlo. Supongo que sí. Espero que sí. No he oído nada. Pero según las noticias de esta noche, la guerra no va bien en Francia. Han dicho por la radio que hay muchos muertos. Terribles combates contra los alemanes. Muchos muertos y muchos heridos.

—No puedo perder a mis dos amigos —replicó Bucky con un hilo de voz, y al colgar no regresó a la cabaña sino que se encaminó al muelle.

Pese a que soplaba una brisa fresca, se sentó en la plataforma de los trampolines y contempló la oscuridad, repitiéndose los epítetos halagadores que le aplicaban a Jake en las páginas deportivas del periódico universitario: Toro Jake, el Gran Jake, la Mole Jake... Imaginar a Jake muerto le resultaba tan imposible como imaginarse muerto a sí mismo, lo cual no le servía, sin embargo, para dejar de llorar.

Hacia la medianoche regresó al embarcadero, pero en vez de subir la cuesta hasta la cabaña, dio media vuelta y recorrió de nuevo el paseo de tablas hacia la plataforma de los trampolines. Lo recorrió hasta que una débil luz empezó a iluminar el lago, y recordó que con una luz similar otro de sus seres queridos muertos, su abuelo, tomaba té caliente en un vaso, un té aromatizado en invierno con un

dedo de *schnapps*, antes de ir a comprar la verdura del día al mercado de la calle Mulberry. Cuando no había colegio, a veces Bucky le acompañaba.

Aún se esforzaba en dominarse para regresar a la cabaña antes de que alguno se despertara, cuando los pájaros del bosque empezaron a cantar. Amanecía en el campamento Indian Hill. Pronto se oiría el murmullo de voces infantiles desde las cabañas, y enseguida estallaría el alegre griterío de todos los días.

Una vez a la semana los campamentos de chicos y de chicas celebraban por separado la Noche India. A las ocho todos los chicos formaban un círculo alrededor de la fogata en un amplio claro que había muy por encima del lago. En el centro del círculo había un hoyo bordeado de piedras lisas. Allí los troncos se amontonaban en posición horizontal, entrecruzados como en una cabaña de madera, con dos grandes y pesados troncos en la base y los demás progresivamente más pequeños hasta alcanzar un metro de altura. Los troncos de la fogata estaban rodeados por una barrera de pequeños cantos rodados de pintoresca irregularidad. A unos tres metros de la barrera de piedra comenzaba el círculo de bancos. Los asientos eran de troncos partidos con las bases de piedra, y se extendían concéntricamente hacia afuera; cuatro círculos en total, divididos en tres secciones. El bosque estaba a unos seis metros detrás del último círculo de bancos. El señor Blomback llamaba a la estructura el Círculo del Consejo, y a la reunión semanal el Gran Consejo.

En el borde del Círculo del Consejo había una tienda india, más grande y con una ornamentación más compleja que la tienda en la entrada del campamento. Era la Tienda del Consejo, decorada en la parte superior con franjas rojas, verdes, amarillas, azules y negras, y en la parte inferior con una cenefa roja y negra. También había un tótem, con la cabeza de un águila tallada en la parte superior y,

debajo, una gran ala sin desplegar sobresalía rígidamente a cada lado. Los colores dominantes del tótem eran negro, blanco y rojo; los dos últimos eran los colores de guerra del campamento. El tótem tenía una altura de cuatro metros y medio, y cualquiera podía verlo desde un bote en el lago. Hacia el oeste, al otro lado del lago, las chicas celebraban su propia Noche India; el sol empezaba a ponerse y cuando hubiera finalizado el Gran Consejo habría oscurecido. Solo se oían amortiguados los sonidos de después de la cena procedentes de la cocina junto al comedor, mientras más allá del lago se desarrollaba un espectáculo celeste de estrías luminosas, una cascada de lava naranja oscuro, rosa brillante y rojo sangre que señalaba el prolongado final del día. Un lento e iridiscente crepúsculo veraniego se extendía sobre Indian Hill, un ostentoso regalo del dios del horizonte, si existía semejante deidad en el panteón indio.

Los muchachos y sus monitores, convertidos en «pieles rojas» para la sesión, llegaron al Gran Consejo vestidos con prendas que en gran parte procedían del taller de artesanía. Todos llevaban en la cabeza cintas tachonadas de cuentas, y vestían blusas con flecos confeccionadas a partir de camisas normales y polainas que eran pantalones con flecos cosidos en la costura exterior. Calzaban mocasines, algunos de cuero hechos en el taller de artesanía, mientras que muchos otros eran zapatillas deportivas que llegaban hasta el tobillo, donde habían fijado los flecos y las cuentas como si fueran mocasines. Varios chicos lucían plumas en las cintas de la cabeza —plumas de pájaro que habían encontrado en el suelo del bosque—, algunos brazaletes con cuentas atados varios centímetros por encima del codo, y muchos sujetaban zaguales pintados con símbolos coloreados, como el tótem, de rojo, negro y blanco. Otros cargaban al hombro arcos que habían tomado en préstamo en la choza de tiro al arco —los arcos, pero no las flechas—, y unos pocos llevaban tamtanes simulados de tensa piel de becerro y palillos de mango decorado con cuentas que habían confeccionado en las

sesiones de trabajos manuales. Varios sostenían matracas que no eran más que latas de levadura en polvo decoradas y con guijarros en el interior. Los campistas más jóvenes se habían envuelto en sus mantas de cama, como si fuesen túnicas indias, que también servían para mantenerse calientes mientras descendía la temperatura nocturna.

El monitor de trabajos manuales había confeccionado el atuendo indio de Bucky. Al igual que a los demás, le habían oscurecido la cara con polvo de cacao para simular la tez de los indios, y le habían aplicado dos franjas diagonales —«pintura de guerra»— en cada mejilla, una negra trazada con carbón y la otra roja trazada con lápiz de labios. Estaba sentado junto a Donald Kaplow y el resto de los chicos de la cabaña Comanche en el banco. En todas partes los chicos hablaban ruidosamente y bromeaban, hasta que dos campistas con tambores de piel de becerro se levantaron de los bancos y se acercaron a las piedras que bordeaban los troncos de la fogata y, uno frente al otro, se pusieron a tocar con solemnidad los tambores, mientras otros, provistos de matracas, empezaron a sacudirlas, sin que ni siquiera dos llevaran el mismo compás.

Acto seguido todo el mundo se volvió para mirar hacia la tienda india. El señor Blomback salió por la abertura ovalada con un tocado de plumas blancas con las puntas marrones alrededor de la cabeza, que se extendía sobre su espalda en una cola hasta más abajo de la cintura. La blusa, las polainas e incluso los mocasines estaban minuciosamente decorados con flecos de cuero, tiras de cuentas y largos copetes que parecían de cabello humano pero que probablemente procedían de una peluca femenina comprada en la tienda de todo a cinco y diez centavos. Con una mano asía un hacha —«el hacha de guerra del gran jefe Blomback», le susurró Donald— cubierto de plumas, y con la otra una pipa de la paz, consistente en un largo tubo de madera que finalizaba en una cazoleta de arcilla, con más plumas pegadas a lo largo del tubo.

Todos los campistas se levantaron hasta que el señor Blomback avanzó con expresión impasible desde la tienda india hasta el centro del Círculo del Consejo. Dejaron de sonar tambores y matracas, y los campistas ocuparon sus asientos.

El señor Blomback entregó el hacha de guerra y la pipa de la paz a los dos tambores y, cruzándose teatralmente de brazos, miró a los campistas sentados en los bancos circulares. La espesa capa de polvo de cacao que se había aplicado no cubría del todo su prominente nuez de Adán, pero por lo demás tenía un parecido asombroso con un jefe auténtico. En el pasado había empleado el saludo de los pieles rojas, alzando el brazo derecho con la mano abierta, y los chicos le devolvían colectivamente el saludo, gruñendo a la vez «¡Agh!». Pero fue preciso abandonar esa costumbre con la llegada a la escena mundial de los nazis, que empleaban el mismo saludo para decir «¡Heil, Hitler!».

—Cuando el primer antropoide brutal se puso en pie y caminó erecto —empezó a decir el señor Blomback—, ¡apareció el hombre! El gran acontecimiento quedó simbolizado y señalado al encenderse la primera fogata de campamento.

Donald se volvió hacia Bucky y le susurró:

—Nos suelta el mismo rollo todas las semanas. Los críos no entienden una sola palabra. Imagino que no es peor de lo que ocurre en la sinagoga.

—Durante millones de años —siguió diciendo el señor Blomback— nuestra especie ha visto en este fuego bendito el medio y el emblema de la luz, el calor, la protección, una reunión amistosa, el consejo.

Hizo una pausa mientras un avión sobrevolaba el campamento, algo que ahora sucedía a todas horas. Al comienzo de la guerra habían instalado una base aérea a poco más de cien kilómetros al norte, e Indian Hill se hallaba en su ruta.

—El carácter sagrado del pensamiento antiguo —dijo el señor Blomback—, del hogar, el fuego, la casa, se centra en este

resplandor, y el mismo vínculo familiar se debilita con la desaparición del fuego doméstico. Solo el antiguo fuego sagrado de leña tiene el poder de tocar y hacer vibrar las cuerdas del recuerdo primitivo. Tu compañero ante la fogata del campamento se gana tu afecto, y tras haber acampado juntos en paz, tras haberos maravillado juntos con el sol de la mañana, la luz del crepúsculo, las estrellas, la luna, las tormentas, la puesta del sol, la oscuridad de la noche, vuestro vínculo es duradero, por muy separados que puedan estar vuestros mundos respectivos.

Descruzó los brazos bordeados de flecos, los extendió hacia los campistas reunidos allí y estos, como un solo hombre, respondieron al torrente de palabras grandilocuentes:

—La fogata del campamento es el centro de la hermandad primitiva. No dejaremos de usar su magia.

Los tambores tocaron de nuevo con un ritmo del tamtan, y Donald le susurró a Bucky:

—Son palabras de un historiador de los indios, un tal Seton. Ese es su dios, y esas son sus palabras. El señor Blomback utiliza el mismo nombre indio que Seton: Lobo Negro. No cree que todo esto sea una sarta de tonterías.

Entonces, en la primera fila, un hombre con la máscara de un ave de gran pico se puso en pie y se aproximó a la pila de leña. Hizo una inclinación de cabeza al señor Blomback, y se dirigió a los campistas.

—*Meetah Kola nayhoon-po omnicheeyay neechopi.*

—Es nuestro hechicero —susurró Donald—. Se llama Barry Feinberg.

—Escuchadme, amigos míos —siguió diciendo el hechicero, traduciendo su frase india al inglés—. Estamos a punto de celebrar un consejo.

Un chico de la primera fila avanzó con varios trozos de madera en la mano, uno en forma de arco, otro un palo de unos treinta

centímetros de longitud con un extremo afilado y varias piezas más pequeñas. Los depositó en el suelo cerca del hechicero.

—Ahora vamos a encender el fuego del consejo —dijo el hechicero— a la manera de los hijos del bosque, no como lo hace el hombre blanco, sino (como el mismo Wakonda enciende su fuego), restregando dos árboles en medio de la tormenta, a fin de que brote el fuego sagrado de la leña del bosque.

El hechicero se arrodilló, y muchos campistas se levantaron para observar cómo empleaba el arco, el palo largo y puntiagudo y los demás trozos de madera, intentando prender fuego.

—Esto puede tardar un buen rato —le susurró Donald a Bucky.

—Dudo incluso de que pueda hacerse —susurró Bucky a su vez.

—El jefe Lobo Negro lo consigue en treinta y un segundos. Para los campistas es más difícil. A veces tienen que renunciar y hacerlo a la manera del impotente hombre blanco, encendiendo una cerilla.

Algunos de los campistas se habían puesto en pie sobre los bancos para ver mejor la escena. Al cabo de unos minutos, el señor Blomback se acercó furtivamente al hechicero y, gesticulando mientras hablaba, le dio instrucciones en voz baja.

Todo el mundo esperó un rato más hasta que los campistas gritaron entusiasmados cuando vieron primero el humo y luego una chispa que, al soplarla, produjo una llamita en la yesca de pinaza seca y virutas de corteza de abedul. La yesca a su vez prendió la broza en la base de los troncos, y los campistas salmodiaron al unísono: «¡Fuego, fuego, fuego, arde! ¡Llamas, llamas, llamas, girad! ¡Humo, humo, humo, elévate!».

Entonces, con el plañidero ritmo alto-bajo-bajo-bajo de los dos tamtanes, comenzó la danza: los *mohawk* realizaron la danza de la serpiente, los *senecas* la del caribú, los *oneidas* la del perro, los *hopis* la del maíz y los *sioux* la de la hierba. En una danza los guerreros saltaban vigorosamente en el aire con las cabezas erguidas, mientras que otra se caracterizaba por saltitos sobre la parte anterior de la planta del pie, como si dieran un doble brinco

con cada pie; en una tercera los danzarines sostenían ante ellos astas de ciervo, hechas con ramas torcidas y atadas. Unas veces aullaban como lobos y otras gañían como perros, y al final, cuando ya era completamente de noche y solo las llamas de la fogata iluminaban el Círculo del Consejo, veinte campistas, todos ellos armados con garrotes de guerra y provistos de collares de cuentas y garras, partieron en busca de Mishi-Mokwa, el Gran Oso. Representaba a Mishi-Mokwa el chico más fornido del campamento, Jerome Hochberger, cuya cama estaba a la altura de la de Bucky al otro lado del pasillo. Jerome se había cubierto la cabeza con un viejo abrigo de piel que le debía de haber pertenecido a la madre de algún campista.

—Soy el intrépido Mishi-Mokwa —gruñó Jerome desde dentro del abrigo—. Yo soy el poderoso oso pardo de la montaña, rey de las praderas occidentales.

El guía de los cazadores, Shelly Schreiber, también se alojaba en la cabaña de Bucky. Con el fuerte tamborileo a sus espaldas y la luz de la fogata iluminándole la cara pintada, Shelly dijo:

—Estos son mis guerreros elegidos. Vamos a cazar a Mishi-Mokwa, el Gran Oso de las montañas, el que devasta las fronteras de nuestro territorio. Estad seguros de que daremos con él y lo mataremos.

Entonces uno de los niños pequeños se puso a gritar:

—¡Matadlo! ¡Matadlo! ¡Matad a Mishi-Mokwa!

Los cazadores lanzaron un grito de guerra y bailaron como si fueran osos sobre las patas traseras. Entonces se pusieron a buscar la pista del Gran Oso, husmeando el suelo de forma ostensible. Cuando dieron con él, el oso se levantó lanzando un fuerte gruñido que arrancó gritos de pavor a los niños sentados en los bancos cercanos.

—¡Eh, Mishi-Mokwa! —exclamó el jefe de los cazadores—. Te hemos encontrado. Si no vienes aquí antes de que haya contado hasta cien, diré de ti en todas partes que eres un cobarde.



De repente el oso saltó sobre ellos, y mientras los campistas gritaban entusiasmados, los cazadores se pusieron a golpearle hasta dejarlo sin sentido con sus garrotes de paja envueltos en arpillera. Cuando quedó tendido en el suelo, envuelto en el abrigo de piel, los cazadores danzaron alrededor de Mishi-Mokwa, y sosteniendo una zarpa sin vida cada uno, gritaron: «¡Jau, jau, jau!». El entusiasmo de los campistas continuaba, y su regocijo al verse rodeados de asesinato y muerte era enorme.

A continuación dos monitores, uno bajito y el otro alto, identificados como Pluma Corta y Pluma Larga, contaron una serie de relatos de animales que hicieron gritar a los niños más pequeños de fingido terror, y entonces el señor Blomback, que se había quitado el tocado de plumas, dejándolo al lado de la pipa de la paz y el hacha de guerra, dirigió a los muchachos en la interpretación de conocidas canciones de campamento durante unos veinte minutos, a fin de que volvieran a la realidad tras la excitación de jugar a indios, y a continuación les dijo:

—Y ahora comentaré las noticias bélicas importantes de la última semana. Veamos lo que ha sucedido lejos de Indian Hill. En Italia, el ejército británico cruzó el río Arno y entró en Florencia. En el Pacífico, las fuerzas de asalto de Estados Unidos invadieron Guam, y a Tojo...

—¡Fuera! ¡Fuera Tojo!

—A Tojo, el primer ministro de Japón —siguió diciendo el señor Blomback—, lo han obligado a dimitir como jefe del Estado Mayor del ejército japonés. En Gran Bretaña, el primer ministro Churchill...

—¡Viva Churchill!

—... predijo que la guerra contra Alemania llegaría a su fin antes de lo esperado. Y aquí mismo, en Chicago, Illinois, como muchos de vosotros sabéis ya, la Convención Nacional Demócrata ha elegido al presidente Roosevelt para un cuarto mandato.

Al llegar a ese punto, la mitad de los campistas se levantaron, gritando «¡Hurra! ¡Hurra, presidente Roosevelt!», mientras alguien

tocaba frenéticamente uno de los tamtanes y otro sacudía una matraca.

—Y ahora —dijo el señor Blomback cuando volvió el silencio—, dado que las tropas norteamericanas luchan en Europa y en el Pacífico, y dado que todos vosotros, lo mismo que yo, tenemos parientes en el frente, la penúltima canción para poner fin a esta reunión alrededor del fuego será «Dios bendiga a América». La dedicaremos a todos los que esta noche se encuentran en ultramar, luchando por nuestro país.

Después de que se hubieran puesto en pie y cantado «Dios bendiga a América», los muchachos levantaron los brazos enfundados en mangas con flecos, se cogieron de los hombros y — con una hilera de campistas ladeándose en una dirección y las filas que estaban delante y detrás inclinándose en la otra—, cantaron «Hasta que volvamos a encontrarnos», el himno de camaradería que clausuró serenamente la Noche India. Cuando la cantaran durante la última Noche India de la temporada, muchos de los campistas a punto de regresar a casa tendrían lágrimas en los ojos.

Entretanto, solo Bucky lloraba al oír «Dios bendiga a América» y al recordar a su gran amigo de la universidad, en quien no dejaba de pensar desde que se había enterado de su muerte luchando en Francia. Durante las ceremonias se había esforzado por prestar atención a lo que sucedía alrededor de la fogata, así como por escuchar a Donald que cotorreaba en voz baja a su lado, pero en lo único en que realmente podía pensar era en la muerte y la vida de Jake, en todo lo que habría hecho si hubiera vivido. Mientras los chicos cazaban el Gran Oso, Bucky había recordado el encuentro universitario a nivel estatal en la primavera de 1941, cuando Jake no solo estableció un récord en la Universidad Panzer sino un récord en todas las universidades norteamericanas al lanzar el peso a 24,68 metros. Un reportero del *Newark Star-Ledger* le preguntó cómo lo había hecho. Con una ancha sonrisa, y mostrándole a Bucky su trofeo con el pequeño lanzador de pesos en lo alto, inmobilizado en

la postura de lanzar el peso, Jake se lo dijo. «Es fácil —aseguró, guiñando un ojo—. El hombro izquierdo está alto, el derecho está más alto, el codo derecho está incluso más alto y la mano derecha es la que está más alta de todos. Ese es el sistema. Hazlo así, y el lanzamiento se resolverá por sí mismo». Fácil. Para Jake todo era fácil. Sin duda habría participado en los Juegos Olímpicos, se habría casado con Eileen al regresar a casa, habría conseguido un empleo como entrenador en la universidad... Con un talento como el suyo, ¿qué podría habérselo impedido?

*En torno a la hoguera,  
bajo las estrellas rutilantes,  
esta noche nos hemos reunido como camaradas.  
A nuestro alrededor los árboles susurran  
y guardan nuestros recuerdos dorados.  
Y así, antes de que el sueño nos cierre los ojos,  
prometámonos mantener vivas  
las amistades de Indian Hill  
hasta que volvamos a encontrarnos.*

Tras la canción de despedida, los campistas se levantaron de los bancos, formaron en parejas y siguieron a sus monitores rodeando la fogata agonizante que a continuación extinguirían dos monitores subalternos. Mientras regresaban a las cabañas y la luz titilante de sus linternas desaparecía en el bosque, los muchachos lanzaban un grito de guerra de vez en cuando, y algunos pequeños tapados con la manta, todavía bajo el hechizo de las rugientes llamas de la fogata, gritaba alegremente «¡Jau, jau, jau!». Otros enfocaban la luz de la linterna a su barbilla y hacían muecas y abrían mucho los ojos, y ponían unas caras monstruosas para asustar a los demás por última vez antes de que hubiera terminado la Noche India. Durante cerca de una hora se oyó reverberar las voces y las risas de los niños

desde una cabaña hasta otra, e incluso después de que todo el mundo estuviera durmiendo el olor del humo de leña impregnaba el campamento.

Transcurrieron seis días serenos —los mejores días del campamento hasta entonces, en los que la espléndida luz de julio se extendía por doquier, seis días de mediados del verano en la montaña que eran como otras tantas obras maestras, cada una de ellas una réplica de las otras—, y la noche del sexto día, a las tres de la madrugada, una sombra se dirigió al lavabo de la cabaña Comanche tambaleándose y presa de movimientos espasmódicos, como si tuviera cadenas en los tobillos. La cama de Bucky se encontraba en el extremo de una hilera al otro lado de la pared del baño, y al despertarse oyó que alguien estaba vomitando. Recogió las gafas de debajo de la cama y recorrió el pasillo con la mirada para ver quién era. La cama vacía era la de Donald. Se levantó y, acercando los labios a la puerta del baño, dijo en voz baja:

—Soy Bucky. ¿Necesitas ayuda?

—Debe de ser algo que he comido —replicó Donald con voz débil—. Enseguida me pondré bien.

Pero no tardó en vomitar de nuevo, y Bucky, en pijama, esperó sentado en el borde de la cama a que Donald volviera del baño.

Gary Weisberg, cuya cama estaba al lado de la de Bucky, se había despertado y, al ver a este sentado, se irguió sobre los codos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Donald. Tiene el estómago revuelto. Vuelve a dormirte.

Finalmente Donald salió del baño, y Bucky le puso una mano en el codo y le deslizó un brazo alrededor de la cintura para ayudarlo a regresar a la cama. Tras acostarlo, le tomó el pulso.

—Normal —susurró Bucky—. ¿Cómo te encuentras?

Donald respondió con los ojos cerrados.

—Agotado. Tengo escalofríos.

Al tocarle la frente, Bucky notó que la tenía muy caliente.

—¿Quieres que te lleve a la enfermería? Fiebre y escalofríos. Tal vez debería verte la enfermera.

—Me pondré bien —dijo Donald—. Solo necesito dormir.

Pero por la mañana Donald estaba tan débil que no podía levantarse de la cama para cepillarse los dientes, y Bucky le puso de nuevo la mano en la frente.

—Voy a llevarte a la enfermería.

—Es la gripe —dijo Donald—. Por tirarme al agua cuando hacía frío. —Trató de sonreír—. No puedo decir que no me lo advirtieran.

—Probablemente se deba al frío, pero sigues teniendo fiebre, y deberías estar en la enfermería. ¿Sientes dolor? ¿Te duele algo?

—La cabeza.

—¿Te duele mucho?

—Bastante.

Los chicos de la cabaña se habían ido a desayunar sin Donald y Bucky. En vez de perder el tiempo esperando a que Donald se cambiara de ropa, Bucky le puso el albornoz encima del pijama y le calzó las zapatillas a fin de que pudiera caminar hasta la pequeña enfermería que había cerca de la entrada del campamento. Una de las dos enfermeras de Indian Hill estaría allí de guardia.

—Déjame que te ayude —le ofreció Bucky.

—Puedo hacerlo yo solo —replicó Donald.

Pero cuando quiso levantarse, le resultó imposible y, sobresaltado, cayó hacia atrás sobre la cama.

—Es la pierna —dijo.

—¿Qué pierna? ¿Las dos?

—La pierna derecha. Está como paralizada.

—Vamos a llevarte al hospital.

—¿Por qué no puedo caminar? —De repente la voz de Donald temblaba de temor—. ¿Por qué no puedo usar la pierna?

—No lo sé —respondió Bucky—. Pero los médicos lo averiguarán y te pondrás bien. Espera. Procura sosegartte. Llamaré a una

ambulancia.

Corrió tan rápido como pudo cuesta abajo hacia el despacho del señor Blomback, pensando: Alan, Herbie, Ronnie, Jake..., ¿no era suficiente? ¿Ahora también Donald?

El director del campamento estaba en el comedor, desayunando con los campistas y monitores. Bucky aflojó el paso y al entrar en el comedor vio al señor Blomback en su asiento habitual en la mesa del centro. Era una de las mañanas preferidas de los campistas, pues el cocinero servía panqueques y flotaba en el aire el olor de los ríos de sirope de arce que inundaban los platos.

—Señor Blomback —le dijo en voz baja—. ¿Puede salir un momento? Se trata de algo urgente.

El señor Blomback se levantó, y los dos salieron; cuando se hubieron alejado un poco del comedor Bucky dijo:

—Creo que Donald Kaplow tiene la polio. Le he dejado en la cama. Se le ha paralizado una pierna. Le duele la cabeza. Tiene fiebre y ha vomitado durante la noche. Será mejor que pidamos una ambulancia.

—No, una ambulancia alarmará a todo el mundo. Lo llevaré al hospital en mi coche. ¿Estás seguro de que es la polio?

—Tiene la pierna derecha paralizada —respondió Bucky—. No puede apoyarse en ella. Está extenuado. Parece la polio, ¿no?

Bucky corrió cuesta arriba mientras el señor Blomback lo seguía con el coche y aparcaba ante la cabaña. Tras cubrir a Donald con una manta, Bucky y el señor Blomback lo sacaron al porche que daba al lago. Durante la ausencia de Bucky la pierna no paralizada de Donald se había debilitado, por lo que, mientras lo bajaban por la escalera y lo llevaban al coche, arrastraba los pies deslavazados.

—No hables todavía con nadie —le dijo el señor Blomback a Bucky—. Debemos evitar que el pánico cunda entre los chicos y los monitores. Ahora voy a llevarlo al hospital. Desde allí llamaré a su familia.

Cuando Bucky miró al muchacho tendido en el asiento trasero del coche y con los ojos cerrados, que empezaba a tener dificultades para respirar, recordó que la segunda noche en el lago había ejecutado los saltos incluso con más confianza, con mayor suavidad y equilibrio que la primera; recordó lo robusto que era y que, una vez finalizado su repertorio, él le había adiestrado durante media hora más en el salto del ángel. Y recordó que Donald se superaba a sí mismo con cada salto.

Bucky dio unos golpecitos en la ventanilla y Donald abrió los ojos.

—Te pondrás bien —le dijo, y el señor Blomback encendió el motor. Bucky corrió junto al coche gritando—: Volveremos a tirarnos al lago dentro de pocos días.

No obstante sus palabras, observó que el deterioro del muchacho era evidente y la expresión de sus ojos espantosa: dos ojos febriles que exploraban el rostro de Bucky, buscando con frenesí una panacea que nadie podía proporcionarle.

Por suerte, los campistas aún estaban desayunando, y Bucky subió corriendo los escalones de la cabaña para hacer la cama de Donald lo mejor que pudo sin la manta con la que le había abrigado. Entonces salió al porche para contemplar el lago, donde el personal bajo su mando se reuniría al cabo de un rato, y se planteó la pregunta obvia: ¿Quién ha traído la polio aquí si no yo?

A los chicos de la cabaña les dijeron que habían llevado a Donald al hospital debido a un catarro intestinal, y que permanecería allí hasta que se restableciera. En realidad, una punción lumbar en el hospital confirmó que Donald Kaplow tenía la polio; el señor Blomback se lo notificó a sus padres, quienes partieron hacia Stroudsburg desde su casa de Hazleton. Bucky trabajó en el muelle junto a los monitores, se metió en el agua con los pequeños y se subió al trampolín, corrigiendo los saltos de los niños mayores, que estaban locos por saltar y, si hubieran podido, no habrían hecho nada más en todo el día. Entonces, una vez finalizada su jornada de

trabajo y cuando los campistas estaban de regreso en sus cabañas, cambiándose de ropa para cenar, se quitó las gafas, subió al trampolín alto y durante media hora se concentró en ejecutar todos los saltos difíciles que conocía. Cuando hubo terminado, salió del agua y se puso las gafas, aún no se había quitado de la cabeza lo ocurrido..., la rapidez con que había sucedido ni la idea de que había sido culpa suya. Ni la idea de que también él había originado el brote de polio en el centro de Chancellor. De repente oyó un fuerte grito. Era el grito de la mujer que vivía un piso por debajo de la familia Michaels, aterrada ante la posibilidad de que su hijo enfermara de la polio y muriese. Pero no había oído el grito: él era el grito.

Aquella noche fueron de nuevo a la isla en la canoa. Marcia aún no sabía nada de la enfermedad de Donald Kaplow. El señor Blomback se proponía informar a todo el campamento al día siguiente durante el desayuno, en compañía del doctor Huntley, el médico de Stroudsburg que les visitaba regularmente y al que, junto con las enfermeras del campamento, recurrían en general para tratar problemas como la tiña, el impétigo, la conjuntivitis aguda, las irritaciones por hiedra venenosa y, en el peor de los casos, un hueso roto. Aunque el señor Blomback esperaba que algunos padres sacaran inmediatamente a sus hijos del campamento, confiaba en que con la ayuda del doctor Huntley para minimizar el temor y reducir el posible pánico podrían seguir funcionando con normalidad hasta el fin de la temporada. Así se lo había confiado a Bucky cuando regresaron del hospital, y le recordó que no hablara del asunto con nadie y que lo dejara todo en sus manos. El estado de Donald había empeorado. Ahora sentía unos agudísimos dolores en los músculos y en las articulaciones, y probablemente necesitaría un pulmón de acero para respirar. Habían llegado sus padres, pero por entonces mantenían a Donald aislado y, debido al peligro de contagio, no les habían permitido verle. Los médicos le habían



comentado al señor Blomback la rapidez con que los síntomas de Donald, similares a la gripe, habían evolucionado hasta convertirse en la variedad más mortífera de la enfermedad.

Bucky le contó a Marcia todo esto una vez llegaron a la isla.

Mientras le escuchaba, ella ahogó un grito. Estaba sentada sobre la manta en el claro, y se cubrió la cara con las manos. Bucky paseaba de aquí para allá, todavía incapaz de contarle el resto. Ya había sido lo bastante duro para ella oír lo que le había ocurrido a Donald como para que ahora tuviera que oír lo que iba a decirle sobre él mismo.

—He de hablar con mi padre —fue lo primero que ella dijo—. Tengo que telefonarle.

—¿Por qué no dejas que el señor Blomback se lo diga primero al campamento?

—Ya debería habérselo dicho al campamento. En una situación así, no puedes esperar de brazos cruzados.

—¿Crees que debería clausurar el campamento?

—Eso es lo que quiero preguntarle a mi padre. Es terrible. ¿Y los demás chicos de tu cabaña?

—De momento todos parecen estar bien.

—¿Y tú?

—Me encuentro bien. Debo decirte que hace unos días estuve dos veces en el lago con Donald, ayudándole en los saltos de trampolín. El chico no podría haber estado más sano.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace una semana, más o menos. Después de cenar. Dejé que se zambullera pese al frío. Seguramente fue un error por mi parte. Un grave error.

—Oh, Bucky, tú no tienes la culpa. Es tan terrible... Estoy asustada por ti. Estoy asustada por mis hermanas. Estoy asustada por todos los niños del campamento. Estoy asustada por mí misma. Un solo caso nunca es un solo caso en un campamento de verano lleno de niños conviviendo. Es como acercar una cerilla encendida a

un montón de leña seca. Aquí un solo caso es cien veces más peligroso que en la ciudad.

Ella permaneció sentada, y él volvió a pasear de un lado a otro. No quería acercarse a ella porque temía infectarla, si no lo había hecho ya. ¡Si no había infectado a todo el mundo! ¡A los niños que nadaban en el lago! ¡A los monitores que le ayudaban en el muelle! ¡A las gemelas, a las que besaba todas las noches en el comedor antes de cenar! Lleno de inquietud, se quitó las gafas para restregarse nerviosamente los ojos, y, a la luz de la luna, los abedules que les rodeaban le parecieron una miríada de siluetas deformadas; de pronto su isla de los amantes la rondaban los fantasmas de las víctimas de la polio.

—Tenemos que volver —le dijo Marcia—. He de telefonar a mi padre.

—Le he dicho al señor Blomback que no se lo diría a nadie.

—No me importa. Soy responsable de mis hermanas, como mínimo. Debo decirle a mi padre lo que ha sucedido y preguntarle qué debemos hacer. Estoy asustada, Bucky. Estoy muy asustada. Siempre nos ha parecido que la polio no se daría cuenta de que en estos bosques hay niños, que aquí no podría encontrarlos. Creía que si se quedaban en el campamento y no iban a ninguna parte estarían bien. ¿Cómo es posible que los haya perseguido hasta *aquí*?

Él no podía decírselo. Ella estaba demasiado aterrada para que se lo dijera. Y él estaba demasiado confuso por la magnitud de todo aquello para decírselo. La magnitud de lo que había ocurrido. La magnitud de lo que él había hecho.

Marcia se puso de pie, dobló la manta y a continuación empujaron la canoa al agua y emprendieron el regreso al campamento. Eran cerca de las diez cuando llegaron al embarcadero. Los monitores estaban en las cabañas, acostando a los campistas. Las luces en el despacho del señor Blomback estaban encendidas, pero por lo demás el campamento parecía desierto. No había ninguna cola esperando para usar el teléfono público, aunque

la habría al día siguiente, una vez se hubiera difundido la noticia sobre Donald y el giro que había tomado la vida en el campamento.

Marcia cerró la puerta plegable de la cabina telefónica para que nadie pudiera oírla, y Bucky permaneció al lado de la cabina, tratando de adivinar por sus reacciones lo que el doctor Steinberg le estaba diciendo. La voz de Marcia le llegaba muy amortiguada, y todo lo que oía era el zumbido de los insectos, que le trajo el recuerdo de aquella noche de calor asfixiante en Newark, cuando se había sentado en el porche trasero con el doctor Steinberg y había comido aquel succulento melocotón.

La congoja de la joven pareció disminuir cuando oyó la voz de su padre en el otro extremo de la línea, y al cabo de unos minutos se sentó en el pequeño banco de la cabina y le habló desde allí. Aquel día Bucky tenía que haber ido con Carl a Stroudsburg para comprar el anillo de compromiso de Marcia. Ahora el compromiso estaba olvidado. La polio era lo único que ocupaba la mente de la joven, como le había sucedido a él durante todo el verano. No había escapatoria de la polio, y no porque la enfermedad le hubiera seguido hasta las montañas Pocono, sino porque él la había llevado consigo. ¿Cómo era posible que la polio les hubiera dado caza allí?, preguntó Marcia. ¡Con el contagio a través del recién llegado, de su novio! Al recordar a todos los chicos que habían enfermado mientras trabajaba a comienzos del verano en Chancellor, al recordar la escena en el centro, aquella tarde en que habían impedido que Kenny Blumenfeld atacara a Horace, Bucky pensó que el deseo de Kenny de matar al retrasado por propagar la polio había sido erróneo: debía haberse propuesto matar al director del centro.

Marcia abrió la puerta de la cabina y salió. Lo que su padre le había dicho, fuera lo que fuese, la había calmado, y rodeó a Bucky con los brazos.

—Estaba muy asustada por mis hermanas —le dijo—. Sé que tú no tendrás problemas, porque eres fuerte y estás en forma, pero estaba muy preocupada por las dos chicas.

—¿Qué te ha dicho tu padre? —le preguntó él, con la cabeza vuelta a un lado para no respirar en la cara de Marcia.

—Ha dicho que llamará a Bill Blomback, pero le parece que está haciendo lo correcto. No es posible evacuar a doscientos cincuenta niños debido a un solo caso de polio. Dice que los niños deberían seguir con sus actividades habituales. Cree que a muchos padres les entrará el pánico y se llevarán a sus hijos. Pero que yo no debo ceder al pánico ni permitir que lo hagan mis hermanas. Me ha preguntado por ti, y le he dicho que eres como una roca. Oh, Bucky, me siento mejor. Mi madre y él vendrán este fin de semana, en vez de ir a la costa. Quieren tranquilizar personalmente a las chicas.

—Muy bien —dijo él, y, aunque la abrazaba con fuerza, tomó la precaución de besarla en el pelo y no en los labios cuando se separaron para retirarse a sus cabañas respectivas, como si ese gesto pudiera alterar algo a aquellas alturas.

A la mañana siguiente, cuando finalizó el desayuno, el señor Blomback hizo sonar la esquila cuyo tintineo siempre precedía a sus anuncios en el campamento. Los campistas callaron mientras él se ponía en pie.

—Buenos días, chicas y chicos. Esta mañana tengo algo muy serio que comunicaros —dijo en un tono neutro, sin que nada en su voz revelara alarma—. Conciérne a la salud de uno de nuestros monitores, Donald Kaplow, de la cabaña Comanche. Donald se sintió enfermo hace un par de noches, y ayer por la mañana se despertó con fiebre alta. El señor Cantor me informó enseguida sobre el estado de Donald, y decidimos llevarlo al hospital de Stroudsburg. Las pruebas efectuadas allí han determinado que Donald ha contraído la polio. Sus padres han llegado al hospital para estar con él. En el hospital recibe tratamiento y cuidados. El médico del campamento, el doctor Huntley, está aquí y quiere dirigiros unas palabras.

Naturalmente, los monitores y los campistas se sobresaltaron al saber que de repente las cosas habían cambiado por completo en el campamento —que la misma *vida* había cambiado por completo—, y esperaron en silencio para oír lo que el doctor iba a decirles. Era un hombre de mediana edad, calmoso, que había sido el médico del campamento desde su inauguración. Tenía un porte suave, tranquilizador, reforzado por las gafas sin montura, el cabello blanco y ralo y el rostro pálido y poco agraciado. Vestía como no lo hacía nadie en el campamento, con traje, camisa blanca y corbata, y calzaba zapatos oscuros.

—Buenos días. Para los que todavía no me conocéis, soy el doctor Huntley. Sé que si alguno de vosotros se siente mal alguna vez, se lo dice al monitor, y este os envía a la señorita Rudko o a la señorita Southworth, las enfermeras del campamento, y, si es necesario, venís a verme. Bien, quiero que sigáis con el mismo procedimiento durante los próximos días y semanas. Ante cualquier señal de enfermedad, informad de inmediato a vuestro monitor, como lo haríais siempre. Si os duele la garganta, si notáis el cuello rígido, si tenéis trastornos del vientre, decídselo a vuestro monitor. Este os enviará a la enfermera, quien os hará un examen y se pondrá en contacto conmigo. Porque quiero que todos estéis bien para disfrutar del resto de las vacaciones de verano.

Tras pronunciar esas pocas palabras tranquilizadoras, el doctor Huntley tomó asiento y el señor Blomback se levantó de nuevo.

—Quiero que todos los campistas sepáis que, antes de que finalice esta mañana, habré llamado a todas vuestras familias para explicarles la situación. Entretanto, después del desayuno deseo ver en mi despacho a los monitores jefes. Para los demás, esto es todo por hoy. El programa de la jornada no sufre ninguna variación. Realizaremos las actividades habituales. Salid al sol y pasadlo bien: hoy hace un día espléndido otra vez.

Marcia fue corriendo al despacho del señor Blomback con los otros monitores jefe, y Bucky, en vez de ir al muelle, como había

tenido intención de hacer al abandonar el comedor, se apresuró a ir en busca del doctor Huntley antes de que este subiera a su coche, que estaba aparcado junto al asta de la bandera, y regresara al pueblo.

A sus espaldas oyó que le llamaban por su nombre.

—¡Bucky! ¡Espera un momento! ¡Espéranos! —Eran las gemelas Steinberg, que corrían para darle alcance—. ¡Espera!

—Tengo que ver al doctor Huntley, chicas.

—¿Qué vamos a hacer, Bucky? —le preguntó una de ellas, cogiéndole de la mano.

—Ya habéis oído al señor Blomback. Tan solo tenéis que seguir con vuestras actividades.

—Pero ¡la polio...!

Cuando trataron de rodearle la cintura y apretarse contra su pecho para tranquilizarse, él retrocedió al instante por temor a que su aliento llegara a los dos rostros idénticos llenos de pánico.

—No os preocupéis por la polio —les dijo—. No tenéis nada de que preocuparos. Sheila, Phyllis, he de darme prisa..., es muy importante.

Y las dejó allí desconsoladas, encogidas de temor y abrazadas.

—Pero ¡te necesitamos! —le gritó una de ellas—. ¡Marcia está con el señor Blomback!

—¡Esta tarde! —replicó él—. ¡Lo prometo! ¡Os veré pronto!

El doctor Huntley había abierto la portezuela de su coche, y estaba subiendo cuando Bucky le dio alcance.

—Tengo que hablar con usted, doctor Huntley. Me llamo Bucky Cantor. Dirijo el muelle en el campamento de los chicos.

—Sí, Bill Blomback me ha hablado de ti.

—He decirle algo, doctor Huntley. El viernes hará una semana que llegué. Vine de Newark, donde trabajaba en un centro de verano del barrio de Weequahic, donde hay una epidemia de polio. Hace dos noches, después de cenar, Donald Kaplow y yo estuvimos ejercitándonos en el lago. Todos los días comíamos juntos. Nos

cruzamos en la cabaña. Me senté a su lado en la Noche India. Ahora ha enfermado de polio. Dígame, doctor, ¿soy yo quien se la ha contagiado? ¿Voy a contagiar a otros? ¿Es eso posible?

Por entonces el doctor Huntley había bajado del coche, para captar mejor las alteradas palabras que le dirigía aquel joven de aspecto perfectamente vigoroso.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a Bucky.

—Me encuentro bien.

—Verás, hay muy pocas probabilidades de que seas un portador infectado sano. Aunque eso podría suceder, sería una anomalía muy infrecuente. En general, la etapa de portador coincide con la etapa clínica. Sin embargo, para que te quedes del todo tranquilo, deberíamos hacerte una punción lumbar y extraer un poco de líquido espinal para analizarlo. Ciertos cambios en ese líquido son indicativos de polio. Deberíamos hacerlo en seguida, esta misma mañana, para disipar tus temores. Podrías venir conmigo al hospital, y luego llamaremos a Carl para que te traiga de vuelta.

Bucky fue corriendo al muelle para decir a sus subordinados que estaría ausente durante la mañana y para poner al frente a uno de los monitores veteranos hasta que regresara, y a continuación se reunió con el doctor Huntley, que le esperaba en su coche para ir a Stroudsburg. ¡Ojalá el análisis revelara que él no era la persona responsable! ¡Ojalá estuviera a punto de demostrarse que la culpa no era suya! Entonces, tras el examen en el hospital, cuando hubieran determinado que todo estaba bien, podría hacer un alto en la joyería de Stroudsburg, en el camino de regreso al campamento, y comprarle el anillo de compromiso a Marcia. Confiaba en tener suficiente dinero como para comprar una piedra preciosa auténtica.

Al final de la jornada, empezaron a llegar los coches para llevarse a los campistas a casa. Siguieron llegando por la noche y hasta bien entrado el día siguiente, por lo que cuarenta y ocho horas después de que el señor Blomback hubiera anunciado durante el desayuno que uno de los monitores había contraído la polio, los padres de más

de un centenar de los doscientos cincuenta chicos acampados se los habían llevado. Al día siguiente, a otros dos chicos de la cabaña de Bucky —uno de ellos Jerome Hochberger, el muchachote con el abrigo de piel que había representado el papel del oso en la Noche India— les diagnosticaron la polio, y el campamento fue clausurado de inmediato. Otros nueve campistas de Indian Hill enfermaron de polio y tuvieron que ser hospitalizados cuando llegaron a casa. Entre ellos Sheila, la hermana de Marcia.



# 3

## REUNIÓN

Nunca más volvimos a ver al señor Cantor por el barrio. El resultado de la punción lumbar que le hicieron en el hospital de Stroudsburg dio positivo, y aunque no mostró síntomas durante las cuarenta y ocho horas siguientes, lo llevaron al pabellón de infecciosos, donde no podía recibir visitas. Y finalmente empezó el cataclismo: el monstruoso dolor de cabeza, el agotamiento debilitante, las fuertes náuseas, la fiebre muy alta, el insoportable dolor muscular, seguidos al cabo de otras cuarenta y ocho horas por la parálisis. Permaneció ingresado tres semanas antes de que dejara de necesitar catéteres y enemas, y lo trasladaron a la planta superior para iniciar el tratamiento con compresas de lana calientes que le aplicaban alrededor de brazos y piernas, pues tenía las cuatro extremidades dañadas. Sufría cuatro penosas sesiones con las compresas calientes, que en conjunto duraban de cuatro a seis horas todos los días. Por suerte la enfermedad no le había afectado a los músculos respiratorios, por lo que no fue necesario introducirlo en un pulmón de acero que le ayudara a respirar, una perspectiva que temía más que cualquier otra. Y el saber que Donald Kaplow se encontraba todavía en el mismo hospital, y que apenas lo mantenían con vida en un pulmón de acero, le infundía terror y le llenaba los ojos de lágrimas. ¡Donald, el saltador de trampolín, Donald el lanzador de disco, Donald el aspirante a piloto de las fuerzas aeronavales, ya no podía contar con que funcionaran sus pulmones y sus piernas!

Finalmente trasladaron al señor Cantor en ambulancia al Instituto Hermana Kenny de Filadelfia, donde, a aquellas alturas del verano, la epidemia era casi tan virulenta como en Newark, y las salas estaban tan atestadas que tuvo suerte de encontrar una cama libre. Allí continuó el tratamiento por medio de compresas calientes, junto con dolorosos estiramientos de los músculos contraídos de los brazos, las piernas y la espalda —que la parálisis había torcido—, a fin de «rehabilitarlos». Pasó los siguientes catorce meses en la sección de rehabilitación del Instituto Kenny, y fue recuperando gradualmente el uso del brazo derecho y el uso parcial de las piernas, aunque le quedó torcida la parte inferior de la espina dorsal y varios meses después hubo que corregirla mediante una fusión quirúrgica, un injerto óseo y la inserción de varillas metálicas fijadas a la espina dorsal. Tras la intervención tuvo que pasarse seis meses escayolado, atendido día y noche por su abuela. Seguía en el Instituto Kenny cuando el presidente Roosevelt falleció inesperadamente, en abril de 1945, y el país entero lloró su pérdida. Estaba allí cuando la Alemania derrotada se rindió en mayo, cuando arrojaron las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto y cuando Japón se rindió a los Aliados unos días después. La Segunda Guerra Mundial había terminado, su amigo Dave volvería a casa ileso tras haber luchado en Europa, en Estados Unidos reinaba el júbilo y él seguía en el hospital, desfigurado y mutilado.

En el Instituto Kenny era uno de los pocos que no estaba postrado en la cama. Al cabo de pocas semanas lo sentaron en una silla de ruedas, y la utilizaba cuando regresó a Newark. Allí siguió recibiendo tratamiento como paciente externo y, con el tiempo, recuperó por completo la función muscular de la pierna derecha. Sus facturas eran astronómicas, ascendían a muchos millares de dólares, pero las pagaban el Instituto Hermana Kenny y la organización March of Dimes.

No volvió a enseñar educación física en Chancellor ni a supervisar el centro de verano, ni realizó su sueño de convertirse en entrenador

de atletismo en Weequahic. Abandonó por completo la enseñanza y, tras un par de intentos desdichados —primero como dependiente en la tienda de comestibles de la avenida Avon que había pertenecido a su abuelo, y luego, cuando a consecuencia de su incapacidad no pudo encontrar otro trabajo, como guarda en una estación de servicio de la avenida Springfield, donde era totalmente distinto de los hombres rudos que trabajaban allí y donde los clientes a veces le llamaban Renco—, se presentó a los exámenes de funcionario. Como obtuvo una puntuación alta y era licenciado universitario, encontró un trabajo administrativo en la estafeta de correos del centro de la ciudad, y pudo hacer frente a su mantenimiento y al de su abuela con el salario que le pagaba el Estado.

Me tropecé con él en 1971, años después de que me hubiera licenciado en la facultad de arquitectura y hubiera establecido mi estudio en la misma calle de la central de correos de Newark. De hecho la estafeta estaba en la acera de enfrente yendo en diagonal, de modo que quizá nos hubiéramos cruzado cien veces en la calle Broad antes del día en que finalmente le reconocí.

Yo era uno de los chicos del centro de la avenida Chancellor que, en el verano de 1944, contrajo la polio y se vio confinado en una silla de ruedas durante un año, antes de que una prolongada rehabilitación me posibilitara moverme por mí mismo con una muleta y un bastón y con abrazaderas en ambas piernas, como sigo haciendo hoy día. Hace unos diez años, tras haber trabajado como aprendiz en un estudio de arquitectura de la ciudad, monté una empresa con un ingeniero mecánico que, al igual que yo, había contraído la polio en su infancia. Era una firma de consultoría y contratas especializada en la modificación arquitectónica para la accesibilidad de sillas de ruedas, y nuestra oferta abarcaba desde construir habitaciones adicionales a casas ya construidas hasta instalar asideros, colocar más bajos los travesaños de los armarios y cambiar los interruptores de sitio. Diseñamos e instalamos rampas y ascensores para sillas de ruedas, ensanchamos las entradas,

realizamos modificaciones en baños, dormitorios y cocinas, todo cuanto sirva para facilitar la vida a las personas que, como mi socio, se desplazaban en silla de rueda. Estas pueden requerir cambios estructurales costosos, pero hacemos lo posible por ceñirnos a nuestros presupuestos y por mantener los precios bajos, y esto, junto con la calidad del trabajo, es lo que explica en gran parte nuestro éxito. El resto ha sido la suerte de dar con el lugar y el momento apropiados, de ser la única empresa de nuestras características en el populoso norte de Nueva Jersey en una época en que empezaba a prestarse atención a las necesidades específicas de los discapacitados.

Unas veces tienes suerte y otras no. Toda biografía está sujeta al azar y, empezando por la misma idea, el azar —la tiranía de la contingencia— lo es todo. Creo que el señor Cantor se refería al azar cuando censuraba aquello que él llamaba Dios.

El señor Cantor aún tenía el brazo izquierdo imposibilitado y la mano izquierda inútil, y renqueaba a causa de las lesiones en la musculatura de la pantorrilla izquierda. La pierna había empezado a debilitarse mucho en los últimos años, tanto en la parte inferior como en la superior, y también había empezado a dolerle intensamente por primera vez desde su rehabilitación casi treinta años atrás. En consecuencia, tras los exámenes médicos y un par de visitas a la tienda de material ortopédico de su hospital, había empezado a ponerse debajo del pantalón una abrazadera que le sujetaba la pierna izquierda. Apenas le aliviaba el dolor, pero junto con un bastón le ayudaba a mantener el equilibrio y la estabilidad en los pies. No obstante, el mismo señor Cantor decía que si continuaba empeorando —como les sucede a menudo al cabo de los años a muchos supervivientes de la polio que padecen lo que se conoce como síndrome postpoliomielítico—, más tarde o más temprano acabaría en una silla de ruedas.

Nos encontramos un día de primavera de 1971, a mediodía, en la concurrida calle Broad, a medio camino de nuestros respectivos

lugares de trabajo. Fui yo quien lo reconoció, a pesar de que en ese momento lucía un bigote protector y, a sus cincuenta años, ya no llevaba el cabello otrora negro cortado al rape como un soldado, sino que se le levantaba encima de la cabeza como un matorral blanco, el mismo color que el bigote. Y, por supuesto, ya no caminaba como un atleta, a zancadas y con los pies torcidos hacia dentro. Los angulosos planos de su cara se habían redondeado al ganar peso, por lo que nada en él era tan llamativo como en la época en que la cabeza, bajo la piel atezada, parecía torneada según las especificaciones rectilíneas más rigurosas, cuando era la cabeza de un hombre joven que se hacía valer sin dejarse intimidar. Aquella cara original estaba ahora sepultada en otra, más carnosa, una ocultación que uno suele advertir cuando contempla con resignación en el espejo su rostro avejentado. No quedaba rastro de aquel hombre musculoso y compacto, pues los músculos se habían diluido mientras que lo compacto había ganado terreno. Ahora era sencillamente robusto.

Entonces yo tenía treinta y nueve años, y era un hombre bajo y corpulento, con barba y tenía poco o ningún parecido con el frágil muchacho que había sido. Cuando al cruzármelo en la calle le reconocí, me emocioné tanto que grité: «¡Señor Cantor, señor Cantor! Soy Arnold Mesnikoff. Del centro de Chancellor. Alan Michaels era mi íntimo amigo. Se sentó a mi lado durante todos los cursos». Aunque yo nunca había olvidado a Alan, no había pronunciado su nombre en voz alta durante los muchos años transcurridos desde su muerte, en aquella década en que parecía que las mayores amenazas en la tierra eran la guerra, la bomba atómica y la polio.

Tras nuestro primer y emotivo encuentro en la calle, empezamos a comer juntos una vez por semana en un restaurante cercano, y fue así como llegué a conocer su historia. Resultó que yo era la primera persona a la que contaba todo lo que le había sucedido, de principio a fin y —al ir confiándose más y más a cada semana que

pasaba—, sin apenas dejar nada en el tintero. Me esforcé por escucharle atentamente y por asimilarlo todo mientras él explicaba cuanto había permanecido oculto en su mente durante la mayor parte de su vida. Hablarme así no parecía resultarle ni grato ni desagradable, sino más bien un desahogo que pronto no pudo dominar; no buscaba tanto descargar la conciencia o un remedio como realizar la dolorosa visita de un exiliado a la patria que ya nunca podría recuperar, al amado lugar de nacimiento que se había convertido en el lugar de su perdición. En el centro no habíamos tenido ninguna relación especial, pues yo era un mal atleta, un chico tímido y tranquilo, de físico delicado. Pero el hecho de que hubiera sido uno de los chicos que asistieron a Chancellor aquel horrible verano, de que fuese el mejor amigo de su favorito del centro y de que igual que Alan y él mismo, hubiese contraído la polio, le impulsaba a hablar de sí mismo con una franqueza y un tono autocrítico y mordaz que a mí —el oyente a quien él hasta entonces nunca había conocido como adulto, el oyente que ahora le inspiraba confianza a la manera en que, cuando éramos niños, él nos la había inspirado a mí y a los demás— no podían por menos que dejarme helado.

En general, le rodeaba un halo de fracaso indeleble mientras hablaba de todo lo que había silenciado durante años, de un hombre no solo físicamente lisiado por la polio sino también desmoralizado por una vergüenza perenne. Era la misma antítesis del mayor prototipo de víctima de la polio del país, Franklin Delano Roosevelt, pues la enfermedad no había conducido a Bucky a triunfo alguno sino a la derrota. La parálisis y todas sus secuelas habían dañado irremediablemente la seguridad en sí mismo y su virilidad, y se había retirado por completo de esa faceta de la vida. Se consideraba asexual, una especie de cartucho de fogeo, una valoración que no podía resultar más humillante para un muchacho que había alcanzado la mayoría de edad en una época de sufrimiento y conflictos para la población estadounidense, cuando los hombres

debían ser impertérritos defensores del hogar y del país. Cuando le dije que tenía esposa y dos hijos, replicó que él nunca se había atrevido a salir con ninguna mujer, y no digamos casarse, una vez se había quedado parálítico. Jamás hubiera podido mostrar su brazo y su pierna atrofiados a nadie aparte de su médico o, cuando vivía, a su abuela. Fue esta quien le prodigó sus cuidados cuando salió del Instituto Kenny, fue ella quien, a pesar de que sus dolores en el pecho habían sido diagnosticados como un trastorno cardíaco grave, tomó el tren desde Newark a Filadelfia para visitarle todos los domingos por la tarde sin falta, durante los catorce meses que estuvo allí.

La abuela había fallecido mucho tiempo atrás, pero hasta los disturbios de Newark, en 1967 —durante los cuales una casa de su calle se incendió hasta los cimientos y dispararon desde una azotea cercana—, Bucky siguió viviendo en el pequeño piso de sus abuelos, en un edificio sin ascensor en Barclay, cerca de Avon. Tenía que subir los tramos de la escalera exterior, unos escalones que en el pasado había subido de tres en tres, y por ello, cualquiera que fuese la estación, por muy helados o resbaladizos que estuvieran, los subía trabajosamente hasta el tercer piso, donde antaño el amor de su abuela había sido ilimitado y donde podía recordar mejor que en ninguna otra parte su voz maternal, que nunca había dejado de ser amable. A pesar de que no le quedaba ningún ser querido, y especialmente por ello, podía evocar —y a menudo lo hacía, involuntariamente, mientras subía los escalones hasta su puerta al final de una jornada de trabajo— una clara imagen de su abuela arrodillada, restregando su tramo de escaleras una vez por semana con un cepillo de rígidas cerdas y un cubo de agua jabonosa o guisando para los dos en la cocina de carbón. Eso era todo lo que él podía hacer con respecto a su dependencia sentimental de las mujeres.

Y nunca, ni una sola vez desde que abandonó el campamento Indian Hill en julio de 1944, había regresado a Weequahic ni visitado

el gimnasio de la escuela o el centro de la avenida Chancellor donde había enseñado educación física.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—¿Por qué habría de ir allí? Era la Mary Tifoidea<sup>[2]</sup> del centro de Chancellor. Fui el portador de polio de ese centro y también de Indian Hill.

La idea que tenía de sí mismo en ese papel me afectó profundamente. No estaba preparado para esa dureza.

—¿En serio? Desde luego no hay ninguna prueba de que fuera usted.

—No hay ninguna prueba de que no lo fuera —replicó.

Como solía hacer durante nuestras conversaciones mientras comíamos, o bien desviaba la mirada de mi cara para fijarla en algún punto invisible a lo lejos, o bien contemplaba la comida en el plato. Al parecer, no quería que le mirase —ni yo ni quizá nadie— inquisitivamente a los ojos.

—Pero contrajo la polio —le dije—. Le ocurrió como a los demás que tuvimos la mala suerte de enfermarnos once años antes de que descubrieran la vacuna. La medicina del siglo veinte ha hecho un progreso fenomenal, lástima que para nosotros no ha sido lo bastante rápida. Hoy los niños están absolutamente libres de preocupaciones durante las vacaciones de verano, como debe ser. El problema de la polio ha desaparecido por completo. Ya no hay nadie indefenso ante esa peste como nosotros lo estuvimos. Pero volviendo a su caso, le diré que es más probable que Donald Kaplow le contagiara la enfermedad que a la inversa.

—¿Y qué me dice de Sheila, una de las gemelas Steinberg? ¿Quién le contagió la polio? Mire, ahora es demasiado tarde para rumiar todo eso. —Me pareció extraño que dijera eso, pues hasta entonces no había dejado de darle vueltas a esos asuntos—. A lo hecho, pecho. Lo que hice no tiene remedio, y me las arreglo para vivir sin aquello que perdí.



—Pero aun existiendo la posibilidad de que fuera usted un portador, lo habría sido sin saberlo. Supongo que no habrá vivido todos estos años castigándose y despreciándose por algo que no hizo. Esa es una sentencia demasiado severa.

Hubo una pausa, durante la cual fijó la mirada en aquel punto que le cautivaba, al lado de mi cabeza y en algún lugar a lo lejos, aquel punto que con toda probabilidad era 1944.

—Lo que me ha atormentado sobre todo durante todos esos años transcurridos es Marcia Steinberg, si quiere saber la verdad. Prescindí de muchas cosas, pero jamás pude prescindir de ella. Han pasado muchos años, y hay ocasiones en las que todavía creo reconocerla en la calle.

—¿Tal como era a los veintidós años?

Él asintió, y entonces, para completar su revelación, añadió:

—Desde luego, los domingos no quiero pensar en ella, pero no hay otra cosa. No hay manera.

Hay personas a las que olvidas en cuanto les das la espalda, pero ese no era el caso de Bucky con Marcia. El recuerdo de la joven había persistido.

Se llevó la mano sana al bolsillo de la chaqueta, sacó un sobre y me lo tendió. Estaba dirigido a Eugene Cantor, calle Barclay número 17, y el matasellos de Stroudsburg tenía fecha del 2 de julio de 1944.

—Adelante —me dijo—. Se la he traído para que le eche un vistazo. La recibí cuando ella solo llevaba unos pocos días en el campamento.

La nota que saqué del sobre estaba escrita en perfecta caligrafía cursiva, de manual, en una hojita de papel verde claro. Decía:

*Mi hombre mi hombre mi hombre mi hombre mi hombre  
mi hombre mi hombre mi hombre mi hombre mi hombre  
mi hombre mi hombre mi hombre mi hombre mi hombre  
mi hombre mi hombre mi hombre mi hombre mi hombre*

Y así hasta el final de la página y la mitad del reverso, las dos palabras repetidas una y otra vez, todas ellas apoyadas uniformemente en una invisible línea recta. Marcia había firmado la carta solo con su inicial, *M*, una mayúscula alta y bella, con un pequeño floreo en la curva y en la pata, seguida por «como en Mi hombre».

Metí la nota en el sobre y se lo devolví.

—A los veintidós años escribe a su primer amor. Debió de haberle complacido recibir esta carta.

—La recogí al volver del trabajo. La guardé en el bolsillo durante la cena. Me la llevé a la cama. Me dormí con la carta en la mano. Entonces me despertó el teléfono. Mi abuela dormía al otro lado del pasillo, y se alarmó. «¿Quién puede ser a estas horas?». Fui a la cocina para responder, y miré el reloj. Pasaban pocos minutos de la medianoche. Marcia me llamaba desde la cabina telefónica que estaba detrás del despacho del señor Blomback. Llevaba un rato dando vueltas en la cama, incapaz de dormir, así que se había levantado, se había vestido y había ido a telefonarme en la oscuridad. Quería saber si había recibido la carta. Le dije que sí. Le dije que era su hombre doscientas dieciocho veces, que podía confiar en ello. Le dije que era su hombre para siempre. Entonces ella me dijo que quería cantarle a su hombre para que se durmiera. Yo estaba en la oscura cocina, en paños menores, sudando como un cerdo a causa del calor. Había sido otro día tórrido, y a medianoche no había refrescado lo más mínimo. Las luces estaban apagadas en todos los pisos al otro lado de la calle. No creo que hubiera un solo vecino despierto.

—¿Y le cantó?

—Una nana. Yo no la conocía, pero era una nana. La cantó con una voz suave, muy suave. No oía otra cosa que la voz en el teléfono. Probablemente era una canción que recordaba de su infancia.

—Así que también tenía debilidad por su voz suave.

—Estaba anonadado, aturdido de felicidad. Estaba tan asombrado que susurré al auricular: «¿Eres de veras tan maravillosa?». No podía creer que existiera una chica como ella. Era el hombre más afortunado del mundo. Y nada podía detenerme. ¿Me comprende? Con aquel amor de Marcia, ¿cómo podía detenerme nada?

—Pero luego la perdí —repliqué—. ¿Cómo fue? Eso aún no me lo ha contado.

—No, es cierto. No quería que Marcia me viera. Fue así como sucedió. Mire, tal vez ya he hablado bastante. —De improviso, pareció avergonzarse de los sentimientos que acababa de revelarme, y se ruborizó intensamente—. ¿A qué viene que le cuente todo esto? Esa carta. Haber encontrado esa carta. Nunca debería haberla buscado.

Puso el codo sobre la mesa, apoyó la cara enrojecida en la mano buena y se restregó con un dedo el párpado cerrado. Habíamos llegado a la parte más difícil de su relato.

—¿Qué ocurrió al final con Marcia? —le pregunté.

—Cuando estaba aislado en el hospital de Stroudsburg vino a visitarme, y pedí que no le permitieran entrar. Me dejó una nota en la que decía que su hermana menor había contraído una polio suave, sin parálisis, y que al cabo de tres semanas se había recuperado por completo. Me sentí aliviado al saberlo, pero de todos modos no quería reanudar mis relaciones con la familia. Marcia intentó verme por segunda vez cuando me trasladaron a Filadelfia. En esa ocasión le permití verme, y tuvimos una discusión terrible. No sabía que tuviera semejante carácter: hasta entonces nunca la había visto tan enfadada con nadie. Después de ese enfrentamiento no vino a verme más. Nunca volvimos a tener contacto. Su padre trató de hablar conmigo cuando estaba en Filadelfia, pero no respondí a la llamada. Cuando trabajaba en la estación de la Esso en la avenida Springfield, apareció de repente para poner gasolina. Se había ido muy lejos para repostar.

—¿Fue a verle por ella? ¿Para tratar de que regresara?

—No lo sé. Es posible. Dejé que le atendiera otro empleado, y me escondí. No podía enfrentarme al doctor Steinberg. No tengo ni idea de lo que le ocurrió a su hija. No quiero saberlo. Si se casó y tuvo hijos, deseo que ella, su marido y sus hijos sean felices y gocen de buena salud. Confiemos en que su Dios misericordioso les haya bendecido con todo eso antes de clavarles el cuchillo en la espalda.

Eran palabras muy ásperas viniendo de una persona de la fe de Bucky Cantor y, por un momento, pareció turbado por haberlas pronunciado.

—Le debía su libertad —dijo finalmente—, y se la di. No quería que la chica se sintiera obligada a permanecer a mi lado. Ella no se había enamorado de un lisiado, y no debía estar atada a él.

—¿No debía ser ella quien lo decidiera? —le pregunté—. A veces un hombre lisiado le resulta muy atractivo a cierto tipo de mujer. Lo sé por experiencia.

—Mire, Marcia era una chica dulce, ingenua, bien educada, con unos padres amables y responsables que le habían enseñado, como también a sus hermanas, a ser cortés y servicial —respondió Bucky—. Era una maestra de primaria, todavía bisoña. Bajita, incluso varios centímetros más baja que yo. No le ayudaba el hecho de ser más inteligente que yo: seguía sin tener idea de cómo salir del lío en que se había metido. Así que yo lo hice por ella. No se podía hacer otra cosa.

—Ha pensado mucho en esto —repuse—. Se diría que apenas ha pensado en nada más.

Él sonrió, una de las pocas veces que lo hizo durante nuestras conversaciones, pero su sonrisa se parecía mucho a un fruncimiento de entrecejo, y denotaba fatiga más que alegría. El señor Cantor carecía de ligereza. Eso le faltaba, lo mismo que la energía y la diligencia que en otro tiempo le habían caracterizado. Y, por supuesto, el componente atlético había desaparecido por completo. No solo tenía un brazo y una pierna inútiles. Su personalidad

original, toda aquella determinación vital que te asaltaba en cuanto le conocías, parecía haberse desprendido, haberse separado de él a pedazos como si fuera la delgada corteza que arrancó del abedul la primera noche que pasó con Marcia en la isla del lago en Indian Hill. Habíamos comido juntos una vez por semana durante un período de varios meses, y no se había relajado ni una sola vez, ni siquiera cuando me habló de la canción.

—Esa canción que le gustaba, «Te veré...», tampoco he podido olvidarla. Es empalagosa, ñoña, y aun así creo que la recordaré mientras viva. No sé qué ocurriría si tuviera que escucharla de nuevo.

—Se pondría a gritar.

—Es posible.

—Y con razón —afirmé—. Haber renunciado a una compañera tan leal haría sufrir a cualquiera.

—Ah, mi viejo amigo del centro —replicó, con más sentimiento del que había expresado hasta entonces—. Jamás pensé que terminaría así con ella. Jamás.

—Cuando se enfadó con usted..., la ocasión en que le visitó en Filadelfia...

—Después de ese día no la vi nunca más.

—Ya lo ha dicho, pero ¿qué ocurrió?

Según contó, él estaba en una silla de ruedas, un espléndido sábado de otoño a mediados de octubre; aún hacía suficiente calor para salir y para que ella se sentara en un banco en el jardín frente al Instituto Kenny, bajo las ramas de un árbol cuyas hojas habían cambiado de color y empezaban a caer, pero no tanto calor como para que la epidemia de polio no se hubiera disipado y finalmente extinguido en los estados del nordeste. Por entonces Bucky no la había visto ni había hablado con ella durante casi tres meses, por lo que Marcia no había tenido ocasión de constatar su grado de parálisis. Había habido un intercambio de correspondencia, no entre Bucky y Marcia sino entre Bucky y el padre de Marcia. El doctor

Steinberg había escrito a Bucky para decirle que tenía la obligación de permitir que Marcia le visitara y le dijera personalmente lo que pensaba. «Marcia y nuestra familia nos merecemos un trato mejor por tu parte», le escribía. Naturalmente, Bucky estaba indefenso ante una carta manuscrita en papel del hospital con membrete y firmada por un hombre de la categoría del doctor, por lo que se convino la fecha y la hora de la visita de Marcia, y cuando esta llegó la discusión comenzó casi de inmediato. Él observó enseguida que le había crecido el pelo desde la última vez que se habían visto, que tenía un aspecto más femenino que en el campamento y que estaba más guapa que nunca. Se había puesto guantes y sombrero, y su imagen era la misma que le había enamorado al principio: la de una maestra de escuela muy formal.

Él le advirtió que no iba a cambiar de parecer dijera lo que dijese ella, pese a lo mucho que le hubiera gustado extender la mano buena y tocarle la cara. Pero lo que hizo con la mano buena fue cogerse el brazo inerte, rodeando la muñeca, y levantarlo al nivel de los ojos de Marcia.

—Mira, este es el aspecto que tengo —le dijo.

Ella no replicó, pero tampoco parpadeó. Bucky le dijo que ya no era lo bastante hombre para ser marido y padre, y que por parte de ella sería irresponsable pensar otra cosa.

—¿Irresponsable por *mi* parte? —exclamó Marcia.

—Sí. Convertirte en la noble heroína.

—¿De qué me estás hablando? No intento ser más que la persona que te quiere, que desea casarse contigo y ser tu mujer. —Y entonces empleó la táctica que sin duda había ensayado durante el trayecto en tren—. Mira, Bucky, no es nada complicado. Yo no soy complicada. ¿No recuerdas mis palabras? ¿No recuerdas lo que te dije la víspera de mi partida hacia el campamento en junio? «Lo haremos perfectamente». Bien, pues así será. Nada ha cambiado eso. Solo soy una chica corriente que quiere ser feliz. Tú me haces feliz. Siempre me has hecho feliz. ¿Por qué ahora no?

—Porque ya no es la víspera de tu partida hacia el campamento. Porque ya no soy la persona de la que te enamoraste. Si crees que lo soy te engañas a ti misma. Solo haces lo que tu conciencia te dice que es correcto, y lo comprendo.

—¡Solo dices tonterías! Eres tú quien pretende convertirse en un héroe negándote a verme y a hablar conmigo, pidiéndome que te deje. ¡Oh, Bucky, qué ciego estás!

—Marcia, cástate con un hombre que no esté lisiado, que sea fuerte, que esté en forma, que tenga todo lo que necesita un futuro padre. Podrías casarte con quien fuera, un abogado, un médico, alguien tan inteligente y culto como tú. *Eso* es lo que tú y tu familia os merecáis, y eso es lo que debéis tener.

—¡No puedes imaginarte cómo me enfureces al hablar así! ¡Nada en toda mi vida me ha enojado tanto como lo que estás haciendo en este momento! ¡Jamás he conocido a nadie que encuentre tanto consuelo castigándose como tú!

—Eso no es cierto. Lo que dices es una absoluta distorsión de lo que estoy haciendo. Lo que pasa es que veo las consecuencias de la situación, y tú no. No quieres verlas. Escúchame: las cosas no son como eran antes del verano. Mírame. Las cosas no podrían ser más diferentes. Mira.

—Basta, por favor. Te he visto el brazo, *y no me importa*.

—Entonces mírame la pierna —replicó él, subiéndose la pernera del pijama.

—¡Basta, te lo ruego! ¡Crees tener el cuerpo deformado, pero lo que realmente se te ha deformado es la mente!

—Otra buena razón para que te apartes de mí. La mayoría de las mujeres estarían encantadas de que un lisiado se retirara voluntariamente de su vida.

—¡Entonces no soy como la mayoría de las mujeres! ¡Y tú no eres solo un lisiado! Siempre has sido así, Bucky. Nunca has podido ver las cosas a la distancia apropiada, ¡jamás! O bien el responsable es el terrible Dios, o bien lo es el terrible Bucky Cantor, cuando lo

cierto es que la responsabilidad no corresponde a ninguno de los dos. Tu actitud hacia Dios... es infantil, es simplemente tonta.

—Mira, tu Dios no es de mi agrado, así que no lo saques a relucir. Es demasiado miserable para mi gusto. Pasa demasiado tiempo matando niños.

—¡Y eso también es una tontería! Que tengas la polio no te da derecho a decir cosas ridículas. ¡No tienes ni idea de qué es Dios! ¡Nadie lo sabe ni puede saberlo! Eso es una necedad, y tú no eres un necio. Pareces tan ignorante..., y no eres un ignorante. Te portas como un loco, y no lo eres. Nunca has estado loco. Siempre has estado perfectamente cuerdo. Un hombre cuerdo, sano, fuerte e inteligente. Pero ¡bueno! Rechazar mi amor por ti, rechazar a mi familia... ¡Me niego a formar parte de semejante insensatez!

En este punto la obstinada resistencia de Marcia se desmoronó y, cubriéndose el rostro con las manos, se echó a llorar. Otros pacientes que hablaban con sus visitantes en los bancos cercanos, o cuyas sillas de ruedas empujaban sus familiares por el sendero pavimentado delante del instituto, reparaban en la joven menuda, bonita y bien vestida, sentada al lado de un paciente en una silla de ruedas, visiblemente afligida.

—Haces que me sienta totalmente confundida —le dijo entre lágrimas—. Ojalá hubieras ido a la guerra, así habrías podido..., oh, no sé qué habrías podido hacer. Habrías podido ser un soldado y superar todo esto..., sea lo que fuere. ¿No puedes creer que es a ti a quien quiero, tanto si tienes la polio como si no? ¿No puedes comprender que lo peor para los dos es que te apartes de mí? No soporto la idea de perderte, ¿es que no hay manera de que lo entiendas? Tu vida puede ser mucho más fácil si dejas que siga su curso normal, Bucky. ¿Cómo podría convencerte de que tenemos que seguir juntos? No me salves, por el amor de Dios. Haz lo que habíamos planeado: ¡cásate conmigo!

Pero él se mantuvo inflexible, por mucho que ella llorase y por muy sincero que le pareciera su llanto. «Cásate conmigo», decía ella,



y él solo podía replicar: «No voy a hacerte eso», y ella solo podía replicar: «No me estás haciendo nada, isoy responsable de mis decisiones!». Pero la oposición de Bucky era invencible, porque su última oportunidad de ser un hombre íntegro consistía en evitar que la joven virtuosa a la que tanto amaba cometiera el irreflexivo acto de unir su vida a la de un paralítico. La única manera de salvar un resto de su honor era negarse a sí mismo todo lo que siempre había deseado y, si era lo bastante débil para actuar de otro modo, sufriría su derrota final. Lo más importante —si en el fondo ella no se sentía ya aliviada por el rechazo de él, si aún estaba bajo el influjo de su adorable inocencia así como bajo el influjo de un padre moralmente escrupuloso para ver claramente la verdad por sí misma— era que sus sentimientos cambiarían cuando tuviera una familia y un hogar propios, con hijos felices y un marido sano. Sí, llegaría un día, y no estaba muy lejano, en que le estaría agradecida por haberla rechazado de una manera tan implacable, en que ella reconocería hasta qué punto, al haber desaparecido de su vida, él había contribuido a mejorarla.

Cuando finalizó el relato del último encuentro con Marcia, le dije:

—Todo esto debió de causarle una profunda amargura.

—Dios mató a mi madre cuando estaba dando a luz. Dios me dio un ladrón por padre. Cuando era veinteañero, Dios me dio la polio, que contagié a mi vez a una docena de niños, probablemente más, incluida la hermana de Marcia, incluido usted, casi con toda seguridad. Incluido Donald Kaplow, que murió en un pulmón de acero en el hospital de Stroudsburg, en agosto de 1944. ¿Hasta dónde debería llegar mi amargura? Dígamelo usted. —Lo dijo de un modo cáustico, en el mismo tono en que había afirmado que un día el Dios de Marcia la traicionaría y también le clavaría un cuchillo en la espalda.

—No seré yo quien culpe a una víctima de la polio, joven o mayor, por no poder superar totalmente la angustia de una enfermedad que jamás termina —repliqué—. Claro que uno se amarga al pensar que es permanente. Pero, al cabo del tiempo, tiene que haber algo más. Habla usted de Dios. ¿Cree todavía en ese Dios al que menosprecia?

—Sí. Alguien ha tenido que hacer el mundo.

—Dios el gran criminal —dije—. Pero si Dios es el criminal, no es posible que usted lo sea también.

—De acuerdo, es un enigma médico. Soy un enigma médico —replicó Bucky confusamente.

¿Quería decir tal vez que era un enigma *teológico*? ¿Era esa su versión de la doctrina gnóstica propia de un hombre corriente, con un Demiurgo maligno incluido? ¿Es la divinidad adversa a nuestra existencia en la tierra? Desde luego, las pruebas que su experiencia le permitía presentar no eran desdeñables. Solo un demonio podía inventar la polio. Solo un demonio podía inventar a Horace. Solo un demonio podía inventar la Segunda Guerra Mundial. Súmalo todo, y el demonio vence. El demonio es omnipotente. El concepto que Bucky tenía de Dios, tal como yo lo entendía, era el de un ser omnipotente cuya naturaleza y cuyos propósitos no era posible aducir con la dudosa evidencia bíblica sino mediante una irrefutable prueba histórica, recogida durante una vida pasada en este planeta en pleno siglo xx. Su concepto de Dios era el de un ser omnipotente no constituido por la unión de tres personas en una divinidad, como en el cristianismo, sino de dos: un jodido enfermo y un genio maligno.

Para mi mentalidad atea, proponer un Dios semejante no era ciertamente más ridículo que creer en las divinidades que confortan a millones de seres humanos; en cuanto a la rebelión de Bucky contra Él, me parecía absurda simplemente porque no había ninguna necesidad de ella. Bucky no podía aceptar que la epidemia de polio entre los niños del campamento de Indian Hill fuera una tragedia.

Tenía que convertir la tragedia en sentimiento de culpa. Tenía que encontrarle una necesidad a lo que sucede. Hay una epidemia, y necesita encontrarle un motivo. Tiene que preguntar por qué. ¿Por qué? ¿Por qué? Que sea gratuita, contingente, absurda y trágica no le satisface. Que sea un virus capaz de proliferarse no le satisface. Este mártir, este maníaco del porqué busca desesperadamente una causa más profunda, y encuentra el porqué ya sea en Dios, ya sea en sí mismo o, de una manera mística, misteriosa, en la temible unión de ambos como el único destructor. Debo decir que, por mucho que pudiera compadecerme del cúmulo de desgracias que había ensombrecido su vida, aquello no era más que un estúpido orgullo desmedido, no el orgullo desmedido de la voluntad o el deseo, sino el orgullo desmedido de la interpretación religiosa fantástica, infantil. Todo esto lo hemos oído antes, y ya estamos hartos de ello, aunque lo diga una persona tan absolutamente respetable como Bucky Cantor.

—¿Y usted, Arnie? —me preguntó—. ¿No está amargado?

—Contraí la enfermedad cuando todavía era un niño. Tenía doce años, más o menos la mitad de su edad cuando usted enfermó. Estuve en el hospital cerca de un año. Era el mayor de los niños ingresados en la planta, estaba rodeado de chiquillos que lloraban y se desgañitaban llamando a sus familiares (día y noche aquellos pequeños buscaban en vano una cara conocida). No eran los únicos que se sentían abandonados. Mi temor y mi desesperación eran muy grandes. Y crecer con dos piernas rígidas como palos me llenaba de amargura. Durante años yací en la cama de noche hablándoles a mis extremidades, susurrándoles «¡Moveos, moveos!». Me salté un curso de la escuela primaria, y al volver había perdido mi clase y a mis compañeros. Y en la escuela secundaria recibí algunos golpes duros. Las chicas me tenían lástima, y los chicos me evitaban. Siempre estaba sentado fuera del terreno de juego, triste. La adolescencia resulta penosa cuando has de permanecer al margen. Quería andar como todos los demás. Cuando miraba a los chicos sanos que, al

salir de la escuela, jugaban con la pelota, quería gritarles: «¡También yo tengo derecho a correr!». Una y otra vez me desgarraba el pensamiento de que las cosas podrían haber sido fácilmente de otra manera. Durante algún tiempo no quise ir a la escuela..., no quería pasarme el día entero recordando cómo eran los chicos de mi edad y todo lo que podían hacer. Solo quería ser como todo el mundo; tampoco es que pidiera tanto. Ya conoce usted la situación. Jamás volveré a ser el que era. Me quedaré así el resto de mi vida. Nunca volveré a disfrutar.

Bucky asintió. Aquel hombre que cierta vez, por un instante, en lo alto del trampolín de Indian Hill, fue el ser más feliz de la tierra, que había escuchado a Marcia Steinberg cantarle tiernamente por teléfono una nana para que se durmiera en el tremendo calor de aquel verano venenoso, comprendía muy bien de qué estaba hablando.

Entonces le hablé de un compañero de habitación que tuve en mi segundo curso universitario.

—Cuando ingresé en Rutgers, me alojaron con la otra víctima judía de la polio en la residencia de primer curso. Así era cómo Noah emparejaba a los estudiantes en aquella época. Aquel chico estaba mucho peor físicamente que yo, la enfermedad lo había deformado de una manera grotesca. Se llamaba Pomerantz. Era un becado brillante, que había pronunciado el discurso de despedida en el instituto, un genio que seguía el curso preparatorio para el ingreso en la facultad de medicina, y a mí me rompía los nervios. Me volvía loco. No podía callar. Su necesidad imperiosa de hablar del Pomerantz anterior a la polio jamás disminuía. No podía olvidar un solo día la injusticia que le había tocado vivir. Hablar morbosamente de ello a todas horas. «Primero te enteras de cómo es la vida de un lisiado —me decía—. Esa es la primera etapa. Cuando la superas, haces lo poco que puede hacerse por evitar la extinción espiritual. Esa es la segunda etapa. Después luchas por no ser solo tu terrible experiencia, que es en lo que te estás convirtiendo. Entonces, si

tienes suerte, quinientas etapas más adelante, cuando llegas a los setenta años, descubres que por fin puedes decir con cierta veracidad: “Bien, después de todo lo he logrado..., no he permitido que me arrebataran por completo la vida”. Y entonces te mueres». Pomerantz sacó unas excelentes calificaciones, ingresó fácilmente en la facultad de medicina, y entonces murió..., se suicidó durante el primer curso en la facultad.

—No puedo decir que esa idea no me atrajera alguna vez —dijo Bucky.

—También yo pensé en ello —repliqué—. Pero no estaba en la situación desesperada de Pomerantz. Y entonces tuve suerte, una suerte enorme: en el último curso de la universidad conocí a mi mujer. Y lentamente la polio dejó de ser el único drama, y me cansé de despotricar contra mi destino. Descubrí que en Weequahic, en el verano de 1944, había vivido una tragedia social que no tenía por qué ser también una tragedia personal durante toda la vida. Mi mujer es una tierna y divertida compañera desde hace dieciocho años. Es muy importante para mí. Y cuando tienes hijos, empiezas a olvidarte de las cartas que te han tocado.

—No lo dudo. Parece usted un hombre satisfecho.

—¿Dónde vive ahora?

—Me mudé a Newark Norte, cerca del parque Branch Brook. El mobiliario del piso de mi abuela estaba tan viejo y crujía tanto que no me molesté en llevármelo. Un sábado por la mañana salí y compré una cama, un sofá, sillas, lámparas, todo nuevo. Tengo un piso cómodo.

—¿Hace alguna vida social?

—Apenas salgo, Arnie. Voy al cine. Los domingos voy al Ironbound y me regalo una buena comida portuguesa. Me gusta sentarme en el parque cuando hace buen tiempo. Miro la tele, las noticias sobre todo.

Le imaginé haciendo todo eso solo, y los domingos, como un muchacho enfermo de amor, procurando no suspirar por Marcia

Steinberg o, durante la semana, intentando no imaginar que la había visto: una chica de veintidós años que caminaba por las calles del centro de la ciudad. Al recordar al joven que había sido, uno podría haber predicho que tendría la fortaleza suficiente para enfrentarse mejor a la adversidad. Y entonces me imaginé sin mi familia, y me pregunté si me hubiera enfrentado mejor que él o siquiera tan bien como él. Cine, trabajo y el domingo comida en un restaurante...; era una vida triste y desoladora.

—¿Mira los programas deportivos? —Él sacudió con vigor la cabeza, como si le hubiera preguntado a un niño si jugaba con cerillas—. Comprendo —le dije—. Cuando mis hijos eran muy pequeños y yo no podía correr por el jardín con ellos, y cuando fueron mayores y aprendieron a ir en bicicleta pero yo no podía montar con ellos, todo eso me afectaba. Uno intenta reprimir sus sentimientos, pero no es fácil.

—Ni siquiera leo las páginas deportivas del periódico. No quiero verlas.

—¿Vio alguna vez a su amigo Dave cuando volvió de la guerra?

—Consiguió un empleo en una escuela de Englewood. Se trasladó allí con su mujer y sus hijos. No, no nos vemos.

Entonces guardó silencio, y no podría haber estado más claro que, pese a su estoica afirmación de que podía prescindir de aquello que no tenía, no se había acostumbrado a tantas pérdidas y que, veintisiete años después, aún se preguntaba por todo lo que había sucedido y lo que no, y se esforzaba por no pensar en una multitud de cosas, entre ellas, que ahora hubiera sido el director del programa de atletismo en la escuela secundaria de Weequahic.

—Quería ayudar a los chicos y fortalecerlos —dijo finalmente—, y en lugar de eso les causé un mal irreparable.

Tal era el pensamiento que había conformado las décadas de sufrimiento silencioso de un hombre que no se merecía ningún mal. Contemplaba aquel instante como si hubiera vivido siete mil vergonzosos años en esta tierra. Entonces le tomé la mano buena,

una mano cuyos músculos funcionaban bien, pero que ya no era sólida y fuerte, una mano sin más firmeza que la de una fruta blanda, y le dije:

—Fue la *polio* la causante de todo. Usted no fue el responsable. Usted hizo tan poco por propagarla como Horace. Fue una víctima en la misma medida que cualquiera de nosotros.

—No es cierto, Arnie. Recuerdo que una noche oí a Bill Blomback hablar de los indios a los niños, decirles que los pieles rojas creían que un ser maligno era el causante de algunas enfermedades que transmitían disparando una flecha invisible...

—Déjelo estar, por favor —protesté—. No siga por ahí. Es el típico relato que se cuenta alrededor del fuego, Bucky, un cuento para niños. Probablemente también hay un hechicero que aleja a los malos espíritus. Usted no es el ser maligno de los indios. Tampoco fue la flecha, maldita sea, no fue el portador de la parálisis y de la muerte. Si alguna vez fue el responsable, si en esa cuestión no está dispuesto a ceder terreno, le repito que no tuvo la menor culpa.

Entonces —como si yo pudiera hacerle cambiar tan solo por desearlo profundamente, como si, después de tantas horas de charla durante la comida, fuera capaz de conseguir que se viese a sí mismo como algo más que sus deficiencias y empezara a sacudirse la vergüenza, como si estuviera en mi poder resucitar una sombra del joven e invencible director de un centro de verano que, sin la ayuda de nadie, mantuvo a raya a los diez matones italianos que trataron de asustarnos con la amenaza de propagar la polio entre los judíos —, le dije con vehemencia:

—No sea su peor enemigo. Ya hay suficiente crueldad en el mundo tal como están las cosas. No las empeore convirtiéndose en un chivo expiatorio.

Pero nadie es tan difícil de salvar como un buen muchacho moralmente deshecho. Había vivido solo demasiado tiempo con su visión de las cosas —y desprovisto de todo lo que había deseado tener fervientemente— para que yo pudiera desterrar la

interpretación que hacía de aquel terrible acontecimiento de su vida o modificar su relación con este. Bucky no era un hombre brillante — para enseñar educación física a los niños no habría necesitado serlo —, ni tampoco fue nunca una persona despreocupada. Apenas tenía sentido del humor, hablaba bastante bien, pero sin rastro de ingenio, era un hombre que en su vida había recurrido a la sátira o la ironía, que casi nunca contaba un chiste ni hablaba en broma, una persona abrumada por un sentido del deber exacerbado, pero dotada de una mente poco poderosa, y había tenido que pagar un precio muy alto al dar a su historia el significado más grave, un significado que, al intensificarse en el transcurso del tiempo, había magnificado perniciosamente su desdicha. Los estragos causados por la polio tanto en el centro de Chancellor como en Indian Hill no le parecían un maligno absurdo de la naturaleza, sino un gran crimen que él había cometido, que había pagado muy caro al perder lo que más quería y le había arruinado la vida. El sentimiento de culpa en un hombre como Bucky puede parecer absurdo, pero de hecho es inevitable. Una persona así está condenada. Nada de lo que haga estará a la altura de su ideal. Su responsabilidad no conoce límites. De hecho no confía en sus límites porque, cargado con una severa bondad natural que no le permite resignarse al sufrimiento del prójimo, nunca reconocerá que tiene límites sin sentirse culpable. El triunfo de semejante persona es librar a su amada de tener un marido inválido, y su heroísmo consiste en rechazar su deseo más profundo al renunciar a ella.

Aunque tal vez si no hubiera huido del desafío que se le planteó en el centro, tal vez si no hubiera abandonado a los niños de Chancellor solo pocos días antes de que el Ayuntamiento cerrara las instalaciones y los enviara a todos a casa, y tal vez, también, si su mejor amigo no hubiera muerto en la guerra, no se habría apresurado tanto a culparse del cataclismo y quizá no habría sido una de esas personas destrozadas por la época que le tocó vivir. Tal vez si hubiera seguido en su puesto y sobrevivido a la prueba



colectiva que supuso la polio para los judíos de Weequahic y, al margen de lo que le hubiera sucedido, hubiera arrostrado virilmente la epidemia hasta el fin...

O tal vez su visión de las cosas no hubiera sufrido variación dondequiera que hubiese estado y, por lo que sé, por lo que sabe la ciencia de la epidemiología, tal vez con razón. Era posible que Bucky no se equivocara, que no se dejara engañar por la desconfianza en sí mismo. Tal vez sus afirmaciones no fuesen exageradas y no hubiera llegado a una conclusión errónea. Tal vez *sí* fue la flecha invisible.

Y sin embargo, a los veintitrés años de edad, para todos los niños era la autoridad más ejemplar y reverenciada que conocíamos, un joven de convicciones, tranquilo, amable, imparcial, reflexivo, estable, discreto, vigoroso, musculoso, tanto un camarada como un líder. Y jamás fue una figura más gloriosa que la de aquella tarde hacia fines de junio —antes de que la epidemia de 1944 se cebara en la ciudad, antes de que muchos de nosotros sufriéramos una drástica transformación de nuestro cuerpo y de nuestra vida—, cuando todos caminamos tras él hacia el campo de tierra al otro lado de la calle y al pie de una corta pendiente que ascendía desde el patio. Ahí, donde entrenaba el equipo de fútbol americano de la escuela, el señor Cantor iba a enseñarnos cómo se lanzaba la jabalina. Vestía unos pantalones de correr satinados muy cortos y una camiseta sin mangas, calzaba zapatos deportivos con tacos y, a la cabeza del pelotón, llevaba la jabalina en la mano derecha sin apretarla.

El campo estaba desierto, y el señor Cantor nos pidió que nos colocáramos fuera del área, al final de la avenida Chancellor, donde dejó que cada uno de nosotros examinara y sopesara la jabalina, una delgada vara de metal que apenas pesaba un kilo y que medía dos metros setenta centímetros de longitud. Nos mostró las diversas

maneras de sostenerla por la encordadura y finalmente la que él prefería. Entonces nos dio una breve explicación sobre los orígenes de la jabalina, que se empleaba en las sociedades prehistóricas, antes del invento del arco y la flecha, junto con la lanza para cazar, y prosiguió en Grecia, con los primeros Juegos Olímpicos, en el siglo VIII a. de C. Se decía que el primer lanzador de jabalina fue Heracles, el gran guerrero que mataba monstruos, el cual, según nos contó el señor Cantor, era el hijo gigantesco del dios griego supremo, Zeus, y el hombre más fuerte de la tierra. Una vez finalizada la explicación, anunció que iba a hacer los ejercicios de calentamiento, y le observamos durante los veinte minutos que dedicó a los mismos, mientras algunos niños se esforzaban por imitar sus movimientos desde fuera del área. Mientras realizaba estiramientos laterales de las piernas con la pelvis en el suelo, dijo que era importante estirar de antemano los músculos de las ingles, que fácilmente pueden sufrir un esguince. Utilizó la jabalina como palo de estiramientos en muchos de los ejercicios, se contorsionó y giró con ella equilibrada como un yugo sobre los hombros mientras se arrodillaba, se acuclillaba y arremetía, y luego mientras se levantaba, flexionaba y giraba el torso. Hizo el pino, y empezó a caminar sobre las manos trazando un ancho círculo, y algunos de los niños lo intentaron, pero él, con la boca a pocos centímetros del suelo, nos informó de que estaba haciendo el pino en lugar de emplear una barra para estirar la parte superior del cuerpo. Terminó con inclinaciones adelante y atrás, durante las cuales mantuvo los talones fijos en el suelo mientras empujaba hacia arriba con las caderas y arqueaba la espalda a una altura asombrosa. Cuando dijo que daría dos vueltas al campo corriendo, le seguimos, apenas capaces de mantener el ritmo pero fingiendo que éramos nosotros los que nos calentábamos para el lanzamiento. Entonces, durante unos minutos, corrió por una pista imaginaria sin lanzar la jabalina, tan solo llevándola en alto, horizontal.

Cuando estaba a punto de empezar, nos dijo lo que teníamos que observar, empezando por la carrera de aproximación y los saltos hasta terminar con el lanzamiento. Sin la jabalina en la mano, realizó todas las etapas a cámara lenta para que las viéramos bien, describiéndolas mientras lo hacía.

—No se trata de magia, chicos, y tampoco es coser y cantar. Sin embargo, si trabajáis duro y os ejercitáis, si hacéis con regularidad primero los ejercicios de equilibrio, luego los ejercicios de movilidad y al final los de flexibilidad, si sois fieles a vuestro programa de entrenamiento con pesas y si lanzar la jabalina os importa de veras, os garantizo que algo conseguiréis. En el deporte todo requiere determinación. Las tres D: determinación, dedicación y disciplina, y prácticamente lo habréis logrado.

Tomando como de costumbre todas las precauciones posibles, nos dijo que, por motivos de seguridad, nadie debía correr por el campo en ningún momento; teníamos que observarlo todo desde donde estábamos. Hizo dos veces esta advertencia. No podría haberse mostrado más serio, una seriedad que expresaba su compromiso con la tarea.

Y entonces lanzó la jabalina. Cuando la soltó en el aire, vimos cómo se le marcaban los músculos. Soltó un alarido de esfuerzo ahogado —que luego imitamos durante días—, un ruido que expresaba su esencia, el desnudo grito de combate del esfuerzo y de la excelencia. En el instante en que la jabalina salía volando de su mano, se puso a saltar para recobrar el equilibrio y no caer sobre la línea de tiros libres que había trazado en el suelo con los tacos de sus zapatillas. Y entretanto seguía con la mirada la dirección de la jabalina, que trazaba un alto y amplio arco por encima del campo. Hasta entonces, ninguno de nosotros había presenciado un acto atlético ejecutado de una manera tan bella ante nuestros ojos. La jabalina dejó muy atrás la línea de los cincuenta metros, llegó a la línea de los treinta en la zona del medio campo contrario y, cuando

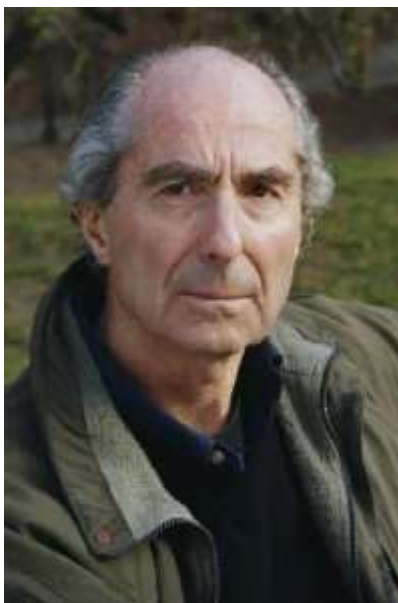
descendió y aterrizó, la vara vibró, y la fuerza adquirida durante el vuelo hizo que la punta metálica se hundiera en el suelo.

Lanzamos gritos de júbilo, y nos pusimos a brincar. La trayectoria de la jabalina se había originado en los flexibles músculos del señor Cantor. Suyos eran el cuerpo, los pies, las piernas, las nalgas, el tronco, los brazos, los hombros, incluso el grueso cuello bovino que, con su actuación a la vez, habían insuflado poderío al lanzamiento. Era como si el director de nuestro centro se hubiera convertido en un hombre primitivo, que merodease por las llanuras en busca de presas que cazar para alimentarse y que dominara las tierras vírgenes con la fuerza de su mano. Jamás habíamos experimentado un temor reverencial semejante. Gracias a él, los chicos habíamos dejado atrás la pequeña historia del barrio para entrar en la saga histórica de un género antiguo.

Aquella tarde Bucky lanzó la jabalina repetidas veces, y todos sus lanzamientos fueron suaves y potentes, a todos los acompañó de esa resonante combinación de grito y gruñido, y, para nuestro regocijo, todos aterrizaron varios metros más lejos que el anterior. Mientras corría con la jabalina en alto, extendía el brazo hacia atrás y lo movía adelante para lanzar la jabalina por encima del hombro, y acto seguido la arrojaba como una explosión; nos parecía invencible.

## **AGRADECIMIENTOS**

Estas son las fuentes de las que he obtenido información: *The Throws Manual*, de George D. Dunn, Jr., y Kevin McGill; *The Encyclopedia of Religion*, editada por Mircea Eliade; *Teaching Springboard Diving*, de Anne Ross Fairbanks; *Camp Management y Recreational Programs for Summer Camps*, de H. W. Gibson; *Dirt and Disease*, de Naomi Roggers; *Polio's Legacy*, de Edmund J. Sass; *A Paralyzing Fear*, de Nina Gilden Seavey, Jane S. Smith y Paul Wagner; *Polio Voices*, de Julie Silver y Daniel Wilson; y *A Manufactured Wilderness*, de Abigail Van Slyck. Me han sido de especial utilidad *El libro de los Woodcraft*, de Ernest Thompson Seton, de donde he tomado a discreción los datos que figuran entre las páginas 156-159, y el *Manual de los indios Woodcraft*, también de Seton, del que aparecen citas en las páginas 113-115.



PHILIP MILTON ROTH. (Newark, Nueva Jersey, 19 de marzo de 1933) es un escritor estadounidense de origen judío, conocido sobre todo por sus novelas, aunque también ha escrito cuentos y ensayos. Entre sus obras más conocidas se encuentran: la colección de cuentos de 1959 *Goodbye, Columbus*, la novela *El mal de Portnoy* (1969), y su «trilogía americana», publicada en los años 1990, compuesta por las novelas *Pastoral americana* (1997), ganadora del Pulitzer, *Me casé con un comunista* (1998), y *La mancha humana* (2000).

Muchas de sus obras reflejan los problemas de asimilación e identidad de los judíos de Estados Unidos, lo cual lo vincula con otros autores estadounidenses como Saul Bellow, Premio Nobel en 1976, o Bernard Malamud, que también tratan en sus obras la experiencias de los judíos estadounidenses.

Gran parte de la obra de Roth explora la naturaleza del deseo sexual y la autocomprensión. Su ficción se caracteriza por el monólogo íntimo, pronunciado con un sentido de humor rebelde y la energía histérica a veces asociada con el héroe y el narrador de *El mal de Portnoy* (1969), la novela que le trajo la fama.

# Notas

[1] Correo de la victoria (*V-mail*): sistema de correo aéreo entre los civiles norteamericanos y las tropas en el extranjero durante la Segunda Guerra Mundial; las cartas se microfilmaban y luego imprimían en papel fotográfico ligero a tamaño reducido. Más adelante aparece *huerto de la victoria*: eran huertos plantados en domicilios privados y en parques públicos para ayudar al esfuerzo de guerra y para reforzar la moral en el frente doméstico. (*N. del T.*) <<



[2] Mary Mallon, llamada Typhoid Mary (1869-1938), fue la primera persona norteamericana identificada como portadora sana de fiebre tifoidea. Era cocinera, e infectó a decenas de personas antes de que la obligaran a permanecer en cuarentena. Hoy en día, «Typhoid Mary» es un término genérico que se aplica a un portador sano de una enfermedad peligrosa. *(N. del T.)* <<